

Jeanette Winterson

Escrito en el cuerpo

Lumen



Edición ilustrada por Ana Juan

# Escrito en el cuerpo

Jeanette Winterson

Traducción de  
Encarna Castejón

Lumen

---

*narrativa*

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

Escrito en el cuerpo



*Para Peggy Reynolds con amor*

¿Por qué la pérdida es la medida del amor?

Hace tres meses que no llueve. Los árboles exploran bajo tierra, envían reservas de raíces al seno de la tierra reseca, raíces como cuchillas para abrir cualquier arteria llena de agua.

Las uvas se han marchitado en la parra. Lo que debería estar hinchado y firme, resistir al tacto y rendirse en la boca, está esponjoso y lleno de ampollas. Este año nada del placer de hacer rodar uvas azules entre el índice y el pulgar impregnándome la palma de almizcle. Incluso las avispas evitan el escaso goteo marrón. Incluso las avispas este año. No siempre ha sido así.

Pienso en cierto septiembre: Paloma Torcaz Mariposa Almirante Rojo Cosecha Amarilla Noche Naranja. Tú dijiste: «Te quiero». ¿Por qué lo menos original que podemos decirnos uno a otro sigue siendo lo que más anhelamos oír? «Te quiero» siempre es una cita. Ni tú lo dijiste primero ni yo tampoco, y sin embargo cuando tú lo dices y cuando yo lo digo hablamos como salvajes que han encontrado dos palabras y las veneran. Yo las veneraba, pero ahora estoy en completa soledad, sobre una roca tallada en mi propio cuerpo.

CALIBÁN: Me enseñaste a hablar, y mi único provecho es saber maldecir.  
Que la peste te lleve por enseñarme tu lengua.

El amor exige expresión. No puede estarse quieto, en silencio, ser bueno, modesto, ser visto y no oído, no. Rompe en alabanzas, la nota aguda que quiebra el cristal y derrama el líquido. El amor no es un protector de

animales. Es un montero de caza mayor y tú eres la pieza que debe cobrar. Maldito sea el juego. ¿Cómo se puede seguir jugando cuando las reglas cambian constantemente? Me llamaré Alicia y jugaré al cróquet con los flamencos. En el País de las Maravillas todo el mundo hace trampas y el amor es el País de las Maravillas, ¿no? El amor hace girar el mundo. El amor es ciego. Todo lo que necesitas es amor. Nadie se muere de amor. Se te pasará. Cuando estemos casados será diferente. Piensa en los niños. El tiempo todo lo cura. ¿Todavía esperando al príncipe azul? ¿O a la princesa? ¿Y quizá a todos los principitos?

El problema son los clichés. Una emoción concreta necesita una expresión concreta. Si lo que siento no es concreto, ¿debo llamarlo amor? Es tan terrible el amor que lo único que puedo hacer es meterlo debajo de un arcón de juguetes rosados y blanditos y mandarme una postal diciendo «Enhorabuena por tu compromiso». Pero no hay compromiso, sino honda distracción. Miro desesperadamente al otro lado para que el amor no me vea. Quiero la versión descafeinada, el lenguaje sentimental, los gestos insignificantes. El hundido sillón de clichés. No pasa nada, miles de culos se han sentado en él antes que yo. Los muelles han cedido, la tela huele y resulta familiar. No debo tener miedo, mira, mi abuela y mi abuelo se sentaron también, él con cuello duro y la corbata del club, ella vestida de muselina blanca un poco tirante por la vida que ocultaba. Ellos se sentaron, y mis padres, y ahora lo haré yo, ¿verdad?, brazos extendidos, no para sostenerte, solo para guardar el equilibrio, acercándome con paso sonámbulo a ese sillón. Qué felices seremos. Qué felices serán todos. Y todos vivieron felices.

Era un domingo de agosto. Yo chapoteaba en las aguas poco profundas del río, donde los pececillos se atreven a asomar el lomo al sol. En ambas orillas el verde normal de la hierba había dejado paso a una pintura de salpicaduras

psicodélica de virulentos pantaloncitos de ciclista en licra y camisas hawaianas made in Taiwan. Agrupados como gustan de agruparse las familias; papá con el periódico apoyado en la barriga, mamá encorvada sobre los termos. Chiquillos delgados como bastoncitos de caramelo de color rosa. Mamá te vio meterte en el agua y se esforzó en levantarse de la sillita de lona de rayas.

—Debería darte vergüenza. Hay familias delante.

Tú te reíste y saludaste con la mano, brillante el cuerpo bajo las claras aguas verdes, su forma amoldándose a tu forma, sosteniéndote, leales a ti. Te volviste de espaldas y tus pezones rozaron la superficie del río y el río te llenó el pelo de abalorios. Eres de color crema salvo por tu pelo, tu pelo rojo que te flanquea los costados.

—Voy a decirle a mi marido que venga. George, ven aquí. George, ven aquí.

—¿No te das cuenta de que estoy viendo la televisión? —soltó George sin volverse.

Tú te pusiste de pie y el agua resbaló por tu cuerpo en arroyuelos de plata. No lo pensé, me metí en el río y te besé. Tú me rodeaste la espalda ardiente con los brazos.

—Aquí no hay nadie más que tú y yo —dijiste.

Miré y las orillas estaban desiertas.

Tuviste mucho cuidado de no decir esas palabras que pronto se convirtieron en nuestro altar privado. Yo las había dicho muchas veces antes, dejándolas caer como monedas en un pozo de los deseos, esperando que se cumplieran. Las había dicho muchas veces antes, pero no a ti. Las había regalado como nomeolvides a chicas que deberían haber sido más espabiladas. Las había usado como balas y trueques. No me gusta considerarme una persona falsa,



pero si digo que te amo y no es cierto, ¿qué otra cosa soy? ¿Te cuidaré, te adoraré, te dejaré paso, seré mejor para ti, te miraré y te veré siempre, te diré la verdad? Y si el amor no es eso, ¿qué es entonces?

Agosto. Estábamos discutiendo. Quieres que el amor sea así todos los días, ¿no? Cuarenta grados incluso a la sombra. Esta intensidad, este calor, el sol como una sierra giratoria cortando tu cuerpo. ¿Es porque vienes de Australia?

No contestaste, tan solo cogiste mi mano caliente en tu mano fresca y seguiste andando tranquilamente vestida de lino y seda. Yo tenía sensación de ridículo. Llevaba unos pantalones cortos con la palabra RECICLADO escrita en una pierna. Recordé vagamente que una vez tuve una novia que consideraba ofensivo llevar pantalones cortos delante de los monumentos públicos. Cuando nos citábamos yo ataba la bici en Charing Cross y me cambiaba en los lavabos antes de encontrarme con ella junto a la columna de Nelson.

—No sé para qué —decía yo—. Nelson solo tenía un ojo.

—Yo tengo dos —contestaba ella, y me besaba. Mal está sellar lo ilógico con un beso, pero yo lo hago una y otra vez.

No contestaste. ¿Por qué los seres humanos necesitan respuestas? En parte, supongo, porque sin respuesta la pregunta misma pronto suena estúpida. Prueba a estar de pie frente a una clase y preguntar cuál es la capital de Canadá. Los ojos te devuelven la mirada, indiferentes, hostiles, y algunos la desvían. Lo dices otra vez. «¿Cuál es la capital de Canadá?» Mientras esperas en silencio, víctima absoluta, tu propia mente empieza a dudar. ¿Cuál es la capital de Canadá? ¿Por qué Ottawa y no Montreal? Montreal es mucho más bonita, el café está más bueno, tienes un amigo que vive allí. De todos modos, a quién le importa cuál es la capital, probablemente la cambiarán el año que viene. Puede que Gloria vaya a la piscina esta noche. Etcétera.

Es más difícil aguantar en silencio las preguntas mayores, las preguntas con más de una respuesta, las preguntas sin respuesta. Una vez hechas no se evaporan, no dejan la mente libre para distracciones más serenas. Una vez hechas ganan en dimensión y textura, te ponen la zancadilla en la escalera, te despiertan por la noche. Un agujero negro absorbe todo lo que hay a su alrededor y ni siquiera la luz llega a escapar. Entonces, ¿es mejor no hacer preguntas? ¿Es mejor ser un cerdo satisfecho que un Sócrates desgraciado? Puesto que las granjas industriales son más duras con los cerdos que con los filósofos, me arriesgaré.

Volvimos a nuestra habitación alquilada y nos tumbamos en una de las camas individuales. En las habitaciones alquiladas, de Brighton a Bangkok, la colcha nunca hace juego con la moqueta, y las toallas son demasiado delgadas. Puse una debajo de tu cuerpo para que no se manchara la cama. Estabas sangrando.

Habíamos alquilado aquella habitación, una idea tuya, para intentar compartir algo más que una cena o una noche o una taza de té detrás de la biblioteca. Todavía estabas casada, y aunque no tengo muchos escrúpulos he aprendido a tener algunos en relación con ese bendito estado. Yo solía imaginar el matrimonio como un cristal de ventana pidiendo a gritos un ladrillo. El autoexhibicionismo, la autosatisfacción, el servilismo, la tacañería, la estrechez de miras y costumbres. La manera en que las parejas casadas salen de cuatro en cuatro como los caballos del circo, los hombres juntos delante, las mujeres siguiéndoles los pasos un poco más atrás. Los hombres pidiendo los gin-tonics en la barra mientras las mujeres cogen el bolso y se van al lavabo. No tiene por qué ser así, pero la mayoría de las veces lo es. He pasado por un montón de matrimonios. Y no recorriendo el pasillo que lleva al altar, sino subiendo la escalera que va al dormitorio. Empecé a darme cuenta de que siempre oía la misma historia. Era así.

*Interior tarde.*

*Un dormitorio. Cortinas a medio correr. Sábanas caídas. Una mujer desnuda de cierta edad echada en la cama, mirando al techo. Quiere decir algo. Y le resulta difícil. En un radiocasete suena Ella Fitzgerald, «Lady Sings the Blues».*

MUJER DESNUDA: Quería decirte que no suelo hacer esto. Supongo que se llama adulterio. *(Se ríe.)* Nunca lo había hecho. Ni creo que pudiera hacerlo otra vez. Quiero decir con otra persona. Oh, quiero hacerlo otra vez contigo. Una y otra vez. *(Rueda hasta ponerse boca abajo.)* Amo a mi marido, ¿sabes? Lo amo. No es como los demás. No podría haberme casado con él si lo fuera. Él es diferente, tenemos un montón de cosas en común. Y hablamos.

*Su amante pasa un dedo por los labios sin pintar de la mujer desnuda. Está sobre ella, la mira. No dice nada.*

MUJER DESNUDA: Supongo que si no te hubiera conocido estaría buscando algo. A lo mejor habría sacado un título en la universidad a distancia. No se me había ocurrido esto. Nunca he querido darle un solo motivo de preocupación. Por eso no puedo decírselo. Por eso debemos tener cuidado. No quiero ser cruel y egoísta. Lo entiendes, ¿verdad?

*Su amante se levanta y va al váter. La mujer desnuda se apoya en un codo y continúa su monólogo en dirección al cuarto de baño.*

MUJER DESNUDA: No tardes, mi amor. *(Hace una pausa.)* He intentado arrancarte de mi mente, pero parece que no puedo arrancarte de mi cuerpo. Pienso en tu cuerpo noche y día. Cuando intento leer te leo a ti. Cuando me siento a comer te como a ti. Cuando él me toca pienso en ti. Soy una mujer de mediana edad felizmente casada y no veo otra cosa que tu cara. ¿Qué me has hecho?

*Plano del cuarto de baño. Su amante llora. Final de la escena.*

Es halagador creer que tú y solo tú, su gran amante, eras capaz de hacerlo. Que sin ti el matrimonio, incompleto como es, patético en muchos sentidos, habría florecido con su magra dieta, y si no florecido, al menos no se habría marchitado. Se ha marchitado, cuelga lacio y sin usar, la caracola de un matrimonio, ambos ocupantes han huido. Aunque la gente colecciona caracolas, ¿no? Se gasta dinero en ellas y las pone en la repisa de la ventana. Y otra gente las admira. He visto algunas caracolas muy famosas y he soplado en muchas más aún. Y allá donde he dejado grietas demasiado grandes para repararlas, los dueños, simplemente, le han dado la vuelta a la caracola para que no se vea la parte rota.

¿Lo ves? Incluso aquí, en este espacio privado, mi sintaxis ha sido presa de la mentira. No fui yo quien hizo esas cosas: cortar el nudo, forzar la cerradura, largarme con bienes que no eran míos. La puerta estaba abierta. Ciertamente, no es que ella la abriera, exactamente. Su mayordomo lo hizo por ella. Se llamaba Aburrimiento. Ella dijo: «Aburrimiento, tráeme un juguete». Y él dijo: «Enseguida, señora», y poniéndose los guantes blancos para que no se

notasen las huellas, llamó con suavidad a mi corazón y yo creí que dijo que se llamaba Amor.

¿Crees que estoy intentando zafarme hábilmente de mis responsabilidades? No, sé qué hice y qué estaba haciendo entonces. Pero no recorrí el pasillo de la iglesia, no hice cola en el juzgado ni juré ser fiel hasta la muerte. No me atrevería. No dije: «Con este anillo te desposo». No dije: «Con mi cuerpo te venero». ¿Cómo puedes decirle eso a una persona y follar alegremente con otra? ¿No deberías coger ese voto y romperlo tal y como lo hiciste, al aire libre?

Curioso que el matrimonio, una exposición pública con entrada gratis, dé lugar a la más secreta de las relaciones, el adulterio.

Una vez tuve una amante que se llamaba Bathsheba. Era una mujer felizmente casada. Parecía que estábamos enrolados en un submarino. No podíamos decírselo a nuestros amigos, al menos ella no podía decírselo a los suyos, porque eran también los de él. Yo no podía decírselo a los míos porque ella me había pedido que no lo hiciera. Nos hundimos más y más en nuestro ataúd forrado de plomo y de amor. Decir la verdad, decía ella, era un lujo que no podíamos permitirnos, así que mentir se convirtió en una virtud, un ahorro que debíamos hacer. Decir la verdad hacía daño, así que mentir llegó a ser una buena acción. Un día dije: «Voy a decírselo yo». Eso fue al cabo de dos años, dos años de creer que al final al final ella lo dejaría. La palabra que ella usó fue «monstruoso». Decírselo era monstruoso. Monstruoso. Pensé en Calibán encadenado a su dura roca. «Que la peste te lleve por enseñarme tu lengua.»

Después, cuando me liberé de su mundo de dobles sentidos y signos masónicos, empecé a robar. Nunca le robé a ella, que desplegó sus mercancías en una manta y me pidió que eligiese. (Había un precio, pero

entre paréntesis.) Cuando terminamos, quise que me devolviera mis cartas. El *copyright* era mío, dijo ella, pero eran de su propiedad. Había dicho lo mismo de mi cuerpo. Tal vez estuvo mal subir al desván y rescatar lo que quedaba de mí. Fue fácil encontrarlas, metidas es una bolsa grande y forrada por dentro, con una etiqueta de Oxfam que decía que si ella fallecía me las devolvieran. Un bonito detalle; sin duda, él las habría leído, pero ella no habría estado allí para sufrir las consecuencias. ¿Las habría leído yo? Probablemente. Un bonito detalle.

Las llevé al jardín y las quemé una por una y pensé en lo fácil que es destruir el pasado y lo difícil que es olvidarlo.

¿He dicho que esto me ha ocurrido una y otra vez? Pensarán que he entrado y salido constantemente de los desvanes de mujeres casadas. Es verdad que aguanto bien las alturas, pero no tengo estómago para las profundidades. Extraño que haya sondeado tantas.

Estamos en la cama de la habitación alquilada y te doy ciruelas de color morado. La naturaleza es fecunda, pero voluble. Un año deja que te mueras de hambre, y al año siguiente te mata de amor. Aquel año las ramas se quebraban bajo el peso, este año cantan al viento. No hay ciruelas maduras en agosto. ¿Me he equivocado en esta vacilante cronología? Quizá debería llamarla los ojos de Emma Bovary o el vestido de Jane Eyre. No lo sé. Estoy en otra habitación alquilada intentando encontrar el modo de volver al sitio donde se torcieron las cosas. Donde me equivoqué de camino. Tú ibas al volante, pero yo me había perdido en mi propio mapa.

De todos modos, seguiré adelante. Había ciruelas y las estrujé sobre ti.

Tú dijiste: «¿Por qué te doy miedo?».

¿Darme miedo? Sí, me das miedo. Actúas como si fueras a estar siempre

conmigo. Actúas como si hubiera infinito placer y tiempo ilimitado. ¿Cómo voy a saber eso? Mi experiencia dice que el tiempo siempre acaba. En teoría tienes razón, los físicos cuánticos tienen razón, los románticos y los creyentes tienen razón. Tiempo ilimitado. En la práctica, tú y yo llevamos reloj. Si me doy prisa con esta relación es porque temo por ella. Temo que tengas una puerta que no veo y que en cualquier momento la puerta se abra y te hayas ido. Y entonces, ¿qué? ¿Qué, mientras aporreo las paredes como la Inquisición en busca de un santo? ¿Dónde encontraré el pasadizo secreto? Para mí seguirán siendo las mismas cuatro paredes.

Tú dijiste: «Me voy a ir».

Yo pensé: Sí, claro que te vas, vuelves a la caracola. Soy idiota. He vuelto a hacerlo y dije que nunca volvería a hacerlo.

Tú dijiste: «Se lo dije antes de que saliéramos. Le dije que no cambiaría de opinión aunque cambiaras tú».

Este guion está mal. Se supone que en este momento me lleno de furia y gazmoñería. Se supone que en este momento te echas a llorar como una magdalena y me cuentas lo difícil que es decir estas cosas y qué puedes hacer y, qué puedes hacer, y si te odiaré y si sabes que te odiaré y no hay signos de interrogación en este discurso porque es un hecho consumado.

Pero me estás mirando como Dios miró a Adán y es muy violento sentir tu mirada de amor y posesión y orgullo. Quiero irme ahora mismo y cubrirme con hojas de higuera. Este no estar a punto, este no estar a la altura es un pecado.

Tú dijiste: «Te amo y mi amor por ti hace de cualquier otra vida una mentira».

¿Puede ser verdad este mensaje simple y obvio, o soy como esos náufragos que cogen una botella vacía y leen ansiosamente lo que no está allí? Y sin embargo tú estás allí, aquí, creciendo como un genio hasta diez veces tu

tamaño natural, dominándome como una torre, cogiéndome en tus brazos como laderas de montaña. Tu pelo rojo flamea y dices: «Formula tres deseos y todos se cumplirán. Formula trescientos y te los concederé todos».

¿Qué hicimos aquella noche? Supongo que caminar, un cuerpo arrojando al otro, hasta un café que era una iglesia, y comer una ensalada griega que sabía a pastel de bodas. Nos encontramos a un gato que accedió a ser padrino, y el ramo de novia estaba hecho de cuclillos que crecían a la orilla del canal. Tuvimos cerca de doscientos invitados, en su mayoría mosquitos, y nos sentimos lo bastante mayores para entregarnos. Habría estado bien tumbarnos allí y hacer el amor bajo la luna pero la verdad es que, dejando aparte las películas y las canciones country & western, hacerlo al sereno pica lo suyo.

Una vez tuve una novia adicta a las noches estrelladas. Pensaba que las camas son para los hospitales. Cualquier sitio que no fuera muelle era sexy. Si le enseñabas un edredón encendía la tele. Lo soporté en campamentos y canoas, en los ferrocarriles británicos y en Aeroflot. Compré un futón, y luego una colchoneta de gimnasia. Tuve que poner moqueta extragruosa en el suelo. Me acostumbré a llevar una alfombra de tartán allá adonde iba, como un miembro raro del Partido Nacionalista Escocés. Al final, cuando fui a consulta por quinta vez para que me quitasen una espina de cardo, el médico me dijo: «¿Sabe? El amor es algo muy hermoso, pero hay clínicas para gente como usted». Resulta que es algo muy serio tener un capítulo sobre perversiones en el historial de la Seguridad Social, y algunas indignidades son demasiado para una aventura. Tuvimos que decirnos adiós, y aunque había cosas de ella que echaba de menos, fue agradable pasear otra vez por el campo sin considerar cada matorral y cada arbusto como un agresor en potencia.



Louise, en esta cama individual, entre estas sábanas chillonas, encontraré un mapa tan verosímil como cualquier búsqueda del tesoro. Voy a explorarte una y otra vez y tú volverás a dibujarme según tu voluntad. Cruzaremos mutuamente nuestras fronteras para hacer un solo país. Excávame con tus manos, porque soy buena tierra. Come de mí y déjame ser dulce.

Junio. El junio más lluvioso que se recuerda. Hicimos el amor todos los días. Éramos felices como potros, flagrantes como conejos, inocentes como palomas en pos del placer. Ni tú ni yo pensábamos en ello y no teníamos tiempo para discutirlo. Tiempo que teníamos, tiempo que gastábamos. Aquellos breves días y aún más breves horas eran pequeñas ofrendas a un dios al que la carne ardiente no podía apaciguar. Nos consumíamos y volvíamos a tener hambre. Había retazos de alivio, momentos de tranquilidad tan quietos como un lago artificial, pero siempre, detrás, la rugiente marea.

Hay quien dice que en una relación el sexo no es importante. Que ser amigos y llevarse bien es lo que hace avanzar sin esfuerzo año tras año. Es un testimonio fiel, sin duda, pero ¿es cierto? Yo también he llegado a sentirlo. Es inevitable, después de años interpretando a Lotario sin ver más que una cuenta corriente vacía y un montón de amarillentas cartas de amor como deudas impagadas. He repetido hasta la saciedad las velas y el champán, las rosas, los desayunos al amanecer, las llamadas transatlánticas y los impulsivos viajes en avión. Todo para escapar de la taza de chocolate y las botellas de agua caliente. Y todo porque creía que un horno al rojo vivo es mejor que la calefacción central. Supongo que era incapaz de admitir que había caído en la ratonera de un cliché tan absolutamente redundante como las rosas de mis padres al lado de la puerta. Buscaba el acoplamiento perfecto; el poderoso orgasmo que nunca duerme ni se detiene. Éxtasis sin fin. Estaba hasta el cuello en el cubo de agua sucia de la aventura sentimental.

Sí, mi cubo era un poco más elegante que la mayoría, siempre he tenido un coche deportivo, pero no puedes acelerar hasta huir de la vida real. Al final te pillaré esa chica hogareña. Así es como ocurrió.

Estaba en los últimos espasmos de una aventura con una chica holandesa llamada Inge. Era una romántica empedernida y una anarcofeminista. Eso era duro para ella, porque quería decir que no podía volar edificios hermosos. Sabía que la torre Eiffel era un asqueroso símbolo de la opresión fálica, pero cuando su comandante le ordenó que dinamitara el ascensor para que nadie pudiese escalar irreflexivamente una erección, la cabeza se le llenó de jóvenes románticos contemplando París y abriendo aerogramas que decían *Je t'aime*.

Fuimos al Louvre a ver una exposición de Renoir. Inge llevaba su gorra de guerrillera y botas, para que no la confundiesen con una turista. Justificó el precio de la entrada como «investigación política».

—Mira esos desnudos —dijo, aunque yo no necesitaba que me lo dijeran—. Cuerpos por todas partes, desnudos, ultrajados, expuestos. ¿Sabes cuánto les pagaban a esas modelos? Apenas el precio de una baguete. Debería arrancar los lienzos de los marcos e ir a la cárcel gritando «Vive la resistance».

Los desnudos de Renoir no son ni mucho menos los mejores del mundo, pero aun así cuando llegamos al cuadro de *La Boulangère* Inge se echó a llorar.

—Lo odio porque me conmueve —comentó.

No dije que así están hechos los tiranos.

—No se trata del pintor, sino del cuadro. Olvida a Renoir y quédate con la pintura —dije.

—¿No sabes que Renoir decía que pintaba con el pene? —dijo ella.

—No te preocupes —contesté—. Era verdad. Cuando murió lo único que

encontraron entre sus pelotas fue un pincel viejo.

—Lo estás inventando.

¿Sí?

Al final resolvimos la crisis estética de Inge poniendo el Semtex en cierto número de urinarios elegidos con cuidado. Todos eran barracones de cemento Nissan, horribles y claramente funcionarios del pene. Ella decía que yo no podía ser su ayudante en la lucha en pro de un nuevo matriarcado porque tenía ESCRÚPULOS. Era una ofensa capital. Sin embargo, no fue el terrorismo lo que nos separó, sino las palomas...

Mi trabajo consistía en entrar en los urinarios con una de las medias de Inge en la cabeza. El hecho en sí mismo no habría llamado demasiado la atención, los urinarios masculinos son sitios bastante liberales, pero es que entonces tenía que avisar a una fila de tíos de que corrían el riesgo de que les volaran las pelotas si no salían de inmediato. Una escena típica era encontrar unos cinco, polla en mano, mirando la porcelana llena de churretones de color marrón como si se tratase del Santo Grial. ¿Por qué a los hombres les gusta hacerlo todo juntos? Dije (citando a Inge): «Este urinario es un símbolo del patriarcado y debe ser destruido». Y luego, con mis propias palabras: «Mi novia ya le ha puesto el alambre al Semtex, ¿les importaría ir acabando?».

¿Qué harían ustedes en esas circunstancias? La castración inminente, seguida de una muerte segura, ¿no sería suficiente para que un hombre normal se secara la polla y corriese por su vida? Pues ellos no. Una y otra vez no, solo se sacudían desdeñosamente las gotitas intercambiando pronósticos sobre las carreras. Soy del tipo pacífico pero no me gustan las groserías. Sobre el terreno, me di cuenta de que llevar una pistola ayudaba mucho.

La saqué de la cintura de mis pantalones de RECICLADO (sí, los tuve durante mucho tiempo) y apunté el cañón al colgajo más cercano. Eso causó cierta conmoción y uno dijo: «¿Te has escapado de un psiquiátrico o qué?». Dijo

eso pero se subió la cremallera y salió zumbando. «Manos arriba, chicos — dije—. No, no os la toquéis, tendrá que secarse al viento.»

En ese momento oí los primeros compases de «Strangers in the Night». Era la señal de Inge para decir que quedaban cinco minutos, estuviéramos preparados o no. Empujé a mis vacilantes colitas hacia la puerta y eché a correr. Tenía que llegar al bar de hamburguesas ambulante que Inge usaba como escondite. Me abalancé dentro junto a ella y miré hacia atrás entre los panecillos. Fue una explosión maravillosa. Una explosión espléndida, demasiado buena para un montón de váteres. Estábamos en el límite del mundo, en completa soledad, terroristas luchando por la buena causa en pro de una sociedad más justa. Creía que la amaba, y luego llegaron las palomas.

Me había prohibido que la llamase por teléfono. Dijo que los teléfonos son para las recepcionistas, es decir, las mujeres sin categoría. Dije: Bueno, te escribiré. Ni hablar, dijo ella. El servicio de correos dependía de unos déspotas que explotaban a la mano de obra no sindicada. ¿Qué íbamos a hacer? Yo no quería vivir en Holanda. Ella no quería vivir en Londres. ¿Cómo nos comunicaremos?

Palomas, dijo ella.

Y así es como alquilé la buhardilla del Instituto de la Mujer de Pimlico. No siento gran cosa por el Instituto de la Mujer, ni para bien ni para mal, ellas fueron las primeras en hacer campaña en contra de los aerosoles que contienen clorofluorocarbonos y hacen un fantástico bizcocho de ciruelas, pero eso me da igual. Lo importante es que la buhardilla estaba vagamente orientada en dirección a Amsterdam.

Adivino que se están preguntando si pueden confiar en la voz protagonista de esta narración. ¿Por qué no me quité de encima a Inge y me fui a un bar de citas? La respuesta son sus pechos.

No eran maravillosamente erguidos, del tipo que las mujeres llevan al

estilo charreteras, como una señal de rango. Ni eran pubescentes fantasías de muchacho. Habían sufrido el paso del tiempo y empezaban a someterse a la insistencia de la gravedad. La piel era de color castaño, las aréolas aún más oscuras, y los pezones como cuentas negras. Yo los llamaba mis hermanitas gitanas, aunque no delante de ella. Simple e inequívocamente los idolatraba, y no como sustitutos de la madre o a causa de un trauma uterino, sino por sí mismos. Freud no siempre tenía razón. A veces un pecho es un pecho.

Levanté el auricular del teléfono media docena de veces. Y otras seis lo volví a colgar. Tal vez ella no habría contestado. Y si no hubiera sido por su madre, que estaba en Rotterdam, lo habría desconectado. Nunca me dijo cómo sabía que llamaba su madre y no una recepcionista. O cómo sabría que era un recepcionista y no yo. Quería hablar con ella.

Las palomas —Adán, Eva y Besamerrápido— no pudieron llegar a Holanda. Eva se las arregló para alcanzar Folkestone. Adán tiro la toalla y se fue a vivir a Trafalgar Square, otra victoria para Nelson. Besamerrápido tenía miedo a las alturas, un inconveniente para un pájaro, pero el Instituto de la Mujer la adoptó como mascota y la rebautizó Boadicea. Si aún no ha muerto es que vive todavía. No sé qué fue de las aves de Inge. Nunca dieron conmigo.

Entonces conocí a Jacqueline.

Tenía que poner moqueta en mi nuevo piso, y un par de amigos vinieron a ayudarme. Y trajeron a Jacqueline. Era la amante de uno de ellos, y confidente de ambos. Una especie de animal doméstico. Vendía sexo y simpatía por cincuenta libras para salir de apuros durante el fin de semana, con una comida abundante el domingo. Un arreglo civilizado, aunque brutal.

Yo había comprado un nuevo piso para empezar otra vez después de una fea aventura que me había dejado una gonorrea de recuerdo. Una gonorrea

emocional, nada que ver con mis órganos. Tenía que guardar mi corazón para mí, o podía infectar a alguien. El piso era grande y destartado. Esperaba repararlo y repararme al mismo tiempo. La donadora de gonorrea seguía viviendo con su marido en su elegante casita, pero me había pasado a escondidas diez mil libras para ayudarme a financiar la compra. Ella lo llamó préstamo. Yo lo llamé dinero manchado de sangre. Ella estaba amortizando eso que llamaba su conciencia. Yo no quería volver a verla. Por desgracia, era mi dentista.

Jacqueline trabajaba en el zoo. Trabajaba con pequeñas cosas peludas que no querían ser amables con los visitantes. Los visitantes que pagan cinco libras no tienen mucha paciencia con las pequeñas cosas peludas que están asustadas y quieren esconderse. El trabajo de Jacqueline consistía en que todo volviera a resplandecer y brillar. Tenía buena mano con los padres, con los niños, con los animales, con cualquier cosa trastornada. Tenía buena mano conmigo.

Cuando llegó, elegante pero no modernísima, maquillada pero sin llamar la atención, con voz inexpresiva y gafas de payaso, pensé que no tenía nada que decirle a aquella mujer. Después de Inge y de mi breve recaída con Bathsheba, la dentista, no podía esperar placer de ninguna mujer, y menos de una que había sido víctima de su peluquero. Pensé: Puedes preparar el té mientras yo bromeo con mis amigos sobre los peligros que entraña un corazón destrozado y luego podéis iros alegremente los tres a casa con vuestra buena acción mientras yo abro una lata de lentejas y escucho en la radio el programa *La ciencia hoy*.

Pobre de mí. No hay nada tan dulce como revolcarse en la propia miseria, ¿verdad? Revolcarse es sexo para depresivos. Debería recordar el lema de mi abuela, consuelo pastoral para los sufrientes. El dilema doloroso, la elección

angustiosa no iban con ella. «O cagas o te levantas del orinal.» Sí, señor. Al menos yo estaba entre dos cagadas.

Jacqueline me hizo un bocadillo y preguntó si había platos que fregar. Volvió al día siguiente, y al siguiente. Me lo contó todo sobre los problemas de los lemures en el zoo. Trajo su propia fregona. Trabajaba de nueve a cinco de lunes a viernes, conducía un Mini y compraba libros en los círculos de lectores. No tenía fetichismos, manías, aberraciones o tiquismiquis. Y, sobre todo, era soltera y siempre lo había sido. Ni hijos ni maridos.

Era una opción. No la amaba y no quería amarla. No la deseaba y no podía imaginarme deseándola. Todos eran puntos a su favor. Había aprendido hacía poco que otra manera de escribir ENAMORARSE ES PASAR POR LA TABLA. Ya me estaba cansando de intentar guardar el equilibrio con los ojos vendados sobre una delgada tabla, un resbalón y de cabeza a las profundidades marinas. Quería los clichés, el sillón. Quería el camino fácil y la escena perfecta. ¿Qué hay de malo en eso? Se llama crecer. Puede que la mayor parte de la gente lustre sus comodidades con una pátina sentimental, pero esta pronto desaparece. Tienen un largo camino por delante; más grasa en la cintura y la casa adosada en las afueras. ¿Qué hay de malo en eso? Noches de televisión y entrar roncando a dúo en el nuevo siglo. Hasta que la muerte nos separe. ¿Es nuestro aniversario, querida? ¿Qué hay de malo en eso?

Era una opción. No tenía gustos caros, no sabía nada de vinos, nunca quería que la llevaran a la ópera y se había enamorado de mí. Yo no tenía ni dinero ni moral. Era un arreglo del destino.

Estuvimos de acuerdo en que ella era buena para mí y viceversa mientras comíamos dentro del Mini platos chinos para llevar. Era una noche nublada, así que no podíamos mirar a las estrellas, y además ella tenía que levantarse a las siete y media para ir al trabajo. Ni siquiera creo que pasara la noche conmigo. Fue la siguiente noche, un frío de perros en noviembre y yo encendí

el fuego. Puse unas flores porque me gusta hacerlo de todos modos, pero cuando llegó el momento de sacar el mantel y buscar los vasos caros no me vi con ganas de tomarme la molestia. «No somos así —me dije—. Lo que tenemos es sencillo y corriente. Y por eso me gusta. Merece la pena por su pulcritud. Para mí se acabó la vida en expansión. Esto es microjardinería de interior.»

Durante los meses que siguieron se me curó la mente, y me dejé de abatimientos y gruñidos sobre amores perdidos y elecciones imposibles. Había sobrevivido al naufragio y me gustaba mi nueva isla con agua corriente caliente y fría y visitas regulares del lechero. Me convertí en apóstol de la mediocridad. Sermoneaba a mis amigos sobre las virtudes de la monotonía, alababa las suaves correas de mi vida y sentí que al fin sabía lo que todos me decían que llegaría a saber; que la pasión es para las vacaciones, no para la vuelta a casa.

Mis amigos eran más circunspectos que yo. Miraban a Jacqueline con inquieta aprobación, y a mí como si padeciera una enfermedad mental pero me hubiera portado bien durante unos pocos meses. ¿Unos pocos meses? Más bien un año. Todo en mi vida era rigor, trabajo duro y... y... ¿cuál era esa palabra que empieza por A?

—Te mueres de aburrimiento —me dijo un amigo.

Protesté con todo el ardor del abstemio al que pillan mirando de reojo la botella. Todo era estupendo. Había sentado la cabeza.

—¿Todavía tienes relaciones sexuales?

—No muchas. No importa, ¿sabes? Lo hacemos de vez en cuando. Cuando nos apetece tanto a ella como a mí. Trabajamos mucho. No tenemos demasiado tiempo.

—¿La deseas cuando la miras? ¿La ves cuando la miras?

Perdí los estribos. ¿Por qué estaba empezando a arder mi felizmente



establecida, felizmente feliz casita de Heidi por culpa de un amigo que había soportado todos mis corazones destrozados sin una palabra de reproche? Sopesé para mis adentros toda clase de defensas. ¿Dolor? ¿Sorpresa? ¿O debía echarme a reír? Quería decir algo cruel para expiar mi rabia y justificarme. Pero con los viejos amigos es difícil; difícil por ser tan fácil. Conoces al otro tanto como se conocen los amantes y además ha tenido que fingir menos. Me serví una bebida y me encogí de hombros.

—Nada es perfecto.

El gusano en el capullo. ¿Y qué? Casi todos los capullos tienen gusanos. Los rocías con insecticida, los mimas, esperas que el agujero no sea demasiado grande y rezas para que salga el sol. Deja que la flor se abra y nadie notará los bordes carcomidos. Pensé lo mismo en relación con Jacqueline y conmigo. Yo sentía verdadera desesperación por cuidarnos. Quería que la cosa funcionara por no muy nobles motivos; al fin y al cabo, era mi último cartucho. Para mí se habían acabado las carreras. Y además ella me amaba, sí, a su manera simple y sin exigencias. Nunca me molestaba cuando yo decía: «No me molestes», y no lloraba cuando le gritaba. De hecho, me devolvía los gritos. Me trataba como a un felino del zoo. Estaba muy orgullosa de mí.

Mi amigo dijo: «Busca a alguien de tu tamaño».

Y entonces conocí a Louise.

Si pintase a Louise, la pintaría como una bandada de mariposas. Un millón de almirantes rojos en un halo de movimiento y luz. Hay muchas leyendas sobre mujeres que se convierten en árboles, pero ¿hay alguna sobre árboles que se convierten en mujeres? ¿Es raro decir que tu amante te recuerda a un árbol? Pues así es, por el modo en que su pelo atrapa el viento y vuela en torno a su cabeza. A menudo espero que empiece a susurrar como las hojas.

Y no susurra, pero su piel tiene el tono lunar de un abedul plateado. Ojalá yo tuviera un seto de tales arbolitos desnudos y sin adornos.

Al principio no importaba. Nos llevábamos tan bien como cualquier grupo de tres. Louise era amable con Jacqueline y nunca intentó interponerse entre ella y yo, ni siquiera como amiga. Y además, ¿por qué iba a hacerlo? Estaba felizmente casada y lo había estado durante diez años. Yo había visto a su marido, un médico con el tacto propio de la profesión, insignificante, sí, pero eso no es un vicio.

—Es muy guapa, ¿verdad?

—¿Quién?

—Louise.

—Sí, sí, supongo que sí, si te gusta ese tipo de mujer.

—¿Te gusta ese tipo de mujer?

—Me gusta Louise, sí. Ya lo sabes. Y a ti también.

—Sí.

Volvió a su revista, *World Wildlife*, y yo salí a dar un paseo.

Solo iba a dar un paseo, un paseo como otro cualquiera, un paseo a ningún sitio en especial, pero me encontré delante de la puerta de la casa de Louise. Madre mía. ¿Qué estoy haciendo aquí? Yo iba justo en dirección contraria.

Llamé al timbre. Abrió Louise. Su marido, Elgin, estaba en el estudio jugando a un juego de ordenador que se llamaba HOSPITAL. Tienes que operar a un paciente que te grita si te equivocas.

—Hola, Louise. Pasaba por aquí y pensé asomarme a verte.

Asomarme a verte. Qué frase más ridícula. ¿Qué soy, un cuco de reloj?

Entramos juntas. La cabeza de Elgin apareció en la puerta del estudio.

—Hola. Hola, hola, qué bien. Un momento, tengo un pequeño problema con el hígado, parece que no lo encuentro.

En la cocina, Louise me dio algo de beber y un casto beso en la mejilla. O

habría sido casto si hubiera retirado los labios enseguida, pero en cambio movió los labios imperceptiblemente sobre el lugar del obligatorio picotazo. Duró casi el doble de lo que debería haber durado, que aun así era casi nada. A no ser que se trate de tu propia mejilla. A no ser que ya estés pensando en ello y preguntándote si alguien más está pensando lo mismo. Ella no dio a entender nada. Yo no di a entender nada. Nos sentamos y hablamos y escuchamos música y no me di cuenta de lo oscuro que estaba o de lo tarde que era o de la botella ya vacía o de mi estómago vacío. Sonó el teléfono, obscenamente alto, y dimos un respingo. Louise contestó con su delicadeza característica, escuchó un momento y me pasó el auricular. Era Jacqueline, que dijo muy triste, sin reprocharme nada, pero triste:

—No sabía dónde estabas. Es casi medianoche. No sabía dónde estabas.

—Lo siento. Voy a coger un taxi ahora mismo. Estaré ahí enseguida. —Me levanté y sonreí—. ¿Puedes pedirme un taxi?

—Yo te llevaré —dijo ella—. Me gustaría ver a Jacqueline.

No hablamos durante el camino de vuelta. Las calles estaban tranquilas, no pasaba ningún coche. Paramos delante de mi casa y yo dije gracias y quedamos en vernos para tomar el té la semana siguiente y entonces ella dijo:

—Tengo entradas para la ópera mañana por la noche. Elgin no puede venir. ¿Quieres acompañarme?

—Se supone que mañana paso la noche en casa con Jacqueline.

Asintió y yo salí del coche. No hubo besos.

¿Qué hacer? ¿Quedarme con Jacqueline y odiarlo y poner lentamente en marcha el motor que me hará odiarla a ella? ¿Inventar una excusa y salir? ¿Decir la verdad y salir? No puedo salirme siempre con la mía, las relaciones son una especie de arreglo. Toma y daca. Puede que no quiera quedarme pero ella quiere que me quede. Hacerlo debería alegrarme. Nos hará más fuertes,

habrá más ternura. Así pensaba yo mientras ella dormía a mi lado y si tenía miedo no lo revelaba durante aquellas horas nocturnas. La miré, tendida de manera confiada en el sitio donde había estado tendida durante tantas noches. ¿Podía ser traicionera aquella cama?

Por la mañana estaba de mal humor y me caía de cansancio. Jacqueline, tan alegre como siempre, se metió en el Mini y se marchó a ver a su madre. A mediodía me llamó para pedirme que fuera. Su madre no se encontraba bien y quería pasar la noche con ella.

—Jacqueline —le dije—, quédate en su casa. Nos veremos mañana.

Sentí alivio y una aureola de virtud. Ahora podía sentarme en mi propia casa, a solas con mi pragmatismo. A veces, la mejor compañía es la propia.

Durante el intermedio de *Las bodas de Fígaro* me di cuenta de la frecuencia con que otra gente miraba a Louise. Nos bombardeaban con lentejuelas por todos lados, el oro nos deslumbraba. Las mujeres llevaban sus joyas como si fuesen medallas. Un marido aquí, un divorcio allá: eran un palimpsesto de relaciones amorosas. Las gargantillas, los broches, los anillos, las tiaras, los tachonados relojes de pulsera con los que nadie se enteraba de la hora sin usar una lupa. Los brazaletes, las cadenillas para el tobillo, los velos de aljófar y los pendientes que sobrepasaban en número a las orejas. Todas esas joyas iban escoltadas por amplios trajes grises y elegantes corbatas moteadas. Las corbatas se agitaron nerviosamente cuando Louise pasó a su lado y los trajes encogieron un poquito. Las joyas lanzaron su propio centelleo de aviso a la garganta desnuda de Louise, que llevaba un sencillo vestido de seda verde musgo, pendientes de jade y un anillo de boda. «No pierdas de vista ese anillo —me dije—. Cada vez que creas que te estás enamorando recuerda que ese anillo está fundido al rojo y te quemará hasta los huesos.»

—¿Qué miras? —me preguntó Louise.

—Pedazo de imbécil —dijo mi amigo—. Otra mujer casada.

Louise y yo estábamos hablando de Elgin.

—Nació en una familia de judíos ortodoxos —dijo ella—. Se siente superior y a la vez víctima.

El padre y la madre de Elgin seguían viviendo en una casa adosada de los años treinta en Stamford Hill. La habían ocupado durante la guerra y llegaron a un arreglo con la familia cockney que finalmente volvió a su casa para encontrarse con las cerraduras cambiadas y un letrero en la puerta principal que decía: SABBATH. PROHIBIDA LA ENTRADA. Era un viernes por la noche de 1946. Y el sábado por la noche Arnold y Betty Small se encontraron cara a cara con Esau y Sarah Rosenthal. El dinero cambió de manos o, para ser exactos, cierta cantidad de oro, y los Small desaparecieron para dedicarse a asuntos más importantes. Los Rosenthal abrieron una farmacia y se negaron a atender a ningún judío liberal o reformado.

—Somos los elegidos de Dios —decían, refiriéndose a sí mismos.

Elgin nació de aquellos comienzos tan humildes y arrogantes. Iban a llamarlo Samuel, pero Sarah, estando embarazada, visitó el Museo Británico, y aunque las momias la dejaron impasible al final llegó a la gloria de Grecia. Esto no tenía por qué afectar al destino de su hijo, pero lo cierto es que Sarah tuvo serias complicaciones en la hora catorce del parto y creyeron que moriría. En medio de los sudores y el delirio, agitando la cabeza de un lado a otro, solo podía repetir una y otra vez una sola palabra: ELGIN. Esau, agotado y destrozado, retorciendo su chal de oración bajo el abrigo negro, tenía un lado supersticioso. Si aquella era la última palabra de su mujer tenía que significar algo, llegar a ser algo. Y la palabra se hizo carne. Samuel se convirtió en Elgin y Sarah no murió. Vivió para producir miles de litros de

sopa de pollo, y cada vez que la servía con el cucharón en los tazones decía: «Elgin, Jehová me salvó para que te sirviera».

Así que Elgin creció pensando que el mundo debía servirle y odiando el oscuro mostrador de la tiendecita de su padre y odiando que lo apartasen de los otros chicos y a la vez deseándolo más que nada en el mundo.

—No eres nada, eres polvo —decía Esau—. Sal de la nada y sé un hombre.

Elgin consiguió una beca en una escuela independiente. Era pequeño, estrecho de pecho, miope y ferozmente listo. Por desgracia, su religión le excluía de los juegos propios de los sábados, y mientras se las arreglaba para evitar la persecución cultivaba el aislamiento. Sabía que era mejor que aquellas reinas de la belleza tan erguidas y de hombros cuadrados cuyo aspecto y soltura exigía afecto y respeto. Además, todos eran maricas, y Elgin los había visto luchar unos con otros, con la boca abierta y la polla dura. A él nadie intentó tocarlo.

Se enamoró de Louise cuando ella le venció en singular combate en las finales de la Sociedad de Debates. Su escuela estaba solo a una milla, y él tenía que pasar por delante al volver a casa. Le dio por pasar por delante justo en el momento en que Louise salía. Fue delicado con ella, se esforzó, no presumió, no fue sarcástico. Ella solo llevaba un año en Inglaterra y la encontraba fría. Ambos eran refugiados y se dieron calor mutuamente. Luego Elgin fue a Cambridge, donde eligió un *college* que destacaba por sus hazañas deportivas. Louise, que llegó un año después, había empezado a sospechar que él era masoquista. Lo confirmó cuando él, tumbado en la cama con las piernas abiertas, le suplicó que le apuntalara el pene con pinzas sujetapapeles.

—Puedo soportarlo —dijo—. Voy a ser médico.

Mientras tanto, en la casa de Stamford Hill, encerrados en las veinticuatro

horas de oración del sabbath, Esau y Sarah se preguntaban qué sería de su hijo, que había caído en las garras de una lagarta de pelo llameante.

—Lo destruirá —dijo Esau—. Está perdido. Todos estamos perdidos.

—Mi niño, mi niño —dijo Sarah—. Y solo mide uno setenta.

No asistieron a la boda, que tuvo lugar en un juzgado de Cambridge. ¿Cómo iban a ir, si Elgin se las arregló para que se celebrara en sábado? Allí estaba Louise con un vestido corto de seda color marfil y una cinta plateada en la cabeza. Su mejor amiga, Janet, con la cámara y los anillos. El mejor amigo de Elgin, cuyo nombre este no podía recordar. Elgin, con un traje alquilado justo una talla por debajo de la suya.

—Ya ves —dijo Louise—. Sabía que era digno de confianza, que podría controlarle, que yo sería la responsable de todo.

—¿Y él? ¿Qué pensaba él?

—Sabía que yo era preciosa, que era un premio. Quería algo vistoso, pero no vulgar. Quería encararse con el mundo y decirle: «Mira lo que tengo».

Pensé en Elgin. Era muy eminente, muy soso, muy rico. Louise cautivaba a todo el mundo. Atraía la atención hacia él, favorecía sus contactos, cocinaba, decoraba, era lista y sobre todo era hermosa. Elgin era torpe y no encajaba. Había cierta dosis de racismo en el modo en que lo trataban. Sus colegas eran aquellos jóvenes que habían estudiado con él y a los que él despreciaba para sus adentros. Conocía a otros judíos, por supuesto, pero en su profesión todos eran acomodados, cultos y liberales. Nada de ortodoxos de Stamford Hill con una simple casa adosada ocupada entre ellos y la cámara de gas. Elgin nunca hablaba de su pasado, y poco a poco, con Louise a su lado, llegó a ser irrelevante. También él se volvió acomodado, culto y liberal. Iba a la ópera y compraba antigüedades. Hacía chistes sobre *frummers* y *matzos* e incluso perdió el acento. Cuando Louise lo animó a ponerse en contacto con sus padres, les mandó una felicitación de Navidad.

—Es ella —dijo Esau tras el oscuro mostrador—. Malditas sean las mujeres desde el pecado de Eva.

Y Sarah, limpiando, arreglando, reparando, sirviendo, sintió la maldición y se perdió a sí misma un poco más.

—Hola, Elgin —dije cuando él entró en la cocina con sus pantalones de pana azul marino (talla M) y su camisa Viyella de estar por casa (talla S). Se apoyó en el hornillo y me disparó un *staccato* de preguntas. Era su método de conversación preferido, así no tenía que exponerse a sí mismo.







Louise estaba cortando verduras.

—Elgin se va de viaje la semana que viene —dijo, cortando su flujo de palabras con la misma habilidad con la que él cortaba tráqueas.

—Pues sí, así es —dijo él alegremente—. Tengo que dar una conferencia en Washington. ¿Has estado alguna vez en Washington?

El martes 12 de mayo a las 10.40, el avión del vuelo de British Airways a Washington se dirigió a la pista de despegue. Allí estaba Elgin con una copa de champán, en la clase club, escuchando a Wagner a través de los auriculares. Hasta la vista, Elgin.

El martes doce de mayo a la una de la tarde. Toc toc.

—¿Quién es?

—Hola, Louise.

Ella sonrió.

—Justo a tiempo para el almuerzo.

¿Es sexy la comida? *Playboy* publica regularmente relatos sobre espárragos y plátanos y puerros y calabacines, o sobre untarse con miel o helado de chocolate. Una vez compré un aceite erótico con sabor a auténtica piña colada, pero a mi amante le salió una erupción en la lengua.

Y hay cenas a la luz de las velas y esos camareros de mirada impúdica con chaleco y pimenteros gigantescos. Y hay también sencillas meriendas en la playa que solo funcionan cuando se está enamorado, porque, si no, no habría quien aguantase la arena en el brie. El contexto lo es todo, o eso pensaba yo hasta que empecé a comer con Louise.

Cómo deseé ser aquella inocente pieza de acero inoxidable cuando se llevó una cucharada de sopa a los labios. Habría cambiado toda la sangre de mi

cuerpo por medio litro de caldo vegetal. Déjame ser un taco de zanahoria o un fideo para que me metas en tu boca. Tuve envidia del panecillo. La miré partir y untar cada pedacito con mantequilla, empaparlo lentamente en el tazón, dejar que se volviera grueso y grávido, que se hundiese bajo el peso rojo oscuro y que resucitara al glorioso placer de sus dientes.

Las patatas, el apio, los tomates, todo había pasado por sus manos. Cuando me tomé la sopa la filtré para saborear su piel. Había estado allí, debía de quedar algo de ella. La encontraría en el aceite y las cebollas, la detectaría a través del ajo. Sabía que había escupido en la sartén para ver si el aceite estaba a punto. Es un viejo truco, todos los chefs lo hacen, o lo hacían. Y, cuando le pregunté qué había en la sopa, supe que había suprimido el ingrediente fundamental. Te saborearé, aunque sea a través de tu cocina.

Cortó una pera; una de las peras de su propio jardín. Donde ella vivía, una vez hubo un huerto, y su árbol particular tenía doscientos veinte años. Más viejo que la Revolución francesa. Lo bastante viejo para haber alimentado a Wordsworth y a Napoleón. ¿Quién había entrado en ese jardín y cogido la fruta? ¿Les latía el corazón tan deprisa como a mí? Ella me ofreció media pera y un pedazo de queso parmesano. Peras como esas han visto el mundo, es decir, las peras estaban quietas y el mundo las ha visto. Con cada mordisco estallan la guerra y la pasión. La historia estaba envuelta en las pepitas y la piel color de rana.

Jugos viscosos le resbalaron por la barbilla y antes de que yo pudiese hacer nada ella se limpió. Miré la servilleta: ¿podría robarla? Mi mano ya reptaba por el mantel como algo salido de Poe. Ella me tocó y yo di un grito.

—¿Te he arañado? —preguntó, toda preocupación y remordimiento.

—No, me has electrocutado.

Se levantó y empezó a preparar el café. Los ingleses son muy buenos para esos gestos.

—¿Vamos a tener una aventura? —preguntó.

Ella no es inglesa, es australiana.

—No, ni hablar —dije—. Tú estás casada y yo estoy con Jacqueline. Esto será una amistad.

—Ya es una amistad —dijo.

Sí lo es, y me gusta pasar el día contigo en seria e inconsecuente charla. No me importaría fregar los platos contigo, quitar el polvo contigo, leer la parte de atrás del periódico mientras tú lees la parte delantera. Es una amistad y te echaría de menos, te echaría de menos y pensaría muy a menudo en ti. No quiero perder este espacio afortunado donde he encontrado a alguien inteligente y natural y que no se molesta en mirar la agenda cuando fijamos una cita. Durante todo el camino de vuelta a casa me dije estas cosas, y estas cosas eran el sólido pavimento bajo mis pies y los setos limpiamente podados y la tienda de la esquina y el coche de Jacqueline. Cada cosa en su sitio; la amante, la amiga, la vida, el decorado. En casa, las tazas del desayuno están donde las dejamos y sé, incluso si cierro los ojos, el sitio exacto donde Jacqueline guarda sus pijamas. Solía pensar que Cristo se equivocó, y que fue increíblemente duro cuando dijo que pensar en el adulterio es tan malo como cometerlo. Pero ahora, de pie en este espacio inviolado y familiar, ya he alterado para siempre mi mundo y el mundo de Jacqueline. Ella no lo sabe todavía. No sabe que hay que hacer una revisión del mapa. Que el territorio que creía suyo ha sido anexionado. Nunca se da el corazón, se presta de vez en cuando. Si no fuese así, ¿cómo íbamos a recuperarlo sin preguntar siquiera?

Agradecí las horas tranquilas del final de la tarde. Nadie me molestaría, podía hacerme un té ahumado y sentarme en mi sitio de costumbre y confiar en que la sabiduría de los objetos supusiera alguna diferencia para mí. Aquí, rodeada por mis mesas y sillas y libros, vería con toda seguridad la necesidad

de asentarme en un lugar. El nomadismo emocional había durado demasiado. ¿No había llegado hasta aquí débil y con cardenales para rodear con una verja el espacio que Louise amenazaba ahora?

Oh, Louise, no estoy diciendo la verdad. No me estás amenazando. Me estoy amenazando. Mi cuidadosa y bien ganada vida no significa nada. El reloj hacía tictac. Pensé: ¿Cuánto tiempo hasta que empiecen los gritos? ¿Cuánto tiempo hasta que empiecen las lágrimas y las acusaciones y el dolor? ¿O esa piedra específica en el dolor de estómago cuando pierdes algo que no has valorado? ¿Por qué la pérdida es la medida del amor?

Este preludeo, esta prevención, son normales, pero admitirlos es abrirse camino a través de nuestra única salida; la gran excusa de la pasión. No tenías elección, aquello te arrastró consigo. Una fuerza se apoderó de ti y te poseyó y lo hiciste, pero ahora ya ha pasado, no puedes entenderlo, etcétera, etcétera. Quieres empezar otra vez etcétera, etcétera. Perdóname. A finales del siglo xx seguimos pensando en antiguos demonios para explicar las acciones más corrientes. El adulterio es muy corriente. No tiene valor de rareza y sin embargo, a nivel individual, lo explicamos una y otra vez como si fuera un ovni. Ya no puedo mentirme de ese modo. Siempre lo he hecho, pero ahora no. Sé perfectamente qué está ocurriendo y sé también que salto del avión por mi propia voluntad. No, no tengo paracaídas, y, peor aún, tampoco lo tiene Jacqueline. Cuando saltas te llevas a alguien por delante.

Corto una rodaja de bizcocho de frutas. Si tienes dudas, come. Entiendo por qué para alguna gente el mejor asistente social es el frigorífico. Mi confesionario habitual es un sencillo Macallan, pero no antes de las cinco de la tarde. Quizá por eso intento sufrir mis crisis por la noche. Bueno, aquí estoy a las cuatro y media con bizcocho de frutas y una taza de té y en lugar de dominarme solo puedo pensar en el dominio de Louise. Es cosa de la comida. No podía haber momento menos romántico que este, y sin embargo

el olor frívolo de las uvas y el centeno me está excitando más que cualquier plátano del *Playboy*. Solo es cuestión de tiempo. ¿Es más noble debatirse durante una semana antes de salir corriendo o cojo el cepillo de dientes ahora mismo? Me ahogo en lo inevitable.

Llamé por teléfono a un amigo cuyo consejo fue que hiciera de marinero con una esposa en cada puerto. Si se lo decía a Jacqueline lo echaría todo a perder, ¿y para qué? Si se lo decía a Jacqueline le haría un daño que no podría reparar, ¿y tenía derecho a hacérselo? Probablemente no era más que un celo perruno de dos semanas y podría sacármelo del organismo y volver a la perrera.

Sensatez. Sentido común. Buen perro.

¿Qué dicen las hojas del té? Nada salvo una L mayúscula.

Cuando Jacqueline regresó a casa le di un beso y dije:

—Ojalá no olieses a zoo.

Pareció sorprendida.

—No puedo evitarlo. Los zoos huelen.

Enseguida fue a darse un baño. Le serví una bebida pensando en lo poco que me gustaba su ropa y eso de que encendiera la radio nada más llegar a casa.

Inexorable, empecé a hacer la cena. ¿Qué haríamos esa noche? Me sentía como un bandido que esconde una pistola en la boca. Si hablaba, lo revelaría todo. Mejor no hablar. Comer, sonreír, hacerle sitio a Jacqueline. Así estaba bien, ¿no?

Sonó el teléfono. Corrí y derrapé para cogerlo, y cerré la puerta del dormitorio tras de mí.

Era Louise.

—Ven mañana —dijo—. Quiero decirte algo.

—Louise, si tiene que ver con lo de hoy, no puedo..., ya ves, he decidido que no puedo. Es decir, no podría, porque, bueno, qué tal si, ya sabes...

Hubo un clic y se cortó la línea. Miré el auricular como Lauren Bacall en esas películas con Humphrey Bogart. Lo que necesito ahora es un coche con estribo y luces antiniebla. Podría estar contigo en diez minutos, Louise. El problema es que solo tengo un Mini y es de mi novia.

Estábamos comiéndonos los espaguetis. Pensé: Mientras no diga su nombre no pasará nada. Empecé un juego privado, contando en el cínico dial del reloj la duración de mi éxito. ¿Qué soy? Me siento como si estuviera en el aula frente a un examen que no puedo completar. Deja que el reloj vaya más deprisa. Déjame salir de aquí. A las nueve le dije a Jacqueline que no podía con mi alma. Se inclinó y me cogió la mano. No sentí nada. Y luego allí estábamos con el pijama puesto en la misma cama y mis labios estaban sellados y supongo que se me hinchaban las mejillas como a un jerbo porque tenía la boca llena de Louise.

No tengo ni que decirles adónde fui al día siguiente.

Durante la noche tuve un sueño espeluznante sobre una ex novia mía a la que le había dado por el papel maché. Empezó como un pasatiempo; ¿y quién iba a poner objeciones a unos cuantos cubos de harina y agua y un rollo de tela metálica? Soy liberal y creo en la libre expresión. Fui a su casa un día, y del buzón de la puerta, justo a la altura de las ingles, asomaba la cabeza de una serpiente verde y amarilla. No era de verdad, pero parecía bastante real, con su lengua roja y dientes de papel de plata. Dudé en llamar a la puerta. Dudé porque para apretar el timbre tenía que colocar mis partes privadas justo en la cabeza de la serpiente. Sostuve un pequeño diálogo con mi ego:



YO: Qué tontería. Es una broma.

EGO: ¿Cómo que es una broma? Es letal.

YO: Esos dientes no son de verdad.

EGO: No tienen que ser de verdad para hacer daño.

YO: ¿Qué va a pensar de ti si te quedas aquí de pie toda la noche?

EGO: ¿Y qué piensa de mí en cualquier caso? ¿Qué clase de chica te apunta una serpiente a los genitales?

YO: Una chica bromista.

EGO: Ja, ja.

Se abrió la puerta y Amy se quedó de pie en el felpudo. Llevaba un caftán y un largo collar de abalorios.

—No te hará daño —dijo—. Es para el cartero. Me ha estado molestando.

—No creo que le asuste —dije—. Solo es una serpiente de juguete. A mí no me ha asustado.

—Tú no tienes por qué asustarte —dijo—. Tiene una ratonera en la mandíbula.

Desapareció dentro de la casa mientras yo seguía inmóvil en los escalones de la entrada con una botella de Beaujolais Nouveau en la mano. Volvió con un puerro y lo metió en la boca de la serpiente. Se oyó un estruendo terrible y la mitad inferior del puerro cayó sin vida sobre el felpudo.

—Cógelo, ¿quieres? —dijo ella—. Nos lo comeremos luego.

Me desperté sudando y temblando de frío. Jacqueline dormía pacíficamente a mi lado, la luz se filtraba entre las viejas cortinas. Me arropé con la bata y salí al jardín, alegrándome al sentir la súbita humedad bajo los pies. El aire era limpio y una pizca cálido y las marcas de color rosa de unas garras cruzaban

el cielo. Sentí un placer urbano en saberme la única persona que respiraba aquel aire. La implacable inspiración-espriación-inspiración-espriación de millones de pulmones me deprime. Somos demasiados en este planeta y se está empezando a notar. Las persianas de mis vecinos estaban bajadas. ¿Cuáles eran sus sueños y pesadillas? Qué distinto sería verles en aquel momento, mandíbula inerte, cuerpos abiertos. Quizá fuésemos capaces de decirnos algo sincero unos a otros en lugar del cotidiano y mascullado Buenos días.

Fui a mirar mis girasoles, que crecían imperturbables, seguros de que el sol estaría ahí para ellos, y que se realizarían del modo adecuado a la hora adecuada. Muy poca gente consigue alguna vez lo que la naturaleza consigue sin esfuerzo y la mayor parte de las veces sin fracasos. No sabemos quiénes somos ni cómo funcionar, y mucho menos cómo florecer. Ciega naturaleza. *Homo sapiens*. ¿Quién se burla de quién?

Así pues, ¿qué voy a hacer? Le pregunté a un petirrojo posado en el muro. Los petirrojos son unas criaturas muy fieles, que se aparean con la misma pareja año tras año. Adoro el vistoso escudo rojo de su pecho y la determinación con que siguen a la pala en busca de gusanos. A mí me toca cavar y el pequeño petirrojo se larga con el gusano. *Homo sapiens*. Ciega naturaleza.

Esto no es juicioso. ¿Por qué se permite que los seres humanos crezcan sin el aparato necesario para tomar firmes decisiones éticas?

Los hechos de mi caso no son extraordinarios:

1. Me he enamorado de una mujer casada.
2. Ella se ha enamorado de mí.
3. Tengo un compromiso con otra persona.
4. ¿Cómo voy a saber si Louise es lo que debo hacer o lo que debo evitar?

La iglesia podría decírmelo, mis amigos han intentado ayudarme, podría elegir el camino estoico y huir de la tentación o podría desplegar las velas y virar hacia donde el viento está cobrando fuerza.

Por primera vez en mi vida, quiero hacer lo correcto más que salirme con la mía. Supongo que se lo debo a Bathsheba...

Recuerdo cuando vino de visita poco después de regresar de un viaje de seis semanas a Sudáfrica. Antes de que se marchase le había puesto un ultimátum: él o yo. Sus ojos, que muy a menudo se llenaban de lágrimas de autocompasión, me reprocharon que la inmovilizara con otra llave de amante. La forcé a ello y, por supuesto, ella se decidió por él. De acuerdo. Seis semanas. Me sentí como la chica en el cuento de Rumpelstiltskin a la que meten en un sótano lleno de paja para que a la mañana siguiente la haya convertido en oro tejiéndola en la rueca. Todo lo que conseguí de Bathsheba fueron balas de paja, pero cuando estaba conmigo creí que eran promesas talladas en piedras preciosas. Así que tuve que enfrentarme al derroche y el desorden y me esforcé en barrer los desperdicios. Y entonces volvió, impenitente, desmemoriada como siempre, preguntándose por qué no le había devuelto las llamadas ni había escrito a lista de correos.

—Lo que dije, lo dije en serio.

Se quedó sentada en silencio durante unos quince minutos, mientras yo encolaba las patas de una silla de la cocina. Luego me preguntó si estaba viendo a otra. Dije que sí breve, vaga, esperanzadamente.

Ella asintió y se volvió para irse. Cuando llegó a la puerta dijo:

—Quería decírtelo antes de irnos, pero se me olvidó.

La miré de repente, cortante. Odié aquel «irnos».

—Sí —continuó—, Uriah pilló una infección de una mujer con la que se acostó en Nueva York. Se acostó con ella para castigarme, claro. Pero no me

lo dijo y el médico cree que yo también la he cogido. He estado tomando antibióticos, así que lo más probable es que no pase nada. Es decir, seguramente tú estás bien. Pero deberías comprobarlo.

Me acerqué a ella con la pata de la silla. Quería estampársela en la cara perfectamente maquillada.

—Eres una mierda.

—No digas eso.

—Me dijiste que ya no te acostabas con él.

—Pensé que era injusto. No quería destrozar la poca confianza sexual que le quedaba.

—Supongo que por eso nunca te molestaste en decirle que no sabe hacer que te corras.

No contestó. Estaba llorando. Para mí, era como sangre en el agua. Caminé a su alrededor.

—¿Cuánto tiempo has estado casada? La perfecta pareja pública. ¿Diez años? ¿Doce? Y no le pides que te meta la cabeza entre las piernas porque crees que le desagradaría. Y me hablas de confianza sexual.

—Déjame —dijo, empujándome—. Tengo que irme a casa.

—Deben de ser las siete. Tu hora de ir a casa, ¿no? Por eso dejabas la consulta temprano, para follar deprisa y corriendo durante hora y media y luego, ya calmada, decirle «Hola, cariño» y preparar la cena.

—Tú me dejabas venir corriendo —dijo.

—Sí, lo hice, cuando tenías la regla, cuando estabas enferma, una y otra vez hice que te corrieras.

—No quería decir eso. Quería decir que era cosa de dos. Tú me querías aquí.

—Yo te quería en todas partes, y lo patético es que todavía te quiero.

Me miró.

—¿Me llevas a casa en coche?

Todavía recuerdo esa noche con vergüenza y rabia. No la llevé a casa en coche. Caminé con ella por callejones oscuros hasta su casa oyendo el crujido de su gabardina y el roce de su cartera contra el costado. Como Dirk Bogarde, se sentía orgullosa de su perfil, que producía el efecto deseado bajo la débil luz de las farolas. La dejé donde ya podía andar segura y escuché cómo se desvanecía el ruido de sus tacones. Unos segundos más tarde el ruido se detuvo. Aquello me era familiar: estaba mirándose el pelo y la cara, sacudiéndome de su gabardina y sus caderas. La verja chirrió y se cerró, metal contra metal. Ahora estaban dentro, unidos, compartiéndolo todo, incluso la enfermedad.

Mientras volvía a casa, respirando hondo, sabiendo que temblaba y sin saber cómo parar, pensé: Soy tan culpable como ella. ¿No había dejado que ocurriera? ¿No me había confabulado con el engaño y dejado que todo mi orgullo se consumiera? Yo no era nada, una triste mierda, me merecía a Bathsheba. Amor propio. Se supone que te lo enseñan en el ejército. A lo mejor debería alistarme. Pero ¿escribir Corazón Destrozado debajo de Intereses Personales sería una buena recomendación?

Al día siguiente, en la clínica de enfermedades venéreas, miré a mis compañeros de pesares. Sospechosos buscavidas, gordos hombres de negocios con trajes cortados para disimular la barriga. Unas pocas mujeres, furcias, sí, y otras mujeres también. Mujeres con dolor y miedo en los ojos. ¿Qué era aquel sitio, y por qué no se lo había dicho nadie? «¿Quién te lo ha pegado, cielo?», quise decirle a una mujer de mediana edad con un vestido estampado de flores. Una y otra vez miraba los carteles sobre la gonorrea y luego intentaba concentrarse en su ejemplar de *Country Life*. «Divórciate — me dieron ganas de decirle—. ¿Acaso crees que es la primera vez?» Dijeron

su nombre y desapareció en una desolada habitación blanca. Este sitio es como la antecámara del Juicio Final. Una jarra de café rancio, unos cuantos y piojosos bancos imitando la piel, flores de plástico en un florero de plástico y cubriendo las paredes, de arriba abajo, carteles sobre todas las posibles verrugas genitales y flujos descoloridos. Es impresionante cuántas cosas pueden pillar unas pocas pulgadas de carne.

Ah, Bathsheba, no se parece a tu elegante consulta privada, ¿verdad? Allí los pacientes escuchan a Vivaldi mientras les sacan una muela, y luego descansan veinte minutos en un sofá reclinable. Todos los días cambian las flores frescas y solo se sirven las más aromáticas infusiones. Con la cabeza en tu pecho contra tu bata blanca, nadie teme la aguja y la jeringa. Yo fui a que me hicieras un puente y tú me edificaste un reino. Por desgracia, yo solo podía tomar posesión de cinco a siete en días laborables, y los raros fines de semana en que él se iba a jugar al fútbol.

Dijeron mi nombre.

—¿Tengo algo?

La enfermera me miró como si mirase un neumático deshinchado y dijo:

—No.

Después empezó a rellenar un impreso y me dijo que volviera al cabo de tres meses.

—¿Para qué?

—Normalmente, las enfermedades de transmisión sexual no son un problema aislado. Si sus hábitos hacen que las tenga una vez, es probable que las vuelva a tener.

—No he cogido nunca ninguna.

Ella abrió la puerta.

—Tres meses serán suficientes.

¿Suficientes para qué? Caminé por el pasillo; dejé atrás CIRUGÍA y

MATERNIDAD y PACIENTES EXTERNOS. Es característico de la clínica de enfermedades venéreas estar situada lo más lejos posible de los pacientes dignos de cura. Su laberíntica astucia significa que quien la busca tiene que preguntar el camino por lo menos cinco veces. Aunque bajé la voz, sobre todo por respeto a MATERNIDAD, no me devolvieron la cortesía: «¿Enfermedades venéreas? Siga hasta el final, luego a la derecha, después a la izquierda, luego recto pasando las puertas y el ascensor, subiendo la escalera recto por el pasillo, doblando la esquina, pasando las puertas batientes y allí está», aulló el enfermero, deteniendo con cuidado su carrito de sábanas sucias sobre mi pie... «¿Ha dicho VENÉREAS?»

Sí, eso dije, y se lo dije otra vez al joven médico que balanceaba su estetoscopio con chulería en PACIENTES EXTERNOS. «¿La clínica de enfermedades venéreas? Fácil, no está a más de cinco minutos en silla de ruedas. —Estalló en carcajadas como un pelotón de camiones de helados y señaló hacia la rampa del incinerador—. Ese es el camino más rápido. Buena suerte.»

Puede que sea mi cara. Quizá es que hoy me parezco a un felpudo. Me siento como uno.

Al salir me compré un gran ramo de flores.

—¿Va a visitar a alguien? —preguntó la chica, con una voz que se levantaba en las esquinas como un sándwich de hospital. Se moría de aburrimiento teniendo que ser simpática, encarcelada tras los helechos, con agua verde goteando de su mano derecha.

—Sí, a mí. Quiero saber cómo estoy.

Alzó las cejas y dejó escapar un gritito agudo.

—¿Está usted bien?

—Lo estaré —contesté, arrojándole un clavel.

Ya en casa, puse las flores en un jarrón, cambié las sábanas y me metí en la cama. «¿Qué me dio Bathsheba salvo unos dientes perfectos?»

«Para comerte mejor», dijo el lobo.

Compré un envase de pintura en spray y escribí AMOR PROPIO encima de la puerta.

A ver si Cupido puede con esta.

Louise estaba desayunando cuando llegué. Llevaba una bata de rayas rojas y verdes gloriosamente demasiado grande. El pelo suelto, alegrándole el cuello y los hombros, cayendo hacia delante sobre el mantel como cables de luz. Había algo peligrosamente eléctrico en Louise. Me preocupaba que la llama constante que ofrecía estuviese alimentada por una corriente mucho más volátil. En la superficie parecía serena, pero debajo de ese control crepitaba una energía del tipo que te remueve cuando pasas junto a una torre eléctrica. Tenía más de heroína victoriana que de mujer moderna. Una heroína de novela gótica, ama de su casa y sin embargo capaz de prenderle fuego y huir en mitad de la noche con una bolsa. Siempre esperaba verla con las llaves colgando de la cintura. Contenida, ascua bajo el carbón, volcán dormido pero no apagado. Se me ocurrió que si Louise fuese un volcán yo podría ser Pompeya.

No entré enseguida, me quedé merodeando fuera con el cuello de la gabardina subido, escondiéndome para ver mejor. Pensé: Si llama a la policía me lo tengo bien merecido. Pero no llamaría a la policía, sacaría su revólver con culata de nácar de una jarra de cristal y me dispararía al corazón. En la autopsia encontrarían un corazón enorme y nada de tripas.

El mantel blanco, la tetera marrón. El portatostadas cromado y los cuchillos con hoja de plata. Cosas corrientes. Mira cómo las coge y las deja, cómo se limpia las manos rápido con la punta del mantel; no lo haría estando



acompañada. Se ha comido el huevo, veo la parte de arriba mellada en el plato, una pizca de mantequilla que se mete en la boca con la punta del cuchillo. Ahora va a darse un baño y la cocina se queda vacía. Estúpida cocina sin Louise.

Entrar fue fácil, la puerta no estaba cerrada. Me sentí como un ladrón con un saco lleno de ojeadas robadas. Es extraño estar en la habitación de alguien cuando no está allí. Sobre todo si amas a ese alguien. Cada objeto tiene un significado diferente. ¿Por qué compró eso? ¿Qué le gusta especialmente? ¿Por qué se sienta en esta silla y no en esa? La habitación se transforma en un código y solo te dan unos minutos para descifrado. Cuando vuelva, toda tu atención será para ella, y además mirar es de mala educación. Y sin embargo quiero abrir los cajones y pasar los dedos por los bordes polvorientos de los cuadros. En la papelera tal vez, o en la despensa, encontraré una pista que me lleve a ti. Podré desenmarañarte, cogerte con los dedos y estirar cada hilo para saber tu medida. La compulsión de robar algo es ridícula, intensa. No quiero una de tus cucharas, aunque son preciosas, con su diminuta bota eduardiana en el mango. ¿Por qué entonces me la he metido en el bolsillo? «Devuélvela de inmediato», dice la directora que vigila mi conducta. Conseguí ponerla otra vez en el cajón, aunque para ser una cucharilla de té ofreció una increíble resistencia. Me senté y traté de concentrarme. Tenía el cesto de la ropa sucia justo ante los ojos. No, el cesto de la ropa sucia no..., por favor.

Nunca me ha dado por olisquear bragas. No quiero llenarme los bolsillos interiores con ropa interior usada. Conozco a gente que lo hace y simpatizo con ella. Es bastante azaroso entrar a una tensa reunión con un amplio pañuelo blanco en un lado del traje y un pequeño par de bragas en el otro. ¿Cómo estar seguro de recordar cuál es cuál? El cesto de la ropa sucia me había hipnotizado como a un encantador de serpientes en paro.

Acababa de ponerme de pie cuando Louise atravesó la puerta, con el pelo en lo alto de la cabeza sujeto por un pasador de concha. Podía oler el vapor del baño y el aroma de un jabón áspero y amaderado. Extendió los brazos, con la cara dulcificada por el amor, y yo me llevé sus manos a la boca y besé lentamente cada una de ellas para memorizar la forma de los nudillos. No solo deseaba la carne de Louise, deseaba sus huesos, su sangre, sus tejidos, las sinapsis que la mantenían unida. La habría tenido en mis brazos hasta que el tiempo hubiese despojado su piel de tonos y texturas. La habría tenido en mis brazos durante mil años, hasta que el esqueleto se hubiera deshecho en polvo por el roce. ¿Qué eres para hacerme sentir esto? ¿Quién eres tú, para quien el tiempo no tiene sentido?

En el calor de sus manos pensé: Esta es la hoguera que se burla del sol. Este lugar me calentará, me dará de comer y cuidará de mí. Me aferraré a este pulso, contra otros latidos. El mundo seguirá con sus idas y venidas en la marea de un día pero aquí está su mano con mi futuro en la palma.

—Ven arriba —dijo ella.

La seguí y subimos más allá del descansillo en el primer piso, del estudio en el segundo, hacia donde la escalera se estrechaba y las habitaciones eran más pequeñas. Parecía que la casa no acababa nunca, que la escalera, en su espiral, nos llevaba a la vez por encima y fuera de la casa, a un desván en una torre donde los pájaros aleteaban contra las ventanas y el cielo era una ofrenda. Allí había una cama pequeña con una colcha de retales. El suelo se inclinaba hacia un lado, y había una tabla levantada como una herida. Las paredes, desiguales y pintadas al temple, respiraban. Al tocarlas sentí cómo se movían. Estaban ligeramente húmedas. La luz, encauzada por el aire tenue, calentaba tanto las cristaleras que no podían abrirse. Éramos más grandes en aquella habitación alta y salvaje. Podíamos tocar el techo y el suelo y todas

las paredes de nuestra celda de amor. Me besaste y saboreé el gusto de tu piel.

Y entonces, ¿qué? Que tú, que acababas de vestirte, perdiste la ropa en un montón inconsciente y descubrí que llevabas combinación. Louise, tu desnudez era demasiado completa para mí, que no había aprendido la extensión de tus dedos. ¿Cómo iba a cubrir aquella tierra? ¿Se sintió así Colón cuando avistó las Américas? No tenía la menor intención de poseerte, pero deseaba que tú me poseyeras.

Mucho tiempo después, oí el ruido de los niños que volvían a casa del colegio. Sus voces, agudas y vehementes, subieron a lo largo de las tranquilas habitaciones y al final llegaron, distorsionadas, a nuestro Parnaso. Quizá estábamos en el techo del mundo, donde Chaucer había estado con su águila. Quizá el bullicio y la urgencia de la vida acababan allí, con las voces acumulándose en las vigas, repitiéndose a sí mismas hasta la redundancia. La energía no se pierde, solo se transforma; ¿adónde van las palabras?

—Louise, te quiero.

Con mucha suavidad, me puso la mano en la boca y meneó la cabeza.

—No digas eso ahora. No lo digas todavía. Tal vez no vaya en serio.

Protesté con una cascada de superlativos, empezando a parecer un anuncio. Naturalmente, este modelo tenía que ser el mejor el más importante, el maravilloso incluso el incomparable. En estos tiempos los sustantivos no valen nada si no cuentan con un par de adjetivos de grandes almacenes. Cuanto más énfasis ponía, más hueco sonaba. Louise no dijo nada y al final me callé.

—Cuando digo que quizá no vaya en serio, digo que quizá no te es posible decirlo en serio.

—No tengo un certificado de matrimonio.

—¿Tú crees que eso te hace libre?

—Me hace más libre.

—Y también hace que te resulte más fácil cambiar de opinión. No dudo que dejarías a Jacqueline. Pero ¿te quedarías a mi lado?

—Te quiero.

—Has querido a otra gente y aun así la has dejado.

—No es tan sencillo.

—No quiero ser otra muesca en tu pistola.

—Tú has empezado esto, Louise.

—Lo he admitido. Pero lo hemos empezado tanto tú como yo.

¿De qué estábamos hablando? Habíamos hecho el amor una vez. Era amiga mía desde hacía un par de meses, ¿y se atrevía a desafiar mi idoneidad como pareja estable? Le dije lo que pensaba.

—¿Así que admites que solo soy una muesca?

Sentí rabia y desconcierto.

—Louise, no sé qué eres. He hecho lo imposible para tratar de evitar lo que ha ocurrido hoy. Me afectas de modos que no puedo cuantificar o contener. Solo puedo medir el efecto, y el efecto es que he perdido el control.

—E intentas recuperar el control diciéndome que me quieres. Es un terreno que conoces, ¿no? Aventura y cortejo y torbellino.

—No quiero ningún control.

—No te creo.

No, y haces bien en no creerme. Si tienes dudas, lo mejor es la sinceridad. Es uno de mis pequeños trucos. Me levanté y busqué la camisa. Estaba debajo de la combinación. Cogí la combinación.

—¿Puedo quedármela?

—¿Vas a la caza de trofeos?

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Le había hecho daño. Me arrepentí de

haberle contado todas aquellas historias sobre mis novias. Quería hacerla reír, y ella se rió. Resulta que había sembrado el camino de púas. No confiaba en mí. Como amistad había sido divertido. Como amor era letal. Yo también podía verlo. No me gustaría tener mucho que ver conmigo. Me arrodillé en el suelo y le abracé las piernas.

—Dime lo que quieres y lo haré.

Me acarició el pelo.

—Quiero que vengas a mí sin pasado. Olvida las frases aprendidas. Olvida que has estado en otros dormitorios, en otros lugares. Ven como si nunca te hubiera ocurrido nada. Nunca digas que me amas hasta el día en que me lo hayas demostrado.

—¿Y cómo voy a demostrarlo?

—Yo no puedo decirte lo que tienes que hacer.

El laberinto. Encuentra el camino que lo cruza y conseguirás tu mayor deseo. Fracasa, y deambularás para siempre entre esos muros implacables. ¿Es esa la prueba? Ya dije que en Louise había algo más que una pizca de gótico. Parecía decidida a que la consiguiera cruzando la maraña de mi propio pasado. En aquella buhardilla había una copia del cuadro de Burne-Jones titulado *El amor y el peregrino*. Un ángel que viste ropa limpia lleva de la mano a un viajero cansado y con los pies doloridos. El viajero viste de negro y su capa todavía está enganchada en la densa espesura espinosa de la que ambos acaban de salir. ¿Me guiaría así Louise? ¿Quería yo que me guiaran? Ella tenía razón, yo no había pensado en la enormidad de todo. Tenía una excusa: estaba pensando en Jacqueline.

Cuando salí de la casa de Louise y cogí el autobús del zoo llovía. El autobús estaba lleno de mujeres y niños. Mujeres ajetreadas y cansadas calmando a niños malhumorados y excitables. Un niño le había metido a la fuerza la

cabeza a su hermano en la cartera, tirando todos los libros al suelo de caucho y enfureciendo a su madre, joven y bonita, hasta ponerla al borde del asesinato. ¿Por qué no se incluye todo este trabajo en el producto nacional bruto? «Porque no sabemos cómo cuantificarlo», dicen los economistas. Deberían coger un autobús.

Me bajé en la entrada principal de la casa de fieras. El chico de la taquilla estaba aburrido y solo. Había apoyado los pies en el torniquete, y el viento húmedo entraba por la ventanilla salpicando su televisor en miniatura. No me miró cuando me agaché buscando refugio bajo un elefante de plástico.

—Elzoo cierra dentro de diez minutos —dijo misteriosamente—. Prohíbida la entrada a partir de las cinco.

El sueño de una secretaria: «Prohibida la entrada a partir de las cinco». Eso me divirtió durante dos segundos, y entonces vi a Jacqueline acercándose a las puertas, con la boina calada para protegerse de la lluvia. Llevaba una bolsa llena de comida, y unos puerros asomaban por el costado.

—...en las noches, cariño —dijo el chico sin mover los labios.

No me había visto. Quise esconderme detrás del elefante de plástico, saltar sobre ella y decir: «Vamos a cenar».

A menudo me acosan semejantes tonterías románticas. Las uso como salida en situaciones reales. ¿Quién diablos querría ir a cenar a las cinco y media de la tarde? ¿Quién querría dar un sexy paseo bajo la lluvia junto a miles de trabajadores que vuelven a casa, todos ellos, como tú, llevando una bolsa llena de comida?

«Aférrate a eso —me dije—. Sigue.»

—Jacqueline. —Sonaba como alguien del Departamento de Investigación Criminal.

Volvió la cabeza, sonrisas y placer, me dio la bolsa y se arrebujó en la gabardina. Echó a andar hacia su coche contándome cómo le había ido el día,

había tenido que cuidar a un wallaby, ¿sabía yo que el zoo los usaba en experimentos animales? El zoo los decapitaba vivos. En interés de la ciencia.

—Pero no en interés de los wallabis.

—No —dijo ella—. ¿Y por qué tienen que sufrir? Tú no me cortarías la cabeza, ¿verdad?

La miré con horror. Estaba bromeando, pero no sonaba a chiste.

—Vamos a tomar un café y un pedazo de pastel. —La cogí del brazo y nos alejamos del aparcamiento en dirección a un salón de té de ambiente familiar donde solían atender a las riadas que salían. Era agradable cuando no estaba lleno de visitantes, y aquel día no había visitantes. Los animales deben de rezar para que llueva.

—Es raro que vengas a recogerme —dijo ella.

—No.

—¿Hay algo que celebrar?

—No.

La condensación hacía que los cristales chorrearan. Ya nada estaba claro.

—¿Es Louise?

Asentí, retorciendo el tenedor de postre entre los dedos, apretando las rodillas contra la parte inferior del tablero de aquella mesa propia de una casa de muñecas. No había proporción en nada. Mi voz parecía demasiado alta, Jacqueline demasiado pequeña, la mujer que servía donuts con eficiencia mecánica aparcó el pecho en el mostrador de cristal y amenazó con romperlo a base de fuerza mamaria. Y entonces volcaría todos los pasteles rellenos de chocolate y con un gran plop ahogaría en crema a sus incautos clientes. Mi madre siempre decía que yo acabaría pringada.

—¿La estás viendo?

Irritación desde las tripas a la garganta. Quise gruñir como un perro. Como lo que soy.

«Claro que la estoy viendo. Veo su cara en cada valla publicitaria, en las monedas que llevo en el bolsillo. La veo cuando te miro. La veo cuando no te miro.»

No dije nada de eso, mascullé algo parecido a sí, como siempre, pero las cosas han cambiado. LAS COSAS HAN CAMBIADO, vaya un comentario gilipollas, yo había cambiado las cosas. Las cosas no cambian, no son como estaciones moviéndose en una ronda diurna. La gente cambia las cosas. Hay víctimas del cambio, pero no víctimas de las cosas. ¿Por qué me confabulo con el uso erróneo del lenguaje? No puedo facilitarle a Jacqueline las cosas, lo ponga como lo ponga. Puedo hacerlas un poco más fáciles para mí y supongo que eso es lo que estoy haciendo.

—Creí que tú habías cambiado —dijo.

—Lo he hecho, ese es el problema, ¿no crees?

—Creí que habías cambiado antes. Me dijiste que no volverías a hacer esto. Me dijiste que querías una vida distinta. Es fácil hacerme daño.

Lo que dice es cierto. Creí de verdad que podría salir de casa con el periódico de la mañana y volver para las noticias de las seis de la tarde. No le había mentido a Jacqueline, pero parece que yo me había mentido.

—No estoy divirtiéndome por ahí otra vez, Jacqueline.

—Entonces, ¿qué haces?

Buena pregunta. Ojalá tuviera el espíritu vigilante que me haría falta para interpretar mis actos con simples palabras. Me gustaría acercarme a ti con toda la confianza de un programador de ordenadores, con la certeza de que encontraríamos las respuestas si hiciésemos las preguntas adecuadas. ¿Por qué no me atengo a mi plan? Qué estúpido suena decir que no lo sé y encogerme de hombros y comportarme como cualquier idiota que se ha enamorado y no sabe explicarlo. Tengo un montón de práctica, debería ser capaz de explicarlo. Y la única palabra que se me ocurre es Louise.



Jacqueline, vulnerable bajo las luces de neón del salón de té, coge la taza con ambas manos en busca de calor pero se quema. Derrama el té en el plato y, al tratar de secarlo con una inadecuada servilleta, tira el pastel al suelo. En silencio, pero con mirada de águila, el Seno se agacha a limpiarlo. Ya ha visto otras veces esta escena y no le interesa, solo quiere cerrar en un cuarto de hora. Se retira detrás del mostrador y enciende la radio.

Jacqueline se limpió las gafas.

—¿Qué vas a hacer?

—Eso tenemos que decidirlo tanto tú como yo. Es cosa de dos.

—Quieres decir que hablaremos de esto y que luego tú harás lo que quieras de todos modos.

—No sé qué quiero.

Asintió y se levantó para irse. Cuando encontré el cambio y le pagué a nuestra anfitriona, Jacqueline estaba en algún lugar de la calle, yendo hacia su coche, pensé.

Corrí para alcanzarla, pero al llegar al aparcamiento del zoo lo encontré cerrado. Agarré la tela metálica y sacudí inútilmente el pulido candado. Aquella lluviosa noche de mayo, más propia de febrero que de una dulce primavera, debería haber sido suave y luminosa, pero una hilera de farolas cansadas reflejaban la lluvia y absorbían la luz. El Mini de Jacqueline estaba solo en un rincón del desolado corral. Aquel tiempo perdido y triste era ridículo.

Atravesé un pequeño parque y me senté en un banco mojado debajo de un sauce llorón. Llevaba unos pantalones cortos y anchos, que con aquel tiempo parecían propios de una campaña de reclutamiento para los boy scouts. Pero no soy un boy scout y nunca lo he sido. Los envidio: saben exactamente qué es una buena acción.

Frente a mí, las tranquilas y elegantes casas construidas en el parque

mostraban unas ventanas amarillas y otras negras. Una figura corrió las cortinas, alguien abrió la puerta delantera, oí música durante un momento. Qué vidas tan sanas y sensatas. ¿Yacía aquella gente despierta por la noche, ocultando su corazón mientras entregaban su cuerpo? ¿Se desesperaba en silencio la mujer de la ventana mientras el reloj la empujaba hacia la hora de acostarse? ¿Ama a su marido? ¿Lo desea? Cuando él ve desnudarse a su mujer, ¿qué siente? ¿Hay en otra casa alguien a quien desea tanto como deseaba a su esposa?

En las ferias había una máquina tragaperras llamada «Lo que vio el mayordomo». Pegabas el ojo a un visor tapado, echabas la moneda y de inmediato un grupo de bailarinas empezaba a agitar las faldas y a guiñar el ojo. Se quitaban poco a poco la mayor parte de la ropa, pero si querías ver el golpe de gracia tenías que meter otra moneda antes de que la mano blanca del mayordomo corriese un discreto velo. El encanto del juego, aparte de lo más obvio, era la ilusión de profundidad. Estaba hecho para que te sintieras como un dandi en un cabaret, por supuesto en el mejor asiento. Se veían filas de asientos de terciopelo y un calavera con el pelo lleno de brillantina. Era maravilloso, de tan pueril y pícaro. Siempre me sentí culpable, pero era un cálido estremecimiento de culpa, no el horrible peso del pecado. Aquellos días me dieron alma de mirón, aunque sin exagerar. Me gusta pasar junto a ventanas desnudas y echar una ojeada a la vida que hay dentro.

Ninguna película muda se rodó en color, pero las imágenes a través de una ventana son justamente eso. Todo se mueve con una extraña animación de mecanismo de relojería. ¿Por qué levanta ese hombre los brazos? Las manos de la muchacha se mueven sobre el piano sin producir sonido alguno. Solo una pulgada de cristal me separa del silencioso mundo donde no existo. Ellos no saben que estoy ahí, pero he empezado a conocerlos tan bien como cualquier miembro de la familia. Más aún, puesto que mueven los labios

como si hicieran pucheros en una pecera, yo escribo el guion y puedo poner palabras en su boca. Una vez tuve una novia con la que jugaba a eso: recorríamos las casas elegantes cuando no teníamos un penique inventando historias sobre la gente bien bajo la luz de las lámparas.

Se llamaba Catherine, y quería ser escritora. Decía que inventar pequeños guiones para aquellos inocentes personajes era una buena manera de ejercitar su imaginación. Yo no quiero escribir, pero no me importaba llevarle el cuaderno de notas. Durante aquellas noches oscuras pensé que las películas son un tremendo fraude. En la vida real, abandonados a sus propios recursos, sobre todo pasadas las siete de la tarde, los seres humanos apenas se mueven. A veces me embargaba el pánico y le decía a Catherine que teníamos que llamar a una ambulancia.

—Nadie puede estar quieto en un sillón tanto tiempo —decía yo—. Debe de estar muerta. Mírala, ya ha empezado el rigor mortis, ni siquiera parpadea.

Luego íbamos a un cine de arte y ensayo a ver una película de Chabrol o de Renoir y los actores se pasaban la película entera entrando y saliendo a todo correr de uno u otro dormitorio, disparándose mutuamente y divorciándose. Qué agotamiento. Los franceses no paran de decir que son la reserva intelectual, pero para ser un país de pensadores corren un montón de acá para allá. Se supone que pensar es una ocupación sedentaria. Meten más acción en una película artística que los norteamericanos en una docena de películas de Clint Eastwood. *Jules et Jim* es una película de acción.

Qué felices éramos en aquellas lluviosas y despreocupadas noches. Como el doctor Watson y Sherlock Holmes. Yo sabía cuál era mi lugar. Y entonces Catherine me dijo que se iba. No quería hacerlo, pero pensaba que un escritor no es buena compañía.

—Solo es cuestión de tiempo —dijo—, hasta que me convierta en una alcohólica y me olvide de cocinar.

Sugerí que esperásemos e intentáramos evitarlo. Sacudió tristemente la cabeza y me dio unas palmaditas en la espalda.

—Cómprate un perro.

Por supuesto, aquello fue terrible para mí. Me gustaban nuestros vagabundeos nocturnos, la breve pausa en la cafetería, caer en la misma cama al amanecer.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti antes de que te vayas? —pregunté.

—Sí —contestó—. ¿Sabes por qué Henry Miller dijo «Escribo con la polla»?

—Porque era cierto. Cuando murió lo único que encontraron entre sus piernas fue un bolígrafo.

—Te lo estás inventando.

¿Sí?

Estaba en un banco, sonriendo, y el agua me empapaba hasta los huesos. No era feliz, pero el poder de la memoria es tal que puede desplazar a la realidad durante algún tiempo. ¿O es que la memoria es el sitio más real? Me levanté y me escurrí las perneras de los pantalones. Era de noche, el parque pertenecía a otra gente cuando se hacía de noche, y yo no formaba parte de ellos. Mejor volver a casa y encontrar a Jacqueline.

Cuando llegué, la puerta estaba cerrada. Intenté entrar, pero estaba puesta la cadena. Grité y golpeé. Al final se abrió el buzón y salió una nota. Decía VETE. Encontré un bolígrafo y escribí por detrás: ESTA ES MI CASA. Como temía, no hubo respuesta. Por segunda vez en un día, fui a parar a casa de Louise.

—Esta noche dormiremos en otra cama —dijo llenando el baño de nubes de vapor y aceites de incienso—. Voy a calentar la habitación, y tú quédate en la bañera y bébete el chocolate. ¿De acuerdo, mi príncipe encantado?

Sí, con o sin beso de princesa. Qué tierno es esto, y qué inverosímil. Jacqueline tenía que saber que yo vendría aquí. ¿Por qué lo ha hecho? No se habrán puesto de acuerdo las dos para castigarme, ¿verdad? Igual me he muerto y este es el Juicio Final. Pero con Juicio o sin él no puedo volver con Jacqueline. Pase lo que pase aquí, y no abrigo grandes esperanzas, sabía que me separaría de ella de un modo demasiado radical para arreglarlo. En el parque, bajo la lluvia, había reconocido una cosa al menos: que Louise era la mujer que yo quería, aunque no pudiera conseguirla. Tenía que admitir que nunca había querido a Jacqueline, simplemente tenía, más o menos, la forma adecuada para encajar durante cierto tiempo.

El acoplamiento molecular es un serio desafío para los bioquímicos. Hay muchas maneras de agrupar moléculas, pero solo unas pocas yuxtaposiciones las acercan lo suficiente entre sí para permitir la unión. En el campo molecular, el significado del éxito puede ser descubrir qué estructura sintética, qué sustancia química se unirá, por ejemplo, a la forma de la proteína en una célula tumoral. Si logras hacer este rompecabezas de alto riesgo, puede que hayas encontrado una cura para el carcinoma. Pero las moléculas y los seres humanos de los que forman parte existen en un universo de posibilidad. Nos tocamos unos a otros, nos unimos y separamos, nos alejamos a la deriva empujados por campos de fuerza que no entendemos. Acoplarme a Louise puede que cure un corazón herido, pero también puede ser un experimento de costes ruinosos.

Me puse la áspera bata de baño que Louise había dejado para mí. Tenía la esperanza de que no fuera de Elgin. En las empresas funerarias solían engañar a la gente: mientras preparaban al fallecido para la tumba, el embalsamador y sus chicos se probaban la ropa de cualquiera que llegase a la capilla del eterno descanso con un buen traje. Aquel a quien le sentaba mejor

la ropa daba un chelín por ella; es decir, ponía el chelín en la caja de donativos para los Pobres y le quitaba la vestimenta al muerto. Por supuesto, le dejaban el traje puesto durante el velatorio, pero en cuanto llegaba la hora de atornillar la tapa del ataúd, uno de los chicos le arrancaba la ropa al desafortunado y lo tapaba con una mortaja barata. Si yo iba a asestarle a Elgin una puñalada por la espalda, no quería hacerlo con una de sus batas.

—Es mía —dijo Louise cuando subí al piso de arriba—. No te preocupes.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—¿Recuerdas cuando nos pilló aquel terrible chaparrón al volver a tu casa? Jacqueline insistió en que me desnudara y me dio su bata. Fue muy amable, pero yo me moría por ponerme la tuya. Quería olerte.

—¿Y yo me puse mi bata?

—Sí. Era todavía más tentador.

Había encendido el fuego en la habitación con la cama que llamaba auxiliar para damas. Casi nadie tiene ya chimeneas; Louise no tenía calefacción central. Dijo que Elgin se quejaba todos los inviernos, aunque era ella y no él quien compraba el petróleo y atizaba las llamas.

—La verdad es que él no quiere vivir así —dijo, refiriéndose a la austera magnificencia de su hogar conyugal—. Sería mucho más feliz en una casa de los años treinta de imitación Tudor con aire caliente bajo el suelo.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí?

—Porque es mucho más original.

—¿Te gusta a ti?

—Yo he hecho esta casa. —Hizo una pausa—. Lo único que Elgin ha hecho es poner dinero en ella.

—Lo desprecias, ¿verdad?

—No, no lo desprecio. Me ha decepcionado.

Elgin había sido un brillante aspirante a médico. Trabajaba mucho,

aprendía bien. Era innovador y se preocupaba por todo. Durante sus primeros años en el hospital, cuando Louise lo mantenía económicamente y pagaba todas las facturas que acumulaban en su modesta vida compartida, Elgin estaba decidido a hacer méritos y trabajar en el Tercer Mundo. Sentía absoluto desprecio por lo que llamaba «el camino de la consulta», en el que los jóvenes de cierta posición sudaban la menor tinta de hospital posible y subían peldaños hacia cosas más fáciles y mejores. En medicina había un camino rápido. En él encontrabas a muy pocas mujeres, era la ruta reconocida para el médico de carrera.

—¿Y qué pasó?

—A la madre de Elgin le diagnosticaron un cáncer.

Sarah se puso enferma en Stamford Hill. Siempre se levantaba a las cinco de la mañana, rezaba y encendía las velas, y se ponía manos a la obra: preparaba la comida del día y planchaba las camisas blancas de Esau. A esas horas llevaba un pañuelo atado a la cabeza, y solo se ponía la larga peluca negra momentos antes de las siete, cuando bajaba su marido. Desayunaban, subían juntos al coche y conducían las tres millas que les separaban de la tienda. Sarah fregaba el suelo y quitaba el polvo del mostrador mientras Esau se ponía la bata blanca sobre el chal de los rezos y movía las cajas de cartón en la trastienda. No puede decirse que abrieran la tienda a las nueve; más bien quitaban el candado de la puerta. Sarah vendía cepillos de dientes y pastillas. Esau empaquetaba medicinas. Llevaban haciendo eso cincuenta años.

La tienda no había cambiado. El mostrador de caoba y las vitrinas estaban en el mismo sitio desde antes de la guerra, antes de que Esau y Sarah firmasen un traspaso de sesenta años que los acompañara hasta la vejez. A un lado de la tienda, el zapatero se había convertido en una tienda de ultramarinos que se había convertido en una tienda de delicatessen que se había convertido en la Kosher Kebab House. Al otro lado, la lavandería se

había convertido en una tintorería. Todavía estaba a cargo de los hijos de sus amigos, los Shiffy.

—Tu chico —le dijo Shiffy a Esau— es médico. Lo vi en el periódico. Podría ejercer aquí. Podrías ampliar el negocio.

—Tengo setenta y dos años —dijo Esau.

—Setenta y dos, ¿eh? Piensa en Abraham, en Isaac, en Matusalén. Novecientos sesenta y nueve. Entonces tendrás tiempo de preocuparte de la edad.

—Se ha casado con una *shiksa*.

—Todos cometemos errores. Mira a Adán.

Esau no le dijo a Shiffy que no había vuelto a tener noticias de Elgin. Ni esperaba volver a tenerlas. Dos semanas después, cuando Sarah estaba en el hospital y el dolor no la dejaba hablar, Esau marcó el número de Elgin en su viejo teléfono de baquelita. Nunca se había molestado en comprar otro modelo. Los hijos de Dios no necesitaban el progreso.

Elgin apareció de inmediato y habló con el médico antes de ver a su padre, que permanecía a la cabecera de la cama. El médico dijo que no había esperanzas. Sarah tenía cáncer de huesos y no podía sobrevivir. El médico dijo que debía de haber sufrido dolores durante años. Desmoronándose despacio, polvo al polvo.

—¿Lo sabe mi padre?

—En cierto modo. —El médico estaba muy ocupado y tenía que seguir. Le dio sus notas a Elgin y lo dejó en un despacho bajo una lámpara con la bombilla fundida.

Sarah murió. Elgin fue al funeral y después llevó a su padre de regreso a la tienda. Esau manoseó con torpeza las llaves y abrió la pesada puerta. En la cristalera todavía se veían las letras doradas que una vez anunciaran el éxito de Esau. El arco superior decía ROSENTHAL, y el inferior FARMACÉUTICO. Los



años y los cambios de tiempo habían maltratado el letrado, y aunque aún se leía ROSENTHAL, abajo decía ÉTICO.

A Elgin, que seguía a su padre, el olor le hizo sentir náuseas. Era el olor de su infancia, formaldehído y pastillas de menta. Era el olor de los deberes detrás del mostrador. Las largas noches esperando a que sus padres lo llevaran a casa. A veces se quedaba dormido con sus calcetines grises y el pantalón corto, con la cabeza sobre una tabla de logaritmos, y entonces Esau lo cogía en brazos y lo llevaba al coche. Recordaba la ternura de su padre solo a través de una maraña de sueños y somnolencia. Esau era duro con el chico, pero cuando lo veía dormido sobre la mesa, con las delgadas piernas colgando de la silla, se llenaba de amor y le susurraba al oído cosas sobre los lirios del valle y la Tierra Prometida.

Todo aquello rodeó a Elgin mientras miraba cómo su padre colgaba lentamente el abrigo en el perchero y metía los brazos en las mangas del uniforme de farmacéutico. Los movimientos cotidianos parecían consolarlo; en vez de mirar a Elgin, sacó el libro de pedidos y se sentó a examinarlo murmurando. Al cabo de un rato, Elgin tosió y dijo que tenía que irse. Su padre asintió sin hablar.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó Elgin, sin desear una respuesta.

—¿Puedes decirme por qué ha muerto tu madre?

Elgin se aclaró la garganta. de nuevo. Estaba desesperado.

—Padre, madre era vieja, no tenía fuerzas para ponerse mejor.

La cabeza de Esau se columpió arriba y abajo, arriba y abajo.

—Era la voluntad de Dios. El Señor nos lo da y el Señor nos lo quita.  
¿Cuántas veces he dicho eso hoy?

Se hizo otro largo silencio. Elgin tosió.

—Tengo que irme.

Esau rodeó el mostrador arrastrando los pies y hurgó en un bote grande y descolorido.

Le dio a su hijo una bolsa de papel de estraza llena de pastillas.

—Tienes tos, hijo. Llévate esto.

Elgin se metió la bolsa en el bolsillo de la gabardina y se fue. Se alejó lo más deprisa que pudo del barrio judío, y cuando llegó a una calle principal paró un taxi. Antes de subir, tiró la bolsa a la papelera de una parada de autobús. Fue la última vez que vio a su padre.

Es cierto que, cuando empezó, Elgin no se dio cuenta de que su obsesivo estudio del carcinoma le daría beneficios más sustanciosos que a cualquiera de sus pacientes. Usaba la simulación por ordenador para imitar los efectos de las células afectadas y su rápida multiplicación. Comprendió que la terapia genética era la mejor salida para un cuerpo sitiado por sí mismo. Era una medicina muy sexy. La terapia genética es un mundo fronterizo donde la gente puede ganar nombre y fortuna. A Elgin lo cortejó una compañía farmacéutica norteamericana que lo hizo desaparecer de la vista pública y lo metió en un laboratorio. De todos modos, nunca le habían gustado los hospitales.

—Elgin —dijo Louise— ya no puede poner una tirita en un corte en el dedo, pero puede decirte todo lo que hay que saber sobre el cáncer. Todo salvo cuál es la causa y cómo se cura.

—Eres un poco cínica, ¿no? —dije.

—A Elgin no le importa la gente. Nunca ve a nadie. No ha entrado en una sala de enfermos terminales en diez años. Se sienta en un laboratorio suizo de millones de libras durante seis meses y mira fijamente el ordenador. Quiere hacer el gran descubrimiento. Conseguir el Nobel.

—La ambición no tiene nada de malo.

Ella se echó a reír.

—Elgin tiene mucho de malo.

Me pregunté si yo podría responder a las expectativas de Louise.

Nos acostamos y seguí con el dedo el arco de sus labios. Tenía la nariz fina y recta, severa y exigente.

La boca contradecía a la nariz, no por falta de seriedad, sino por sensual. Era llena, de volumen lascivo, con un toque de crueldad. La nariz y la boca, en combinación, producían un extraño efecto de sexualidad ascética. En la imagen había discernimiento y deseo. Louise era un cardenal romano, casto salvo por el perfecto niño de coro.

A finales del siglo xx, ahora que el sexo revela en vez de ocultar, no tienen cabida los gustos de Louise. A ella le gustaba el estímulo de la sugerencia. Encontraba el placer en la excitación lenta y segura, un juego entre iguales que no siempre deciden comportarse como iguales. No era del tipo D. H. Lawrence; nadie podía poseer a Louise con inevitabilidad animal. Había que comprometer toda su persona. Su mente, su corazón, su alma y su cuerpo solo podían estar presentes como dos parejas de gemelos. Nadie podía dividirla. Prefería el celibato a que la montaran.

Elgin y Louise ya no hacían el amor. Ella se la chupaba de vez en cuando pero se negaba a tenerlo dentro. Elgin aceptaba que eso era parte del pacto y Louise sabía que él iba con prostitutas. Sus inclinaciones, incluso en un matrimonio más tradicional, lo habrían hecho inevitable. Su última afición era coger un avión a Escocia y sumergirse en un baño de *porridge* mientras una pareja de geishas celtas con guantes de goma jugaban con su polla.

—Nunca se desnuda delante de extraños —dijo Louise—. Soy la única persona, además de su madre, que lo ha visto desnudo.

—¿Por qué sigues con él?

—Era un buen amigo, antes de empezar a trabajar incansablemente. Habría

sido lo bastante feliz para quedarme a su lado y vivir mi propia vida, pero ocurrió algo.

—¿Qué?

—Te vi en el parque. Mucho tiempo antes de que nos conociéramos.

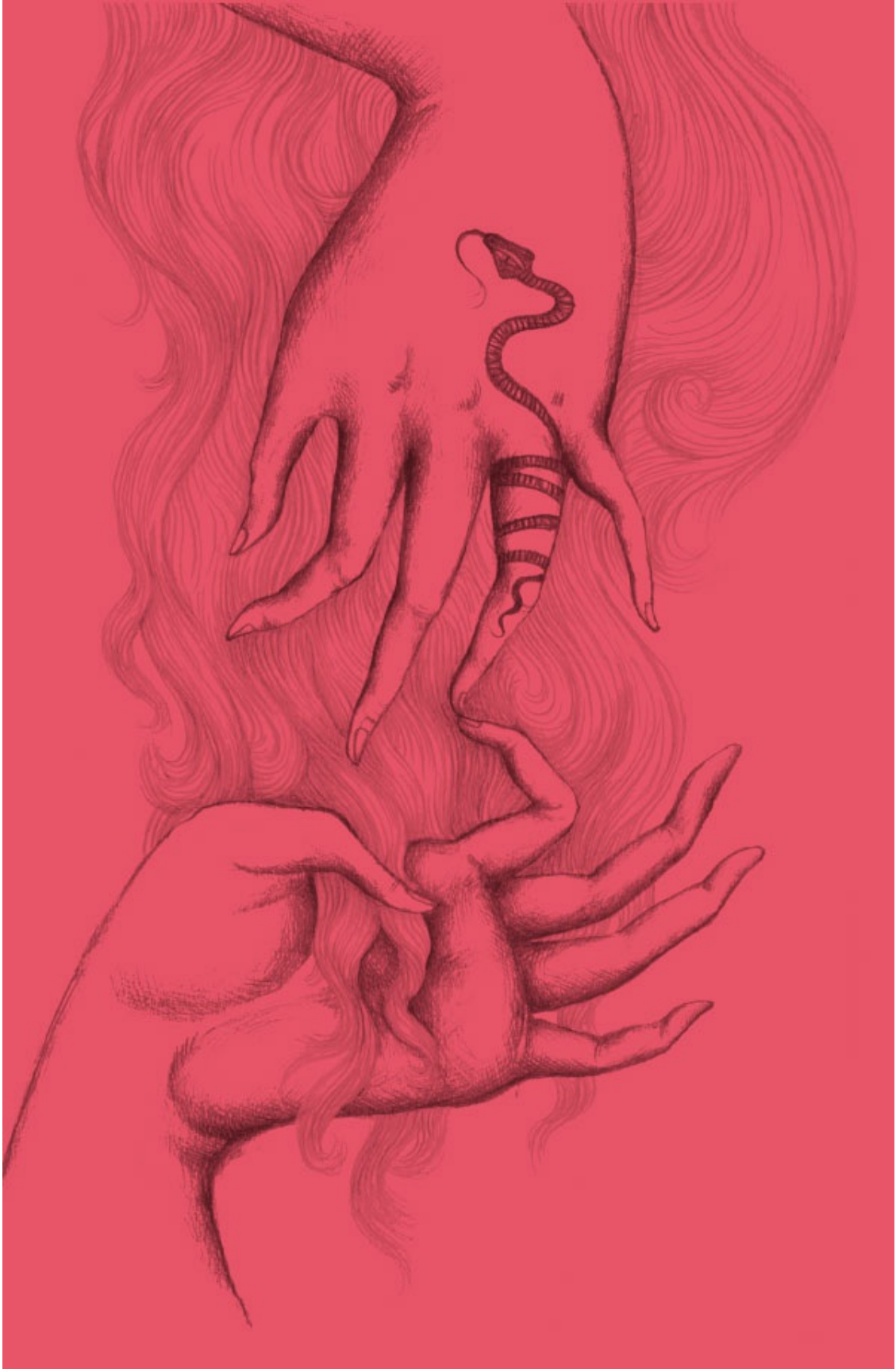
Quería interrogarla. El corazón me latía demasiado deprisa y sentía una mezcla de debilidad y agotamiento, como cuando bebo sin haber comido. No habría sido capaz de aguantar lo que Louise tuviera que decirme, fuera lo que fuese. Me tumbé de espaldas y miré las sombras que proyectaba el fuego. Había una palmera en la habitación, y el tamaño de las hojas reflejadas era enorme, grotesco. Aquel no era un espacio casero y domesticado.

En las horas que siguieron, mientras me despertaba y me volvía a dormir con una leve fiebre provocada por la pasión y la angustia, la pequeña habitación pareció llenarse de fantasmas. Había siluetas en las ventanas, mirando a través de las cortinas de muselina, hablando entre sí en voz baja. Un hombre se calentaba junto al hogar. No había muebles, aparte de la cama, y la cama levitaba. Nos rodeaban manos y rostros que se movían y se entremezclaban, unas veces surgiendo con nitidez, grandes y vaporosos, para luego desaparecer como las burbujas que hacen los niños. Las siluetas cobraban formas que reconocía: Inge, Catherine, Bathsheba, Jacqueline. Y otras de las que Louise no sabía nada. Se acercaban demasiado, me metían los dedos en la boca, en la nariz, me abrían los párpados. Me acusaban de mentiras y traición. Abrí la boca para hablar pero no tenía lengua, solo un agujero calcinado. Creo que entonces grité, porque me encontré en los brazos de Louise y ella se inclinaba sobre mí, me acariciaba la frente, aliviándome. susurrándome: «Nunca dejaré que te vayas».

¿Cómo entraría en mi casa? A la mañana siguiente llamé al zoo y pregunté por Jacqueline. Me dijeron que no había ido a trabajar. Yo aún tenía un poco

de fiebre y llevaba unos pantalones cortos, pero pensé que era mejor intentarlo y poner las cosas en claro lo antes posible. La única salida era atravesar el camino.







Louise me dejó su coche. Cuando llegué a casa las cortinas seguían corridas, pero la cadena no estaba echada. La abrí con precaución. Temía que Jacqueline se arrojara sobre mí con la picadora de carne. La llamé desde la entrada. No hubo respuesta. En el sentido estricto de la palabra, Jacqueline no vivía conmigo. Tenía su propia habitación en una casa compartida. Guardaba algunas cosas en mi casa, y por lo que alcanzaba a ver, ya no estaban. El abrigo no colgaba detrás de la puerta, ni había un sombrero o guantes en el perchero. Fui al dormitorio. Lo encontré destrozado. Cualquier cosa que Jacqueline hubiera hecho la noche anterior, no había tenido tiempo de dormir. La habitación parecía un gallinero. Había plumas por todas partes. Las almohadas estaban rajadas, el edredón destripado y vacío. Había arrancado los cajones tirando el contenido aquí y allá como cualquier buen ladrón. El aturdimiento no me dejaba asimilar aquello: me incliné, cogí una camiseta y la dejé caer otra vez. Tendría que convertirla en un trapo para el polvo, porque había un agujero recortado en el centro. Retrocedí hasta la sala. Estaba en mejores condiciones, no había plumas ni nada roto, solo que todo había desaparecido. La mesa, las sillas, el estéreo, los jarrones y los cuadros, las copas, botellas, espejos y lámparas. Era bienaventuradamente zen. Había dejado un ramo de flores en mitad del suelo. Tal vez no le cabían en el coche. Su coche. Su coche se había quedado encerrado como un cómplice. ¿Cómo se había llevado mis cosas?

Fui a orinar. Pensé que era una idea sensata, siempre que la taza del váter siguiera en su sitio. Seguía, pero sin tapadera. El cuarto de baño parecía haber sido blanco de un fontanero sádico y depravado. Los grifos estaban torcidos hacia un lado, había una llave inglesa colgando de la tubería del agua caliente, donde alguien había hecho lo que había podido para cortarme el agua. Las paredes estaban cubiertas de rotulador grueso. Era la letra de Jacqueline. Había una larga lista de sus cualidades sobre la bañera. Y una



larga lista de mis defectos encima del lavabo. En el techo, como un friso de acid house, estaba el nombre de Jacqueline una y otra vez. Jacqueline chocando con Jacqueline. Una interminable clonación de Jacquelines en tinta negra. Me fui a orinar en la cafetera. A ella no le gustaba el café. Mirando con ojos legañosos la puerta del cuarto de baño vi que estaba embadurnada de MIERDA. La palabra y la materia. Eso explicaba el olor.

El gusano en el capullo. Sí, la mayoría de los capullos tienen gusanos, pero ¿qué pasa con los que se vuelven contra ti? Creí que Jacqueline se alejaría reptando tan silenciosamente como había reptado hacia mí.

Las viejas y sabias manos que abogan por un camino sensato, no demasiada pasión, no demasiado sexo, mucha verdura y a la cama temprano, no reconocen que este sea un final posible. En su mundo prevalecen los buenos modales y el sentido común. No se imaginan que elegir con sensatez es ponerse bajo los pies una bomba de relojería. No se imaginan que eres fruta lo bastante madura para que la cojan, que esperas tu oportunidad para vivir. No piensan en el destrozo que provoca una vida que revienta. No está en su reglamento, aunque ocurra una y otra vez. Sienta la cabeza, pon los pies en el suelo. Es una buena chica, es un buen chico. La causa de los problemas son los clichés.

Me tumbé en el duro suelo de madera de mi nueva sala zen a contemplar una araña que tejía su tela. Ciega naturaleza. *Homo sapiens*. Al contrario que Roberto I de Escocia yo no tenía a mano revelaciones ingeniosas, solo una enorme tristeza. No soy del tipo que puede sustituir amor por conveniencia o pasión por ligues. No quiero zapatillas en casa y zapatos de baile en un pequeño estudio a la vuelta de la esquina. Así se hace, ¿no? Empaqueta tu vida con eficiencia de supermercado, no mezcles el corazón con el hígado.

Yo nunca he sido las zapatillas; nunca me he sentado en casa creyendo desesperadamente en otra reunión en la oficina hasta altas horas; ni me he ido

a la cama a las once, fingiendo dormir, con las orejas enhiestas como un perro guardián esperando oír llegar el coche. No he estirado la mano para mirar el reloj ni he sentido el peso frío de esas horas perdidas haciéndome tictac en el estómago.

He sido muchas veces los zapatos de baile, y cómo han querido jugar esas mujeres. Viernes por la noche, una conferencia de fin de semana. Sí, en mi casa. Fuera traje, piernas separadas, manos que tiran de mí hacia abajo, una pausa para champán y queso inglés. Y mientras hacemos eso alguien está asomado a la ventana mirando los cambios del tiempo. Vigilando el reloj, vigilando el teléfono, dijo que llamaría cuando acabara la última sesión. Y llama. Se aparta de mi cuerpo y marca el número con el receptor apoyado en el pecho. Está húmeda de sexo y sudor. «Hola, cariño, bien, está lloviendo.» Apaga las luces. Estamos fuera del tiempo. Al borde de un agujero negro, y no podemos ir ni hacia delante ni hacia atrás. Los físicos especulan sobre qué pasaría si pudiéramos situarnos en los lados del cráter de un agujero así. Parece que, debido a las peculiaridades del acontecimiento, podríamos mirar pasar la historia sin que nosotros mismos fuésemos historia jamás. Estaríamos atrapados observando eternamente sin nadie a quien contárselo. A lo mejor ahí es donde está Dios, y entonces Dios tiene que entender las condiciones de la infidelidad.

No te muevas. No podemos movernos, langostas prisioneras en el acuario de un restaurante. Estos son los confines de la vida que compartimos, esta habitación, esta cama. Este es el voluptuoso exilio libremente elegido. No nos atrevemos a comer fuera, ¿quién sabe a quién podríamos encontrar? Tenemos que comprar comida de antemano con la astucia de un campesino ruso. Tenemos que almacenarla para el día, congelarla en el frigorífico, cocerla en el horno. Temperaturas de caliente y frío, fuego y hielo, los extremos que rigen nuestra vida.

No tomamos drogas, nos droga el peligro, dónde vernos, dónde hablar, qué pasa cuando nos encontramos en público. Creemos que nadie lo ha notado pero siempre hay caras tras la cortina, ojos en la calle. No hay nada sobre lo que murmurar, así que murmuran sobre ti y sobre mí.

Sube la música. Bailamos en un estrecho abrazo como una pareja de homosexuales de los años cincuenta. Si alguien llama a la puerta no abriremos. Si tengo que abrir diré que ella es mi contable. No oímos nada excepto la música suave como vaselina lubricándonos por el suelo. La he estado esperando toda la semana. Toda la semana ha sido una dictadura de relojes y calendarios. Creí que llamaría el jueves para decir que no podía venir, a veces pasa aunque solo nos vemos un fin de semana de cada cinco y esas horas robadas a la salida de la oficina.

Ella arquea el cuerpo como un gato al desperezarse. Su coño me roza la cara como si fuera el morro de una potra a la puerta del cercado. Huele a mar. Huele a las charcas entre las rocas de mi infancia. Y guarda en ellas una estrella de mar. Me agacho para probar la sal, para acariciar el borde con los dedos. Ella se abre y se cierra como una anémona marina. Y se llena cada día con nuevas mareas de anhelo.

El sol no quiere quedarse detrás de la persiana. La habitación se inunda de una luz que forma olas en la alfombra. La alfombra que parecía tan respetable en la tienda tiene ahora un color rojo harén. Me dijeron que era de color borgoña.

Yace a contraluz, apoyando la espalda en una barra de luz. La luz se descompone en colores bajo sus párpados. Ella quiere que la luz la penetre, que allane las sombrías frialdades de su alma, donde nada le ha dado calor durante más veranos de los que es capaz de contar. Su marido se tumba sobre ella como un alquitranado. Vadea en ella como si entrara en una ciénaga. Ella lo ama y él la ama. Siguen casados, ¿no?

El domingo, cuando ya se ha ido, puedo descorrer las cortinas, darle cuerda al reloj y quitar los platos acumulados junto a la cama. Me hago la cena con los restos y pienso que ella tomará la cena del domingo en casa, escuchando el suave tictac del reloj y el sonido de las manos ocupadas preparándole la bañera. A su marido le dará pena, estará ojerosa, agotada. Pobre nenita, casi no ha dormido. Acuéstala entre sus propias sábanas, eso es. Yo puedo llevar las que hemos ensuciado a la lavandería.

Cosas así han empujado a los corazones heridos hacia las Jacquelines de este mundo, pero las Jacquelines de este mundo empujan a cosas así. ¿No hay otro camino? ¿La felicidad siempre es una componenda?

Solía leer revistas femeninas cuando iba al dentista. Su arcano mundo de consejos sexuales y trampas para hombres me fascina. Las finas y satinadas páginas me dicen que el modo de saber si tu marido tiene un lío es vigilar sus calzoncillos y su colonia. Las revistas insisten en que cuando un hombre tiene una amante quiere taparse la polla más regiamente que antes. Y que quiere cubrir sus huellas con una nueva loción para después del afeitado. No hay duda de que las revistas saben lo que dicen. Ahí tenemos al señor Perfecto, cerrando furtivamente la puerta del baño para probarse su nuevo paquete de seis calzoncillos tipo pantalón corto (talla L). Sus leales slips blancos yacen desechados en el suelo. El espejo del baño está colgado de manera que pueda verse bien la cara, así que para llegar a lo importante tiene que hacer equilibrios en el borde la bañera, sujetándose a la barra de la cortina. Eso está mejor, ahora lo que se ve es un anuncio de revista masculina, fina seda abolsada en torno a un torso firme. Salta al suelo, satisfecho, y se palmea en la cara todo un cubo de Hommage Homme. La señora Perfecta no se dará cuenta, está preparando un curry.

Si la señora Perfecta tiene un lío es más difícil pillarla, dicen las revistas, y

saben de lo que hablan. Ella no se compra ropa nueva; de hecho, lo más probable es que se vista peor para que su marido la crea cuando le dice que va a una clase nocturna de laúd medieval. A no ser que tenga una carrera, para ella será muy difícil arreglárselas con los horarios, excepto por las tardes. ¿Es esa la razón de que tantas mujeres elijan una carrera? ¿Es esa la razón de que Kinsey descubriese que tantas prefieren el sexo por la tarde?

Una vez tuve una novia que solo era capaz de alcanzar el orgasmo entre las dos y las cinco de la tarde. Trabajaba en el Jardín Botánico de Oxford cultivando ficus. Tratar de satisfacerla era bastante arriesgado, ya que en cualquier momento un visitante con su entrada en regla podía necesitar consejo sobre la *Ficus elastica*. Pero la pasión me empujaba e iba a verla en los días más crudos del invierno, con el cuerpo embozado de la cabeza a los pies, dando patadas al suelo para desprenderme de la nieve acumulada en las botas, como un personaje de *Anna Karenina*.

Siempre me ha gustado Vronski, pero no creo en eso de llevar la literatura a la vida. Judith estaba profundamente sumergida en Conrad. Se sentaba entre los ficus leyendo *El corazón de las tinieblas*. Lo más erótico que podía decirle era: «Señor Kurz..., él muerto». Los soviéticos, dicen, sufren muchísimo teniendo que envolverse en capas y capas de pieles cuando salen, solo para tener que quitarse hasta las bragas cuando entran. Ese era mi problema. Judith vivía en un eterno mundo-invernadero lleno de pantalones cortos y camisetas. Yo tenía que llevar ropa de verano o arriesgarme a una carrera a través del frío con la única ayuda de un abrigo tres cuartos. Una tarde tranquila, después de follar sobre astillas de madera debajo de una viña trepadora, montamos una escena, me empujó fuera del invernadero y cerró la puerta. Corrí de una ventana a otra golpeando inútilmente los cristales. Estaba nevando y yo solo llevaba a Mickey Mouse de una pieza.

—Si no me dejas entrar me moriré.

—Pues muérete.

Decidí que era demasiado joven para morir por congelación. Corrí por las calles de vuelta a casa con toda la despreocupación que pude. Un anciano pensionista me dio cincuenta peniques de limosna y no me arrestaron. Deberíamos agradecer los pequeños gestos de misericordia. Llamé por teléfono a Judith para decirle que todo había terminado y que me devolviera mis cosas.

—Las he quemado —dijo.

Tal vez los bienes terrenales no son para mí. Quizá obstaculizan mi desarrollo espiritual, y mi ser superior elige continuamente situaciones que me libren de las cargas materiales. La idea me consuela, es un poco mejor que pensar que soy gilipollas..., el culo de Judith. Lo guardo como un tesoro en la memoria.

En el corazón de mi vanidad infantil, el rostro de Louise, las palabras de Louise, «Nunca dejaré que te vayas». Esto era lo que yo temía, lo que había evitado en tantas relaciones inestables. Tengo adicción a los seis primeros meses. Las llamadas a medianoche, las explosiones de energía, la amada como una pila nueva para todas esas células agotadas. Tras la última flagelación de Bathsheba me dije que no haría nada por el estilo nunca más. Sospechaba que tal vez me gustaba que me flagelasen, pero si así era tenía que aprender, al menos, a ponerme un segundo abrigo. Jacqueline era ese abrigo. Ella amortiguaba mis sentidos. Con ella me olvidaba del sentimiento para revolcarme en contento. ¿Decís que el contento es un sentimiento? ¿Estáis seguros de que no es una ausencia de sentimiento? Yo la comparo a esa insensibilidad tan particular con la que sales del dentista. Ni con dolor ni libre de él, bajo el efecto de una ligera droga. El contento es el lado positivo

de la resignación. Tiene su atractivo, pero no sirve de nada llevar abrigo, botas forradas y guantes si lo que el cuerpo quiere de verdad es estar desnudo.

Nunca había pensado en mis anteriores novias hasta que empecé a vivir con Jacqueline. Nunca había tenido tiempo. Con Jacqueline me embarqué en una parodia del coronel aficionado a la caza, el tipo vestido de tweed con los trofeos alineados y una docena de historias sobre cada uno de ellos. Me sorprendí deseando una copita de jerez y un poquitín de coqueteo mental con Inge, Catherine, Bathsheba, Judith, Estelle... Estelle, no he pensado en Estelle desde hace años. Tenía un negocio de chatarrería. ¡No, no, no! No quiero remontarme en el tiempo como una intriga de ciencia ficción. ¿Qué me importa que Estelle tuviera un Rolls-Royce abollado con un asiento trasero neumático? Todavía recuerdo el olor del cuero.

El rostro de Louise. Bajo su intensa mirada arde el pasado. La amada como ácido nítrico. ¿Acaso espero que Louise sea mi salvador? Un todopoderoso que borra hazañas y entuertos dejando la tabla blanca y rasa. En Japón hacen un bonito sustituto de la virginidad con la clara de un huevo. Durante veinticuatro horas por lo menos se puede tener un himen nuevo. En Europa siempre hemos preferido medio limón. No solo actúa como un toscos pesado, sino que hace difícilísimo para el hombre más persistente echar anclas en la que parece ser la más dócil de las mujeres. Lo hermético pasa por nuevo; el hombre cree que las profundidades de su joven esposa están satisfactoriamente selladas. Puede prometerse una zambullida pulgada a pulgada.

Hacer trampas es fácil. La infidelidad no es algo de lo que ir presumiendo. Tomar prestado de la confianza que alguien ha puesto en ti no cuesta nada al principio. Te sales con la tuya, y luego coges un poco más y un poco más

hasta que ya no queda nada que sacar. Curiosamente, deberías tener las manos llenas de todo lo que has cogido, pero cuando las abres no hay nada.

Cuando digo «Voy a serte fiel», dibujo un lugar tranquilo fuera del alcance de otros deseos. Nadie puede legislar el amor; no se le pueden dar órdenes, ni engatusarlo para que se ponga a tu servicio. El amor pertenece a sí mismo, sordo a las súplicas, inmutable ante la violencia. El amor no es una cosa que se pueda negociar. El amor es lo único más fuerte que el deseo, y la única razón justa para resistir la tentación. Hay gente que dice que es posible cerrar la puerta a la tentación. Y los hay que piensan que los deseos extraviados pueden expulsarse del corazón igual que echaron a los mercaderes del templo. Quizá sea posible controlando los puntos débiles día y noche, no mires, no huelas, no sueñes. El transporte blindado más fiable, sancionado por la Iglesia y aprobado por el Estado, es el matrimonio. Jura que no te despegarás de él o de ella y, de manera mágica, eso es lo que pasará. El adulterio tiene tanto que ver con la desilusión como con el sexo. El hechizo no funcionó. Pagaste todo aquel dinero, te comiste el pastel y no funcionó. No es culpa tuya, ¿verdad?

El matrimonio es el arma más endeble contra el deseo. Es igual que enfrentarse a una pitón con un fusil de juguete. Un amigo mío, banquero y muy rico, que había viajado por todo el mundo, me dijo que se iba a casar. Me sorprendió, porque sabía que durante años había estado obsesionado con una bailarina que por justos y disparatados motivos particulares no quería comprometerse. Al final él había perdido la paciencia y había elegido a una chica agradable y sólida que tenía una escuela de equitación. Lo vi en su casa el fin de semana antes de la boda. Me dijo lo serio que era respecto al matrimonio, me dijo que había leído el ritual eclesiástico y lo había encontrado muy hermoso. En sus confines presentía la felicidad. Justo en ese momento sonó el timbre de la puerta y firmó la factura de una camioneta



cargada de lirios blancos. Estaba colocándolos con entusiasmo por la casa y hablándome de sus teorías sobre el amor, cuando sonó otra vez el timbre de la puerta y pagó la factura de una caja de Veuve Clicquot y una enorme lata de caviar. Había puesto la mesa y me di cuenta de lo mucho que miraba el reloj.

—Cuando estemos casados —dijo—, no puedo imaginarme deseando a otra mujer.

El timbre sonó por tercera vez. Era la bailarina. Había ido a pasar el fin de semana.

—Todavía no estoy casado —dijo él.

Cuando digo «Voy a serte fiel», debo decirlo en serio y a pesar de las formalidades, en lugar de las formalidades. Si cometo adulterio en mi corazón te pierdo un poco. La luminosa visión de tu rostro se desdibuja. Puede que una o dos veces no me dé cuenta, que sienta el orgullo de haber disfrutado de esas excursiones carnales del modo más cerebral. Sin embargo, habré embotado el afilado pedernal que hace saltar chispas entre nosotros, nuestro mutuo deseo sobre todo lo demás.

*King Kong.* El gigantesco gorila está en lo alto del edificio del Empire State sosteniendo a Fay Wray en la palma de la mano. Han enviado una bandada de aviones para herir al monstruo, pero él las barre en el aire como si fueran moscas. Un biplano de dos asientos con la palabra CASADOS en el costado apenas puede hacerle un arañazo a la bestia presa del deseo. Seguirás sin poder pegar ojo en la cama por la noche, dándole vueltas y vueltas al anillo de boda.

Quiero hacer algo diferente con Louise. Quiero las vacaciones y el regreso a casa al mismo tiempo. Para mí ella es el filo y la excitación, pero tengo que seguir creyéndolo dentro de seis meses. Mi reloj circadiano, que me duerme por la noche y me despierta por la mañana en turnos regulares de veinticuatro

horas, tiene un arco mayor que parece fijado en veinticuatro semanas. Puedo ignorarlo, lo he conseguido otras veces, pero no puedo pararlo. Con Bathsheba, mi amor más largo, tres años, engañé al leal tictac. Ella estaba tan poco allí que aunque ocupaba un amplio período de tiempo, casi no llenaba mis días. Puede que ese fuera su secreto. Si hubiera dormido conmigo y comido conmigo y se hubiera lavado, frotado y bañado conmigo, quizá a los seis meses me habría largado. O al menos habría deseado largarme. Creo que ella lo sabía.

¿Y qué afecta al reloj circadiano? ¿Qué hace que se pare, que se atrase o que adelante? Estas preguntas pertenecen a una oscura rama de la ciencia llamada cronobiología. El interés por el reloj crece porque, como vivimos de un modo cada vez más artificial, nos gustaría timar a la naturaleza para que alterase sus patrones por nosotros. Los trabajadores nocturnos y los que vuelan a menudo son víctimas absolutas de sus tercos relojes circadianos. Detrás de la imagen están las hormonas, los factores sociales y el entorno. Y de todo este tumulto, poco a poco, emerge la luz. La cantidad de luz a la que estamos expuestos afecta crucialmente a nuestro reloj. Luz. El sol como una sierra giratoria a través del cuerpo. ¿Debo rendirme como un reloj de sol bajo la mirada directa de Louise? Es un riesgo; los seres humanos se vuelven locos sin un poco de sombra, pero ¿cómo romper el hábito de toda una vida al sol?

Louise me cogió la cara entre las manos. Sentí sus largos dedos tamborileándome en las sienes, sus pulgares bajo la mandíbula. Me atrajo hacia sí, me besó con dulzura metiéndome la lengua bajo el labio inferior. La rodeé con los brazos, preguntándome si mi papel era de amante o de niño. Quería que me escondiera bajo sus faldas frente a cualquier amenaza. Seguía habiendo agudos puntos de deseo, pero también un soñoliento y seguro descanso, como cuando estaba en una barca que tuve en la infancia. Me

columpió contra ella, tranquila como el mar, el mar bajo un cielo limpio, una barca con el fondo de cristal y nada que temer.

—Se está levantando viento —dijo.

Louise, déjame navegar en ti sobre estas briosas olas. Tengo la esperanza de un santo en una barquilla. ¿Qué los hizo echarse al mar en épocas anteriores al año 1000 con simples listones y pedazos de cuero entre ellos y las aguas? ¿Qué los hacía estar seguros de la existencia de otro lugar aún no visto ni cartografiado? Los veo ahora, comiendo pan negro y miel de panal, protegiéndose de la lluvia bajo una piel de animal. Con el cuerpo maltratado por el clima, pero con el alma transparente. El mar es un medio, no un fin. Confían a pesar de los signos.

Los primeros peregrinos compartían una catedral por corazón. Eran el templo que las manos no hicieron. La Eklasia de Dios. La canción que los empujaba sobre las olas era el himno que resonaba en las vigas. Sus gargantas se desnudaban para Dios. Miradlos, con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta, con las gaviotas que bajan sobre la proa por única compañía. Sus voces forman una cortina de alabanzas entre el mar demasiado salado y el inhóspito cielo.

Los guiaba el amor. Un amor que los llevaba de regreso a casa. El amor les encallecía las manos en los remos y les calentaba los tendones bajo la lluvia. Los viajes que llevaban a cabo estaban más allá del sentido común; ¿quién deja el hogar por el mar abierto? Sobre todo sin brújula, sobre todo en invierno, sobre todo sin compañía. Lo que arriesgas revela cuánto vales. En presencia del amor, el hogar y la búsqueda son uno.

Louise, por ti despediría de buena gana al pasado, me iría y no miraría atrás. He sido imprudente otras veces, no he tenido en cuenta el coste, no he sido consciente del coste. Ahora he hecho las sumas con antelación. Sé lo que

significará redimirme de lo acumulado durante toda una vida. Lo sé y no me importa. Me has puesto delante un espacio libre de asociaciones. Puede ser un vacío o una liberación. Lo cierto es que quiero correr el riesgo. Quiero correr el riesgo porque la vida que he almacenado se está enmohecendo.

Ella me besó y su beso encerraba la complejidad de la pasión. Amante y niño, virginidad y libertinaje. ¿Me habían besado antes alguna vez? Tenía la timidez de un potro sin domar. Y la jactancia de Mercurio. Aquella era la mujer con la que había hecho el amor el día anterior, tenía su sabor fresco en la boca, pero ¿se quedaría? Me estremecí como una colegiala.

—Estás temblando —dijo.

—Será que tengo frío.

—Deja que te dé calor.

Nos tumbamos en el suelo de mi casa, dándole la espalda al día. Yo no necesitaba más luz que la que había en su roce, en los dedos que me acariciaban la piel, despertando las terminaciones nerviosas. Con los ojos cerrados inicié un viaje por su columna, un camino empedrado que me llevó a una grieta, a un húmedo valle y a una profunda sima donde podía ahogarme. ¿Qué otros lugares hay en el mundo además de los que se descubren en el cuerpo de un amante? Nos quedamos en calma tras hacer el amor. Contemplamos cómo declinaba el sol de la tarde a través del jardín, cómo las largas sombras vespertinas formaban dibujos en el muro blanco. Apretaba la mano de Louise, consciente de ella, pero presintiendo que quizá comenzaba una mayor intimidad, el reconocimiento de otra persona que es más profundo que la conciencia, alojado en el cuerpo más que en la mente. No entendía ese presentimiento, me preguntaba si podía ser falso, yo nunca lo había conocido aunque lo había visto en una pareja que llevaba mucho tiempo junta. El tiempo no había disminuido su amor. Cada cual parecía haberse convertido en el otro sin perder su propia individualidad. Solo lo

había visto una vez y lo envidiaba. Lo raro de Louise, de estar con Louise, era el *déjà vu*. No podía conocerla bien y sin embargo la conocía bien. No por hechos y números, sentía una incansable curiosidad por su vida, sino por una confianza especial. Esa tarde me pareció que siempre había estado allí con Louise, que nos conocíamos íntimamente.

—He hablado con Elgin —dijo—. Le he dicho qué eres para mí. Le he contado que me había ido a la cama contigo.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha preguntado qué cama.

—¿Cómo?

—Cuando vivíamos de mi dinero en una casa diminuta, él construyó nuestra cama conyugal, como supongo que él la llamaría. Él hacía prácticas, yo daba clases y él construía la cama por las noches... Es muy incómoda. Le dije que usamos mi cama. La cama auxiliar. Se quedó más tranquilo.

Lo de Elgin con la cama me parecía comprensible. Bathsheba siempre había insistido en que usáramos el lecho conyugal. Yo tenía que dormir en el lado de su marido. Lo que no me gustaba era la violación de la inocencia, una cama debería ser un lugar seguro. Y no es seguro si no puedes volver la espalda sin que alguien lo vuelva a ocupar. Ahora alardeo de mis escrúpulos, pero entonces no me detuvieron. Y me desprecio por ello.

—Le he dicho a Elgin que necesitaba libertad para verte, para ir y venir contigo. Le he dicho que no iba a mentirle y que no quería que él me mintiese... Me preguntó si iba a dejarle y le dije que, sinceramente, no lo sabía. —Volvió hacia mí una cara seria y alterada—. Y, sinceramente, no lo sé. ¿Quieres que lo deje?

Tragué saliva y me esforcé en contestar. La respuesta que tenía en la

garganta y que venía directamente del corazón era «Sí. Haz las maletas ahora mismo». No podía decir eso, contesté con la cabeza.

—¿Esperamos a ver qué tal nos va?

La cara de Louise la traicionó solo durante un segundo, pero supe que ella también quería oírme decir que sí. Traté de ayudarnos.

—Podríamos decidirlo en tres meses. Sería más justo, ¿no? Con Elgin, contigo.

—¿Y tú?

Me encogí de hombros.

—He terminado con Jacqueline. Si me quieres, estoy aquí para ti.

—Quiero ofrecerte algo más que infidelidad —dijo ella.

Miré su adorable cara y pensé: imposible estar preparado para esto. Todavía tengo barro de otro tiempo en las botas.

—Ayer te enfadaste conmigo, me acusaste de ir a la caza de trofeos y me dijiste que no te declarase mi amor hasta que me lo hubiera declarado a mí. Tenías razón. Dame tiempo para hacer lo que tengo que hacer. No me lo pongas fácil. Quiero la certeza. Quiero tu certeza —dije.

Asintió.

—Cuando te vi hace dos años pensé que eras la criatura más hermosa, macho o hembra, que había visto en mi vida.

¿Dos años? ¿De qué estaba hablando?

—Te vi en el parque andando sin compañía, hablando para tus adentros. Te seguí cerca de una hora y luego volví a casa. Nunca pensé que volvería a verte. Eras un juego mental.

—¿Sigues mucho a la gente por el parque?

Se echó a reír.

—Nunca lo había hecho, y desde entonces solo lo he repetido una vez. La segunda vez que te vi. Estabas en la Biblioteca Británica.

—¿Traduciendo?

—Sí. Anoté el número de tu asiento y le pregunté al conserje si sabía tu nombre. Cuando lo tuve busqué tu dirección, y por eso encontraste a aquella criatura empapada y llena de angustia en la calle, delante de tu puerta, hace seis meses.

—Me dijiste que te habían robado el bolso.

—Sí.

—Me preguntaste si podías entrar a secarte y llamar a tu marido.

—Sí.

—¿Y nada era verdad?

—Tenía que hablar contigo. Fue lo único que se me ocurrió. No muy brillante. Y entonces vi a Jacqueline y pensé que tenía que dominarme; pensé en Elgin e intenté dominarme. Me convencí a mí misma de que podíamos iniciar una amistad, de que ser tu amiga me bastaría. Y fue el comienzo de una buena amistad, ¿no?

Le di vueltas al día en que encontré a Louise bajo la lluvia. Parecía Puck surgido de la niebla. En su pelo resplandecían brillantes gotas de lluvia, la lluvia le corría por los pechos, que se dibujaban claramente bajo el mojado vestido de muselina.

—Fue Emma, lady Hamilton, la que me dio la idea —dijo Louise, robándome las palabras—. Solía mojarse el vestido antes de salir. Era muy provocativo, y con Nelson funcionó.

Oh, Nelson otra vez no.

Sí, aquel día. La vi desde la ventana del dormitorio y salí corriendo. Era un acto de amabilidad por mi parte, pero francamente delicioso. Fui yo quien llamó por teléfono al día siguiente. Y ella, con mucha amabilidad, me invitó a comer. Podía seguir el hilo de todo aquello, pero no hasta el origen de sus motivos. No me falta seguridad, pero no me sirve el de mi belleza, esa es una

característica que posee muy poca gente, gente como la propia Louise. Se lo dije.

—Tú no puedes ver lo que yo veo. —Me acarició la cara—. Eres un estanque de aguas claras donde juega la luz.

Entonces se oyeron unos golpes en la puerta. Nos sobresaltamos.

—Debe de ser Jacqueline —dijo Louise—. Creí que volvería por la noche.

—No es un vampiro.

Los golpes cesaron y alguien metió una llave en la cerradura con mucho cuidado. ¿Había querido asegurarse de que no había nadie en casa? La oí entrar y dirigirse al dormitorio. Luego abrió la puerta de la sala. Vio a Louise y se echó a llorar.

—Jacqueline, ¿por qué has robado mis cosas?

—Te odio.

Traté de convencerla de que se sentase y bebiera algo, pero en cuanto cogió el vaso se lo tiró a Louise. No le dio; fue a estrellarse en la pared. Entonces cruzó la habitación de un salto, cogió uno de los pedazos de cristal más grandes y afilados y se abalanzó sobre la cara de Louise. La cogí por la muñeca y se la retorcí. Ella gritó y dejó caer el cristal.

—Fuera —dije, sin soltarla—. Dame las llaves y fuera de aquí.

Como si nunca me hubiera importado lo más mínimo. Quería borrarla del mapa. Quería hacer desaparecer su estúpida y colérica cara. No se lo merecía, en un recodo de mi mente sabía que era mi debilidad, no la suya, lo que nos había arrastrado hasta ese día vergonzoso. Tenía que haber intentado suavizar las cosas, desviar el ataque, y en cambio le di una bofetada y le arranqué las llaves del bolsillo.

—Eso por el baño —le dije, mientras ella se tocaba la boca ensangrentada. Se tambaleó hacia la puerta y me escupió en la cara. La cogí del cuello y así



la llevé, codo con codo, hasta su coche. Se fue derrapando, sin encender los faros.

Con las manos colgando a los costados, miré cómo se alejaba. Gruñí y me senté en el murete que había junto a la casa. El aire era fresco y calmaba. ¿Por qué le había pegado? Siempre me había enorgullecido de ser la pareja ideal, inteligente y sensible, que valoraba los buenos modales y los ponía en práctica. Y ahora, en una bronca, descubría que era una vulgar bestia. Ella me había irritado y yo había respondido a golpes. ¿Cuántas veces aparece eso en un juicio? ¿Cuántas veces había fruncido los labios ante la violencia ajena?

Apoyé la cabeza en las manos y me eché a llorar. Aquella violencia era culpa mía. Otra relación fracasada, otro ser humano herido. ¿Cuándo cesaría? Me arañé los nudillos contra la aspereza del ladrillo. Siempre hay una excusa, una buena razón para hacer lo que hacemos. Y yo no podía pensar en una buena razón.

«De acuerdo —me dije—. Esta es tu última oportunidad. Si vales algo, demuéstalo ahora. Intenta merecer a Louise.»

Entré en la casa. Louise estaba sentada. Muy quieta, mirando el pedazo de vidrio que tenía en las manos como si fuera una bola de cristal.

—Perdóname —dije.

—No me has pegado. —Se volvió hacia mí, y sus labios llenos formaban una línea recta—. Si se te ocurre pegarme alguna vez, me iré.

Se me encogió el estómago. Quería defenderme, pero no podía decir nada. No confiaba en mi voz.

Louise se levantó y fue al baño. No la avisé. La oí abrir la puerta e inspirar brusca y súbitamente. Volvió y me tendió la mano. Pasamos el resto de la noche limpiando.

Lo interesante de un nudo es su complejidad formal. Incluso el nudo

garantizado más sencillo, el trébol, con sus tres lóbulos vagamente simétricos, tiene belleza matemática y artística. Para los creyentes, el nudo del rey Salomón encarna la esencia de todo conocimiento. Para los que hacen alfombras y tejen en todo el mundo, el desafío de los nudos reside en las normas de sus sorpresas. Los nudos pueden cambiar, pero tienen que portarse bien. Un nudo informal es un nudo desastroso.

A Louise y a mí nos unía un solo nudo de amor. En la cuerda que nos rodeaba el cuerpo no había giros bruscos ni vueltas siniestras. No teníamos las muñecas atadas ni un nudo corredizo al cuello. Uno de los deportes favoritos de la Italia de los siglos XIV y XV era atar a dos contendientes con una cuerda resistente y dejar que se golpearan mutuamente hasta morir. El final solía ser la muerte, porque el perdedor no podía retirarse y era raro que el ganador le perdonara la vida. El ganador se quedaba con la cuerda y le hacía un nudo. Solo tenía que balancearla por las calles para que los que pasaban, aterrorizados, le arrojasen monedas.

No quiero ser tu deporte, ni que tú seas el mío. No quiero golpearte por el placer de hacerlo, enredar las nítidas cuerdas que nos atan, obligarte a caer de rodillas, tirar de ti para ponerte de nuevo en pie. La cara pública de una vida sumida en el caos. Quiero que la argolla que rodea nuestros corazones sea guía, no terror. No quiero tirar de ti con más fuerza de la que puedas soportar. Ni quiero que las cuerdas se aflojen, que vayan golpeando contra los costados, que sobre bastante cuerda para ahorcarnos.

Estaba en la biblioteca escribiéndole esto a Louise, mirando un facsímil de un manuscrito iluminado que empezaba por una enorme letra L. Una L en un entramado de formas de pájaros y ángeles que se deslizaban entre las líneas de la pluma. La letra era un laberinto. En el exterior, en la parte superior de la L, había un peregrino con hábito y sombrero. En el centro de la letra, que formaba un rectángulo de su mismo tamaño, estaba el Cordero de Dios.

¿Cómo cruzaría aquel peregrino el laberinto, un laberinto tan simple para los pájaros y los ángeles? Intenté hallar el camino durante un buen rato, pero siempre me encontraba en callejones sin salida, rodeada de serpientes sonrientes. Me rendí y cerré el libro, olvidando que la primera palabra era «Love», «Amor».

En las semanas que siguieron, estuve con Louise todo el tiempo que pude. Ella era prudente con Elgin, y yo con los dos. La prudencia nos estaba cansando.

Una noche, después de una lasaña de marisco y una botella de champán, hicimos el amor tan vigorosamente que la cama auxiliar corrió por la habitación empujada por la turbina de nuestra lujuria. Empezamos junto a la ventana y acabamos al lado de la puerta. Todo el mundo sabe que los moluscos son afrodisíacos, Casanova comía mejillones crudos antes de complacer a una dama, aunque lo cierto es que también creía en los poderes estimulantes del chocolate caliente.

La articulación de los dedos, el lenguaje de los sordomudos firmando sobre el cuerpo el anhelo del cuerpo. ¿Quién te enseñó a escribir con sangre en mi espalda? ¿Quién te enseñó a usar las manos como hierros de marcar? Me has grabado tu nombre en los hombros, me has distinguido con tu marca. Las yemas de tus dedos se han convertido en bloques de imprenta, estás componiendo un mensaje sobre mi piel que le da sentido a mi cuerpo. Tu código morse interfiere en los latidos de mi corazón. Yo tenía un corazón fuerte antes de conocerte, podía contar con él, había experimentado el servicio activo y se había fortalecido. Ahora alteras su compás con tu propio ritmo, tocas sobre mí, me tensas como a un tambor.

Escrito en el cuerpo hay un código secreto, solo visible bajo ciertas luces; los posos de toda una vida se acumulan en él. En algunos sitios, el

palimpsesto está tan trabajado que, al tacto, las letras parecen braille. Me gusta guardar mi cuerpo enrollado, lejos de las miradas curiosas. Sin llegar nunca a desplegarme demasiado, a contar toda la historia. No sabía que las manos de Louise podían leer. Ella me ha traducido, convirtiéndome en su propio libro.

Intentamos no hacer ruido, por respeto a Elgin. Había dicho que estaría fuera, pero Louise creía que estaba en casa. En el silencio y la oscuridad nos amamos, y mientras seguía la línea de sus huesos con la palma de la mano me pregunté lo que el tiempo le haría a una piel que era tan nueva para mí. ¿Sentiría alguna vez algo menos por ese cuerpo? ¿Por qué pasa el ardor? El tiempo que te marchitará hará lo mismo conmigo. Caeremos como frutas maduras, rodando juntas sobre la hierba. Querida amiga, déjame yacer a tu lado mirando las nubes hasta que la tierra nos cubra y ya no estemos.

Elgin apareció a desayunar a la mañana siguiente. Aquello nos sobresaltó. Estaba tan blanco como su camisa. Louise se deslizó en la silla, al final de la larga mesa. Yo me senté en un sitio neutral, más o menos a medio camino. Unté de mantequilla una tostada y la mordí. El ruido hizo vibrar la mesa. Elgin hizo una mueca de disgusto.

—¿Tienes que hacer tanto ruido?

—Lo siento, Elgin —dije, llenando el mantel de migas. Louise me pasó la tetera y sonrió.

—¿Por qué estás tan contenta? —dijo Elgin—. Tú tampoco has dormido.

Me dijiste que estarías fuera hasta hoy —dijo Louise con suavidad.

—Volví. Es mi casa. Yo la pagué.

—Es nuestra casa y te dije que anoche estaríamos aquí.

—Me hubiera dado igual dormir en un burdel.

—Creí que eso es lo que harías —dijo Louise.

Elgin se levantó y arrojó la servilleta sobre la mesa.

—Estoy agotado, pero voy a trabajar. Hay vidas que dependen de mi trabajo, y por tu culpa hoy no estaré en buenas condiciones. Puedes considerarte una asesina.

—Puedo, pero no lo haré —dijo Louise.

Oímos a Elgin sacar ruidosamente de la casa su bicicleta de montaña. Por la ventana del piso de abajo lo vi abrochándose el casco de color rosa. Le gustaba ir en bicicleta, creía que era bueno para el corazón.

Louise estaba perdida en sus pensamientos. Me bebí dos tazas de té, fregué los platos sucios y había empezado a considerar la idea de irme a casa cuando me rodeó con los brazos desde atrás y apoyó la barbilla en mi hombro.

—Esto no funciona —dijo.

Me pidió que esperase tres días y prometió enviarme un mensaje cuando pasara ese tiempo. Asentí con la mudez de un perro y volví a mi rincón. Sentía un desesperado amor por Louise, y mucho miedo. Pasé los tres días tratando, una vez más, de racionalizarlo todo, de construir un puerto en aquel mar furioso donde poder balancearme y admirar la vista. Pero no había vistas, solo la cara de Louise. La veía intensa y más allá del sentido común. Nunca sabía lo que ella haría a continuación. Seguía cargando en ella todo mi terror. Seguía queriendo que ella fuese el guía de nuestra expedición. ¿Por qué me costaba aceptar que ella estaba tan hundida como yo? Tan hundida en mí como yo en ella. El destino es un concepto preocupante. No quiero esta fatalidad, quiero elegir. Pero tal vez Louise tenía que ser elegida. Si la elección es tan tosca como Louise o no Louise, entonces no hay elección.

El primer día me senté en la biblioteca e intenté traducir, pero no dejaba de apuntar en el cuaderno la línea de mi verdadera investigación. El miedo me daba náuseas. El denso miedo de no volver a verla. No rompería mi palabra. No cogería el teléfono. Miré la hilera de industriosas cabezas. Moreno, rubio, gris, calvo, peluquín. Bastante lejos de mí había una brillante llamarada roja.

Sabía que no era Louise, pero no podía apartar los ojos del color. Me calmaba como cualquier oso calmaría a un niño lejos de su casa. No era mío, pero era como el mío. Si entrecerraba los ojos, el rojo llenaba toda la sala. Iluminaba la bóveda. Me sentí como una semilla dentro de una granada. Hay quien dice que la granada fue la verdadera manzana de Eva, fruto del vientre, comerla hasta la perdición para saborearte.

—La amo, ¿qué le voy a hacer?

El caballero con chaleco de punto que tenía enfrente alzó la vista y frunció el ceño. Yo había infringido la norma y hablado en voz alta. Peor, había hablado para mí. Recogí mis libros y me precipité fuera de la sala, pasé ante la mirada cargada de sospechas de los celadores y salí al exterior, para bajar los escalones entre las enormes columnas del Museo Británico. Me dirigí a casa, tratando de convencerme de que nunca volvería a tener noticias de Louise. Se iría a Suiza con Elgin y tendría un hijo. Hacía un año que Louise había dejado su trabajo a instancias de Elgin para que pudieran formar una familia. Había tenido un aborto espontáneo y no quería tener otro. Me dijo que estaba segura de no querer un hijo. ¿La creía? Y me dio la única razón creíble. Dijo: «Podría parecerse a Elgin».

Razón. Dentro de una pesadilla de Piranesi, y sin salida. Los caminos lógicos, los escalones apropiados no llevaban a ninguna parte. La mente me condujo por tortuosas escaleras que daban a puertas que se abrían a nada. Sabía que, en parte, mi problema era un asunto de viejas heridas de guerra dando la lata. Que me pongan en una situación que huelga, de lejos, como la de Bathsheba, y me lanzo al ataque. Bathsheba siempre estaba pidiendo tiempo para tomar decisiones definitivas y volvía con una lista de apaños. Yo sabía que Louise no propondría apaños. Desaparecería.

Diez años de matrimonio es mucho matrimonio. No soy de fiar a la hora de describir a Elgin con exactitud. Más aún, nunca he conocido al otro Elgin, ese

con quien ella se casó. Alguien a quien Louise había querido tenía que valer algo, y si era así tenía que aceptar que tal vez yo no valiera nada. Por lo menos nunca la había presionado para que se marchase. La decisión sería suya.

Una vez tuve un novio llamado Frank el Loco. Lo habían criado unos enanos, aunque él medía más de uno ochenta. Adoraba a sus padres adoptivos y solía llevarlos sentados uno en cada hombro. Lo conocí haciendo eso mismo en una exposición de Toulouse-Lautrec en París. Fuimos a un bar y luego a otro y nos emborrachamos muchísimo, y cuando estábamos en la vieja cama de una pensión barata me habló de su pasión por las miniaturas.

—Si fueras de menor tamaño, alcanzarías la perfección —dijo.

Le pregunté si llevaba a sus padres a todas partes con él y me dijo que sí. No necesitaban mucho sitio y lo ayudaban a hacer amigos. Me comentó que era muy tímido.

Frank tenía cuerpo de toro, una imagen intensificada por los grandes aros de oro que le atravesaban los pezones. Por desgracia, había unido los aros con una cadena de pesados eslabones de oro. Quería conseguir un efecto supermacho, pero la verdad es que parecía más bien el asa de un bolso de Chanel.

No quería establecerse. Su ambición era encontrar un agujero en cada puerto. Y no tenía manías sobre la localización exacta del agujero. Frank creía que el amor se había inventado para engañar a la gente. Su teoría era sexo y amistad. «¿No se porta mejor la gente con sus amigos que con sus amantes?» Me advirtió de que nunca me enamorase, aunque sus palabras llegaron demasiado tarde, porque ya había perdido la cabeza por él. Era el perfecto vagabundo, con el saco del botín en una mano y diciendo adiós con la otra. Nunca se quedaba mucho tiempo en ningún sitio, solo iba a estar dos

meses en París. Le supliqué que volviera a Londres conmigo, pero se echó a reír y dijo que Inglaterra era para las parejas casadas.

—Tengo que ser libre —dijo.

—Pero llevas a tus padres a todas partes.

Frank se fue a Italia y yo regresé a Inglaterra. Me morí de pena durante dos días enteros y luego pensé: un hombre y sus enanos. ¿Era eso lo que yo quería? ¿Un hombre al que le cascabelea una joyería en el pecho cuando anda?.

Fue hace años, pero todavía me sonrojo. El sexo puede parecer amor, o quizá es un sentimiento de culpa lo que me hace confundirlos. He pasado por tantas cosas que debería saber qué estoy haciendo con Louise. Ya tendría que ser una persona adulta. ¿Por qué me siento como una virgen de convento?

El segundo día de horrible prueba me llevé unas esposas a la biblioteca y me encadené al asiento. Le di la llave al caballero del chaleco de punto y le pedí que me soltara a las cinco. Le dije que si no terminaba la traducción a tiempo no le darían asilo en Gran Bretaña a un escritor soviético. Cogió la llave y no dijo nada, pero al cabo de una hora desapareció.

Seguí trabajando, y el silencio concentrado de la biblioteca me aliviaba un poco de los pensamientos sobre Louise. ¿Por qué la mente es incapaz de decidir su propio tema? ¿Por qué cuando intentamos pensar con desesperación en una cosa, pensamos invariablemente en otra? El imperioso arco de Louise me distraía de cualquier otra construcción. Me gustan los juegos mentales, trabajar me resulta fácil y lo hago deprisa. Antes, fuera cual fuese mi situación, encontraba paz en el trabajo. Ahora me había abandonado esa facilidad. Me había convertido en un gamberro callejero que había que atar.

Cada vez que la palabra Louise me venía a la cabeza, la sustituía por un



muro de ladrillos. Pocas horas después, mi mente no era más que muros de ladrillos. Peor aún, se me estaba hinchando la mano izquierda, creo que la atadura a la pata de la silla no dejaba que la sangre circulara. El caballero no volvía. Le hice señas a un celador y le conté en susurros mi problema. Se fue y volvió con otro celador, y entre los dos levantaron la silla y me llevaron como si fueran porteadores a través de la sala de lectura de la Biblioteca Británica. Es un tributo al temperamento erudito que nadie alzase la vista.

En el despacho del supervisor traté de explicarme.

—¿Es usted comunista? —preguntó.

—No, soy de voto indeciso.

Ordenó que cortaran las esposas y me acusó de daños premeditados a la silla de la sala de lectura. Intenté que lo corrigiera por «daños accidentales», pero no quiso. Luego archivó el informe con gran solemnidad y me dijo que devolviera el carnet.

—No puedo devolverlo. Es mi único sustento.

—Tendría que haberlo pensado antes de esposarse a una propiedad de la biblioteca.

Le di el carnet y él me dio un formulario de apelación. ¿Podía caer más bajo?

La respuesta es sí. Me pasé toda la noche merodeando en torno a la casa de Louise como un detective privado. Vi cómo las luces se apagaban en algunas ventanas y se encendían en otras. ¿Estaban juntos en la cama? ¿Y eso qué tenía que ver conmigo? Mantuve un diálogo esquizofrénico con mi otro yo durante las horas de oscuridad y las del amanecer, que en inglés se llaman «pequeñas horas» porque el corazón se encoge hasta el tamaño de un guisante y no queda en él la menor esperanza.

Por la mañana volví a casa temblando y sintiéndome fatal. Me alegré de los temblores, porque pensé que quizá presagiaban fiebre. Si deliraba durante esos días, quizá el hecho de que ella me dejase doliera menos. Con un poco de suerte, incluso puede que me muriera. «Los hombres han muerto de vez en cuando y los gusanos los han devorado, pero no por amor.» Shakespeare se equivocaba, yo era la prueba viviente.

«Tendrías que ser la prueba muerta —me dije—. Si eres la prueba viviente es que él tenía razón.»

Me senté a hacer testamento dejándoselo todo a Louise. ¿Estaba en posesión de mis plenas facultades físicas y mentales? Me tomé la temperatura. No. Me miré la cara en el espejo. No. Sería mejor que me fuera a la cama, corriera las cortinas y sacara la botella de ginebra.

Así me encontró Louise a las seis de la tarde del tercer día. Había llamado por teléfono desde las doce, pero yo había cogido una borrachera tan grande que no lo oí.

—Me han quitado el carnet —le dije cuando la vi.

Me eché a llorar y seguí lloriqueando en sus brazos. No pudo hacer nada por mí salvo darme un baño y una pastilla para dormir. Mientras me hundía en la niebla oí que decía: «Nunca te dejaré».

Nadie sabe qué fuerzas empujan a una persona hacia otra. Hay multitud de teorías: astrología, química, necesidad mutua, mecanismo biológico. Hay revistas y manuales por todo el mundo que te dicen cómo elegir el compañero o la compañera perfectos. Las agencias matrimoniales enfatizan su método científico, aunque tener un ordenador no te convierte en un científico. Suena la vieja música romántica con métodos modernos y digitales. ¿Por qué confiarse a la suerte cuando es posible confiarse a la ciencia? En poco tiempo, el método de las batas pseudocientíficas de concertar citas por

detalles dejará paso a un genuino experimento cuyos resultados, aunque insólitos, seguirán estando bajo control. O eso dicen. (Para afirmaciones similares, véase fisión del átomo, terapia genética, fertilización in vitro, cultivos de hormonas cruzadas, incluso el humilde rayo catódico.) No importa. La realidad virtual está en camino.

En este momento, para entrar en un mundo virtual tienes que ponerte un casco de buzo de aspecto tosco, del tipo que la gente usaba en los años cuarenta, y un guante especial que parece de esos gruesos de jardinería. Con tales pertrechos te encuentras dentro de una pantalla de televisión de trescientos sesenta grados con un programa tridimensional, sonido tridimensional y objetos sólidos que puedes coger y cambiar de sitio. Ya no estás viendo una película desde una perspectiva fija, sino que puedes explorar el escenario de la película e incluso alterarlo si no te gusta. Por lo que se refiere a tus sentidos, estás en un mundo real. El hecho de que lleves un casco de buzo y un guante de jardinería no cuenta.

Dentro de poco, el equipo será sustituido por una habitación en la que puedas entrar como entrarías en cualquier otra. Excepto que será un espacio inteligente. La habitación será, de pared a pared, el mundo virtual que elijas. Si quieres, podrás vivir en un mundo creado por ordenador todo el día y toda la noche. Podrás ver cómo te va una vida virtual con un amante virtual. Podrás entrar en tu casa virtual y dedicarte a tus labores virtuales, añadir un niño o dos, averiguar si prefieres ser gay. O no tener pareja. O ser heterosexual. ¿Por qué dudar cuando se puede simular?

¿Y el sexo? Por supuesto. La palabra es telemasturbación. Podrás enchufar tu telepresencia en la red de billones de manojos de fibras ópticas que zigzaguea por el mundo y encontrarte virtualmente con tu compañero o compañera. Vuestros verdaderos yoes llevarán unas mallas hechas de miles de diminutos detectores táctiles por pulgada cuadrada. Por cortesía de la red

de fibra óptica, los detectores recibirán y transmitirán el tacto. La epidermis virtual será tan sensible como tu propia capa superficial de piel.

Pero a mí no me han reconstruido, y prefiero abrazarte y andar por un empapado prado inglés de verdad bajo una lluvia inglesa de verdad. Prefiero cruzar el mundo entero para tenerte conmigo en lugar de quedarme en casa marcando tu telepresencia. Los científicos dicen que puedo elegir, pero ¿qué grado de elección tengo ante sus demás inventos? Mi vida no es mía, y pronto tendré que regatear con mi realidad. ¿Que soy ludita? No, no quiero destrozar máquinas, pero tampoco quiero que las máquinas me destrocen.

Agosto. Friéndonos en una calle que parece un calentaplatos. Louise me había llevado a Oxford para alejarse de Elgin. No me dijo qué había pasado en aquellos tres días, guardó el secreto como un agente en tiempos de guerra. Estaba tranquila y sonriente, la perfecta chica clandestina. No confiaba en ella. Creía que estaba a punto de romper conmigo, que se había reconciliado con Elgin y le había rogado que le concediera estas vacaciones en Roma para luego volver con un estremecimiento de pena. Un montón de piedras me pesaban en el pecho.

Caminamos, nadamos en el río, leímos espalda contra espalda como hacen los amantes. Hablamos todo el tiempo sobre cualquier cosa excepto sobre ella y sobre mí. Estábamos en un mundo virtual donde el único tabú era la vida real. Pero en un mundo virtual de verdad yo podría haber cogido a Elgin con delicadeza y haberlo dejado caer para siempre fuera del marco. Lo vi con el rabillo del ojo esperando, esperando. Sentado sobre la vida hasta que se moviera.

Estábamos en la habitación que habíamos alquilado, con las ventanas abiertas de par en par al calor. Fuera, los densos ruidos del verano; gritos en la calle, el golpe de una pelota de cróquet, risas e, inesperado e incompleto y

sobre nuestras cabezas, Mozart en un piano que parecía de hojalata. Un perro, guau guau guau, persiguiendo al cortador de césped. Yo tenía la cabeza apoyada en tu vientre y oía cómo tu comida bajaba hacia el intestino.

—Tú dijiste: «Me voy a ir».

Pensé: sí, claro que te vas, vuelves a la caracola.

—Me voy de su lado porque mi amor por ti hace de cualquier otra vida una mentira.

He ocultado esas palabras en el forro de mi abrigo. Cuando nadie mira las saco como un ladrón de joyas. No han perdido su brillo. Nada tuyo ha perdido su brillo. Sigues siendo del color de mi sangre. Eres mi sangre. Cuando me miro en el espejo no veo mi propia cara. Tu cuerpo es doble. Uno tuyo y uno mío. ¿Puedo tener la certeza de cuál es cuál?

Volvimos a mi casa y no trajiste nada de tu otra vida, salvo la ropa que llevabas puesta. Elgin había insistido en que no te llevases nada hasta que se firmara el acuerdo de divorcio. Tú le habías pedido que se divorciara por adulterio, y él insistió en que tenía que ser conducta irrazonable.

—Le ayudará a salvar la cara —dijiste—. El adulterio es cosa de cornudos. La conducta irrazonable es para mártires. Una esposa loca es mejor que una mala esposa. ¿Qué les contará a sus amigos?

No sé qué les contó a sus amigos, pero sé lo que me contó a mí. Louise y yo llevábamos casi cinco meses viviendo en mi casa, muy felices. Era Navidad y habíamos decorado el piso con guirnaldas entretrejidas de muérdago y hiedra del bosque. Teníamos muy poco dinero; yo no había hecho tantas traducciones como debería y Louise no podía empezar a trabajar hasta Año Nuevo. Daría clases de historia del arte. Nada nos importaba. Éramos insultantemente felices. Cantábamos y jugábamos y andábamos durante millas mirando edificios y contemplando a la gente. Nos había caído un tesoro en las manos: yo en las tuyas, ella en las mías.

Ahora, esos días tienen para mí una claridad cristalina. Los ponga del lado que los ponga, refractan un color diferente. Louise con su vestido azul, recogiendo piñas de abeto en la falda. Louise contra el cielo púrpura como una heroína prerrafaelita. El verde temprano de nuestra vida y las últimas rosas amarillas en noviembre. Los colores se vuelven borrosos y solo consigo ver su cara. Luego oigo su voz resuelta y blanca: «Nunca te dejaré».

Era Nochebuena y Louise fue a ver a su madre, que había odiado a Elgin hasta que Louise le dijo que se iban a divorciar. Louise esperaba que los días de buena voluntad jugaran a su favor, así que cuando las estrellas empezaron a brillar se recogió el pelo y se puso en camino. La despedí con la mano, sonriendo. Qué bien encajaría en las estepas rusas.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, una sombra se acercó. Era Elgin. No quería invitarlo a pasar, pero había amenaza en su inverosímil jovialidad. Se me erizó el pelo de la nuca como a un animal. Pensé que debía resolver aquello por el bien de Louise.

Le serví una bebida mientras él hablaba sin ton ni son, hasta que no pude soportarlo más. Le pregunté qué quería. ¿Era algo sobre el divorcio?

—En cierto modo —dijo sonriendo—. Creo que hay algo que deberías saber. Algo que Louise no te habrá dicho.

—Louise me lo dice todo —dije con frialdad—. Y yo a ella.

—Enternecedor —dijo, mirando el hielo del whisky—. Entonces no te sorprenderá oír que tiene cáncer.

Doscientas millas más allá de la superficie de la Tierra no hay gravedad. Las leyes del movimiento ya no rigen. Se pueden dar saltos mortales despacio despacio, pesar en la ausencia de peso sin lugar hacia el que caer. Y mientras yaces de espaldas chapoteando en el espacio, acaso notes que tus pies se alejan de tu cabeza. Te estás estirando despacio despacio, alargándote, y las

articulaciones dejan de estar donde estaban. No hay conexión entre tu hombro y tu brazo. Te rompes hueso por hueso, te fracturas y separas de quien eres y te alejas a la deriva, el centro no aguanta.

¿Dónde estoy? No reconozco nada de lo que hay aquí. Este no es el mundo que conozco, el barquito que he preparado y aparejado. ¿Qué es este espacio en cámara lenta, mi brazo moviéndose arriba y abajo arriba y abajo como una parodia de Mussolini? ¿Quién es este hombre que hace girar los ojos, que abre una boca como una cámara de gas, que me llena la garganta y la nariz de palabras acres y malsanas? La habitación apesta. El aire está viciado. Me está envenenando y no puedo escapar. Los pies no me obedecen. ¿Dónde está el lastre de mi vida? Estoy luchando inútilmente y sin esperanza. Me agarro, pero mi cuerpo resbala. Quiero aferrarme a algo sólido, pero aquí no hay nada sólido.

Los hechos, Elgin. Los hechos.

Leucemia.

¿Desde cuándo?

Unos dos años.

No está enferma.

Todavía no.

¿Qué clase de leucemia?

Leucemia linfocítica crónica.

Parece sana.

Los síntomas no tienen por qué aparecer de inmediato.

Está bien.

Le hice un análisis de sangre cuando tuvo el primer aborto.

¿El primero?

Estaba gravemente anémica.  
No lo entiendo.  
Es poco corriente.  
No está enferma.  
Los ganglios linfáticos se han hinchado.  
¿Se va a morir?  
Parecen de goma, pero no duelen.  
¿Se va a morir?  
El bazo no está hinchado. Eso es bueno.  
¿Se va a morir?  
Tiene demasiados linfocitos.  
¿Se va a morir?  
Eso depende.  
¿De qué?  
De ti.  
¿Quieres decir que puedo cuidarla?  
Quiero decir que puedo cuidarla yo.

Elgin se fue y me senté debajo del árbol de Navidad mirando las velas de azúcar cande y cómo se columpiaban los ángeles. Su plan era sencillo: si Louise volvía con él le prestaría los cuidados que el dinero no puede comprar. Se la llevaría a Suiza y tendría acceso a las últimas tecnologías. Como paciente, por rica que fuera, no podría hacerlo. Como esposa de Elgin sí.

El tratamiento contra el cáncer es brutal y tóxico. Lo normal sería que trataran a Louise con esteroides, dosis muy altas para provocar la remisión. Cuando el bazo empezara a aumentar de tamaño, puede que la sometieran a radiación o que se lo extirparan. A esas alturas tendría una terrible anemia,



sangraría y estaría llena de cardenales, se sentiría cansada y sufriría dolores la mayor parte del tiempo. Padecería estreñimiento. Tendría náuseas y vómitos. Al final, la quimioterapia contribuiría al fallo de la médula. Estaría muy delgada, mi hermosa chiquilla, delgada y cansada y perdida. No existe una cura para la leucemia linfocítica crónica.

Louise regresó a casa con la cara resplandeciente de escarcha. Tenía las mejillas muy arreboladas y los labios helados cuando me besó. Me metió unas manos congeladas bajo la camisa y me las apretó contra la espalda como si fueran dos hierros de marcar. Parloteaba sobre el frío y las estrellas y lo claro que estaba el cielo y la luna que colgaba como un carámbano del tejado del mundo.

Yo no quería llorar, quería hablar con calma y delicadeza. Pero lloré, y las rápidas y cálidas lágrimas caían sobre su piel fría, escaldándola con mi pena. La desdicha es egoísta, la pena es egoísta. ¿Por quién se derraman las lágrimas? Tal vez no puede ser de otra manera.

—Elgin ha estado aquí —dije—. Me ha dicho que tienes cáncer en la sangre.

—No es serio. —Lo dijo muy deprisa. ¿Qué esperaba que hiciera?

—¿Que el cáncer no es serio?

—No tengo síntomas.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿No podrías habérmelo dicho?

—No es serio.

Por primera vez nos separaba un silencio. Ahora quería enfadarme con ella. Rebosaba de rabia contenida.

—Estaba esperando los resultados. Me han hecho algunas pruebas más. Y no tengo los resultados todavía.

—Elgin los tiene, dice que no quieres verlos.

—No me fío de Elgin. Voy a pedir una segunda opinión.

Yo la miraba fijamente, apretando los puños para clavarme las uñas en las palmas. Mirándola, vi la cara cuadrada y con gafas de Elgin. No los labios curvados de Louise, sino la boca triunfante de Elgin.

—¿Te lo cuento? —dijo ella.

Durante las horas de la noche, hasta que el cielo cobró un color negro azulado y después gris perla, mientras el débil sol invernal derramaba su luz en la habitación, nos abrazamos bajo una manta de viaje y ella me dijo lo que temía y yo le hablé de mis miedos. No volvería con Elgin, en eso se mostró inflexible. Sabía mucho sobre su enfermedad y yo aprendería. Le haríamos frente. Palabras valientes y consuelo para dos personas que necesitaban consuelo en la pequeña y fría habitación que rodeaba sus vidas aquella noche. Nos habíamos puesto en camino sin nada y Louise estaba enferma. Ella confiaba en que podría hacer frente a cualquier gasto con el dinero que le correspondiese tras el divorcio. Yo no tenía esa certeza, pero el cansancio y el alivio eran demasiado grandes para ir más lejos entonces. Alcanzarla otra vez, y que ella me alcanzase a mí, ya había sido ir lo bastante lejos.

Al día siguiente, cuando Louise salió, fui a ver a Elgin. Parecía estar esperándome. Entramos en su estudio. Tenía un nuevo juego en la pantalla del ordenador. Se llamaba LABORATORIO. Un científico bueno (el jugador) y un científico loco (el ordenador) luchan para crear el primer tomate transgénico del mundo. Al implantarle genes humanos, el tomate se transforma en un sándwich, salsa o base de pizza con un máximo de tres ingredientes adicionales. Pero ¿es ético?

—¿Quieres jugar una partida? —preguntó él.

—He venido a hablar de Louise.

Él tenía los resultados de sus pruebas desplegados sobre la mesa. La

prognosis era de unos cien meses. Me señaló que aunque era fácil para Louise descuidar su estado mientras se sintiera bien y en forma, las cosas cambiarían cuando empezara a perder las fuerzas.

—Pero ¿por qué tratarla como a una inválida antes de que lo sea?

—Si la tratamos ahora hay una posibilidad de detener la enfermedad. ¿Quién sabe? —Se encogió de hombros, sonrió y golpeó ruidosamente algunas teclas de la terminal. El tomate me miró con malicia.

—¿No lo sabes?

—El cáncer es un estado imprevisible. El cuerpo se vuelve contra sí mismo. Todavía no lo entendemos. Sabemos qué pasa, pero no por qué pasa ni cómo detenerlo.

—Entonces no tienes nada que ofrecerle a Louise.

—Excepto su vida.

—No va a volver contigo.

—¿No tenéis ya demasiados años para el sueño romántico?

—Amo a Louise.

—Entonces sálvala.

Elgin se sentó delante del ordenador. Consideraba terminada la entrevista.

—Lo malo es —dijo— que si elijo el gen equivocado me lanza un chorro de salsa de tomate. ¿Entiendes mi problema?

Querida Louise:

Te amo más que a la vida misma. Nunca he sido tan feliz como contigo. No sabía que tanta felicidad fuera posible. ¿Puede el amor tener textura? Para mí, el sentimiento que nos une es palpable, lo sopeso en las manos igual que cuando sostengo tu cabeza. Me aferro al amor como un escalador se aferra a la cuerda. Sabía que nuestro camino sería cuesta arriba, pero no podía imaginar la escarpada pared de roca a la que hemos llegado. Podríamos subir, lo sé, pero todo el esfuerzo recaería sobre ti.

Me voy esta noche, no sé adónde, solo sé que no volveré. No tienes que irte de la casa; ya lo he arreglado todo. Estás segura en mi casa, pero no en mis brazos. Si me quedara

serías tú la que se iría, con dolor, sin ayuda. Nuestro amor no estaba pensado para que te costara la vida. No puedo soportarlo. Si fuera mi vida, la daría alegremente. Viniste a mí con lo puesto, y bastaba. No más Louise. No más dar. Ya me lo has dado todo.

Por favor, ve con Elgin. Ha prometido decirme cómo estás. Pensaré en ti muchas veces al día, todos los días. Las huellas de tus manos están por todo mi cuerpo. Tu carne es mi carne. Me has descifrado y ahora somos como un libro abierto. El mensaje es muy sencillo: mi amor por ti. Quiero que vivas. Perdona mis errores. Perdóname.

Hice la maleta y tomé un tren a Yorkshire. Borré mis huellas para que Louise no pudiera encontrarme. Me llevé trabajo y el dinero que tenía, el que quedaba después de pagar un año de hipoteca, dinero suficiente para un par de meses. Encontré una diminuta casita de campo y un apartado de correos para mis editores y un amigo que se comprometió a ayudarme. Encontré empleo en un bar de lujo. Un bar que servía cenas para los nuevos refugiados que pensaban que el pescado frito y las patatas fritas eran propios de la clase obrera. Servíamos *pommes frites* y un lenguado de Dover que no había visto un acantilado en su vida. Servíamos gambas tan envasadas en hielo que a veces las echábamos, por error, en las bebidas. «Es una nueva moda, señor, escocés *on the rocks* à la gamba.» Después de eso, todo el mundo quería uno.

Mi trabajo consistía en poner cubetas para Frascati sobre minúsculas mesas modernas y tomar nota de la comanda. Ofrecíamos el especial mediterráneo (pescado frito con patatas fritas), el especial vieja Inglaterra (salchicha con patatas fritas) y el especial enamorados (chuletitas para dos con patatas fritas y vinagre aromático). Había un menú *à la carte*, pero nadie lo podía encontrar. Durante toda la noche, la puerta elegantemente tachonada y pintada de verde hule que daba a las cocinas oscilaba de un lado a otro ofreciendo un breve vistazo de dos ajetreados chefs con gorros como campanarios.

—Pásame otra pizza, Kev.

—Aquella quiere doble ración de maíz.

—Pues tírame el abrelatas.

Los hipnóticos y sordos golpes de los bajos en los altavoces del bar sofocaban ampliamente el incesante campanileo de los múltiples microondas apilados como un terminal de la NASA. Nadie preguntó nunca cómo hacíamos la comida, y si alguien lo hubiera hecho, habría recibido una postal de las cocinas con saludos del chef para tranquilizarlo. No eran nuestras cocinas, pero podrían haberlo sido. El pan era tan blanco que resplandecía.

Compré una bicicleta para cubrir las veinte millas que separaban el bar y mi casucha alquilada. Quería que el cansancio pudiera con el pensamiento. Y, aun así, cada giro de la rueda era Louise.

La casita tenía una mesa, dos sillas, una alfombrilla de esparto y una cama con un colchón enrollado. Si necesitaba más calor, cortaba madera y encendía el fuego. La casita había estado mucho tiempo abandonada. Nadie quería vivir en ella y nadie más habría sido lo bastante estúpido para alquilarla. No había teléfono y la bañera estaba en una habitación dividida por medio tabique. Las corrientes de aire entraban resollando a través de una ventana mal entablada. El suelo crujía como el escenario de una película de horror de la Hammer. Era sucia, deprimente e ideal. Los dueños pensaron que yo era idiota. Soy idiota.

Había un sillón grasiento junto a la chimenea, hundido entre su tapicería desprendida como un viejo con el traje de cuando era joven. Deja que me sienta en él para no volver a levantarme. Quiero pudrirme ahí, hundiéndome poco a poco en el ajado estampado, invisible contra las rosas muertas. Si alguien pudiera ver algo a través de estas ventanas cubiertas de porquería, solo vería mi nuca sobresaliendo del respaldo. Vería mi pelo, ralo y escaseando, volviéndose gris, desapareciendo. La cabeza de la muerte en el sillón, el sillón de las rosas en el jardín inmóvil. ¿De qué sirve moverse si el movimiento indica vida y la vida indica esperanza? Yo no tengo ni vida ni

esperanza. Mejor desmoronarme junto con el revestimiento de las paredes, posarme con el polvo y meterme en las narices de alguien. Todos los días respiramos a los muertos.

¿Cuáles son las características de las cosas vivas? En el colegio, en las clases de biología, me enseñaron las siguientes: excreción, crecimiento, irritabilidad, locomoción, nutrición, reproducción y respiración. A mí no me parece una lista muy animada. Si eso es todo lo que caracteriza a una cosa viva, lo mismo me da la muerte. ¿Qué pasa con las otras características que prevalecen en los seres humanos vivos, como el anhelo de ser amado? No, no está en el apartado reproducción. No deseo reproducirme pero sigo buscando el amor. Reproducción. Comedor de estilo reina Ana brillantemente lavado y rebajado por liquidación. Madera genuina. ¿Es eso lo que quiero? La familia modelo, dos más dos en piezas de fácil montaje en casa. No quiero un modelo. Quiero el original a escala natural. No quiero reproducirme, quiero hacer algo nuevo por completo. Luchar con las palabras, pero las fuerzas me han abandonado.

Intenté limpiar un poco. Corté jazmín de invierno en el descuidado jardín y lo coloqué en la habitación. Parecía una monja en un barrio de chabolas. Compré un martillo y algunas tablas de madera y reparé lo más abandonado. Y me las arreglé para sentarme junto a la chimenea y no sentir el viento al mismo tiempo. Eso fue un logro. Mark Twain se construyó una casa con una ventana sobre la chimenea para ver caer la nieve sobre las llamas. Yo tenía un agujero por donde se colaba la lluvia, pero también en mi vida se colaba la lluvia.

Pocos días después de mi llegada oí un incierto aullido en el exterior. Un sonido que tendría que haber sido desafiante y jactancioso, pero que no lo era del todo. Me puse las botas, cogí la linterna y salí dando traspiés sobre la nieve medio derretida de enero. Era un barro profundo y viscoso. Para

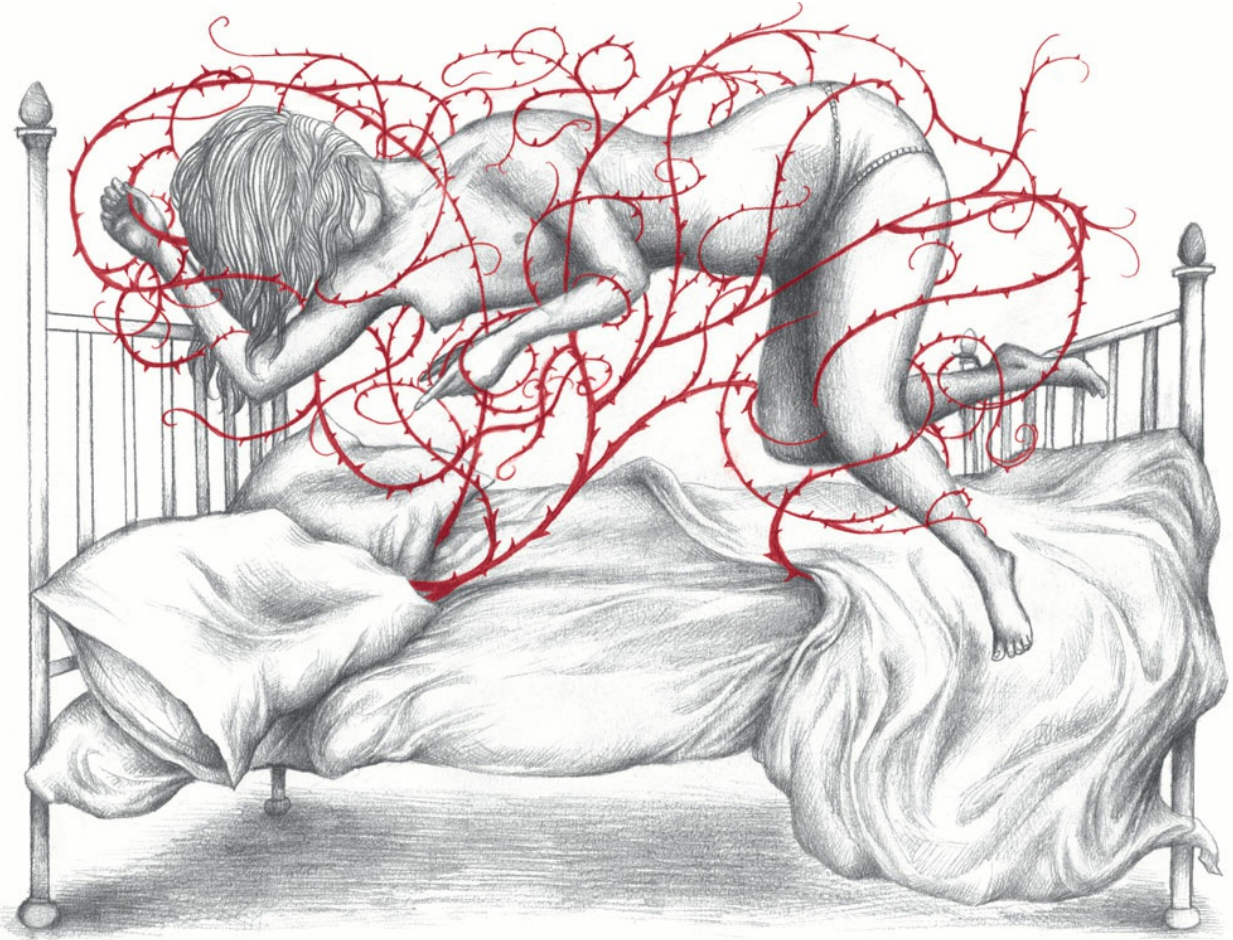
mantener un camino despejado hasta mi casa, tenía que esparcir ceniza todos los días. Las cenizas se mezclaban con el barro, el canalón salía directamente de la casa e iba a parar al escalón de la entrada. Cualquier ráfaga arrancaba las tejas del tejado.

Aplastado contra el muro de la casa, si es que un enladrillado barrigón, sudoroso y unido con liquen puede llamarse muro, había un gato escuálido y sarnoso. Me miró con ojos llenos de miedo y esperanza. Estaba empapado y temblaba. No lo dudé, me incliné y lo agarré por el pescuezo como Louise me había agarrado a mí.

A la luz vi que el gato y yo estábamos mugrientos. ¿Cuándo me había bañado por última vez? Tenía la ropa mohosa y la piel gris. El pelo me colgaba en mechones brillantes y grasientos. El gato tenía un costado lleno de aceite y el barro le apelotonaba el pelaje del vientre.







—Es noche de baño en Yorkshire —dije, y llevé al gato a la vieja y gastada bañera esmaltada con tres patas de garra. Un ejemplar de la Biblia sostenía el cuarto lado—. Roca inmemorial hendida para mí. Deja que me oculte dentro de ti.

Intimidé a la vieja caldera con una serie de gritos, ruegos, cerillas y gasolina de mechero para que resucitara. Al final retumbó y escupió, haciendo ondear nubes de vapor pestilente en el descascarillado cuarto de baño. Veía los ojos del gato vigilándome horrorizados.

Y al cabo los dos estuvimos limpios, él envuelto en una toalla para las manos, yo en mi único lujo, una gruesa toalla de baño. Con el pelo pegado al cráneo, la cabeza del gato era diminuta. Tenía un corte en una oreja y una profunda cicatriz sobre un ojo. Temblaba en mis brazos aunque le hablé con suavidad de un tazón de leche. Más tarde, en aquella cama a punto de desplomarse, cobijado bajo un edredón tan maltratado que las plumas no se movieron cuando lo sacudí, un gato ahíto de leche aprendió a ronronear. Durmió sobre mi pecho toda la noche. Yo no dormí mucho. Intentaba evitar el sueño por las noches hasta el agotamiento, para no caer en el temprano sueño de ensueños de quien tiene mucho que ocultar. Hay gente que se mata de hambre durante el día solo para descubrir que por la noche su cuerpo privado de sustento ataca el frigorífico y come carne cruda, comida para gatos, papel higiénico, cualquier cosa para satisfacer su necesidad.

Dormir junto a Louise había sido un placer que a menudo llevaba al sexo, pero que existía por separado. El delicioso y templado calor de su cuerpo, la temperatura de su piel en perfecta consonancia con la mía. Alejarme de ella solo para buscarla horas después y amoldarme a la curva de su espalda. Su olor. Específico olor a Louise. Su pelo. Una sábana roja que cubría nuestros cuerpos. Sus piernas. Nunca se las depilaba lo bastante para que la suavidad fuese total. Había una aspereza residual que me gustaba, el mismísimo

comienzo del crecimiento del vello. No lo dejaba aparecer, así que no sabía de qué color era, pero lo palpaba con los pies, bajando por el hueso de la espinilla, los largos huesos de sus piernas ricos en tuétano. Tuétano donde se forman, rojos y blancos, los glóbulos sanguíneos. Rojo y blanco, los colores de Louise.

En los libros sobre la pérdida de un ser querido te dicen que duermas con una almohada al lado. No exactamente una holandesa, que es un cojín que se coloca entre las piernas en los trópicos para absorber el sudor, no exactamente una holandesa. «La almohada le consolará durante las largas e ininterrumpidas horas. Si se duerme, se beneficiará de manera inconsciente de su presencia. Si se despierta, la cama no le parecerá tan grande y solitaria.» ¿Quién escribe esos libros? ¿De verdad creen esos discretos y preocupados consejeros que dos pies de tela rellena pueden aliviar un corazón destrozado? No quiero una almohada, quiero tu carne que respira y se mueve. Quiero que me cojas la mano en la oscuridad, quiero rodar sobre ti y entrar en ti. Cuando me doy la vuelta en la cama, me parece tan ancha como un continente. Hay un interminable espacio blanco donde no estarás. Lo atravieso pulgada a pulgada, pero no estás. No es un juego, no asomará de un salto para sorprenderme. La cama está vacía. Yo estoy en ella, pero la cama está vacía.

Al gato lo llamé Optimista, porque el primer día me trajo un conejo y nos lo comimos con lentejas. Ese día pude traducir un poco, y cuando volví del bar, Optimista estaba esperando en la puerta con una oreja enhiesta y tal aire de expectación que por un momento, un único y distinto momento, olvidé lo que había hecho. Al día siguiente pedaleé hasta la biblioteca, pero en lugar de ir a la sección de Rusia, como era mi intención, me dirigí hacia los libros de medicina. Me obsesioné con la anatomía. Si no podía quitarme a Louise de la cabeza, me ahogaría en ella. Entre el lenguaje clínico, a través de la

desapasionada visión del yo que chupa, suda, se atiborra y defeca, encontré un poema de amor para Louise. Seguiría conociéndola, y más íntimamente de lo que me permitían la piel, el pelo y la voz que ansiaba. Tendría su plasma, su bazo, su fluido sinovial. La reconocería incluso mucho tiempo después de que su cuerpo se desmoronase.

# Las células, tejidos, sistemas y cavidades del cuerpo

LA MULTIPLICACIÓN DE CÉLULAS POR MITOSIS TIENE LUGAR A LO LARGO DE TODA LA VIDA DEL INDIVIDUO. OCURRE CON MÁS RAPIDEZ HASTA QUE SE COMPLETA EL CRECIMIENTO. DESPUÉS SE FORMAN NUEVAS CÉLULAS PARA SUSTITUIR A LAS QUE HAN MUERTO. LAS CÉLULAS NERVIOSAS SON UNA NOTABLE EXCEPCIÓN. CUANDO MUEREN, NO SON SUSTITUIDAS.

En los rincones secretos de su timo, Louise se está esforzando demasiado. Su leal biología depende de la regulación, pero los linfocitos se han convertido en criminales. No obedecen las normas. Están plagando la corriente sanguínea, alterando el tranquilo orden del bazo y el intestino. Se hinchan con orgullo en los ganglios linfáticos. Su tarea solía ser mantener el cuerpo a salvo de los enemigos externos. Eran su inmunidad, su defensa contra la infección. Ahora son los enemigos infiltrados. Las fuerzas de seguridad se han rebelado. Louise es víctima de un golpe de Estado.

¿Me dejas reptar dentro de ti, hacer guardia ante ti, atraparlos cuando vienen hacia ti? ¿Por qué no puedo contener con un dique esa marea ciega que ensucia tu sangre? ¿Por qué no hay puertas con cerrojos en la vena portal? El interior de tu cuerpo es inocente, nada le ha enseñado a tener miedo. Tus arterias no desconfían de su cargamento, no comprueban los transportes que navegan por la sangre. Estás llena a rebosar, pero el guarda se ha dormido y hay un asesino suelto. ¿Quién anda ahí? Déjame alzar el farol. Solo es la sangre; glóbulos rojos que llevan oxígeno al corazón, trombocitos

asegurando la coagulación adecuada. Los glóbulos blancos, leucocitos y linfocitos, unos pocos silbando al pasar, como siempre.

El leal cuerpo ha cometido un error. No es momento para sellar los pasaportes y mirar al cielo. Se acercan cientos de ellos. Cientos de más, armados hasta los dientes para una tarea que no es necesaria. ¿Que no es necesaria? ¿Con todo ese armamento?

Aquí llegan, cruzando la corriente sanguínea a la velocidad del rayo, pidiendo guerra. No hay nadie para luchar excepto tú, Louise. Ahora eres tú el cuerpo extraño.

LOS TEJIDOS, COMO EL QUE REVISTE LA BOCA, PUEDEN OBSERVARSE A SIMPLE VISTA, PERO LOS MILLONES DE CÉLULAS QUE COMPONEN LOS TEJIDOS SON TAN PEQUEÑAS QUE SOLO PUEDEN SER VISTAS CON AYUDA DE UN MICROSCOPIO.

A simple vista. Cuántas veces he disfrutado de ti con mi lasciva y simple vista. Te he visto desnuda, inclinada para lavarte, la curva de tu espalda, la concavidad de tu vientre. Teniéndote debajo te he examinado, he visto las cicatrices de tus muslos, de cuando te caíste sobre el alambre de espino. Parece que un animal te hubiera dado un zarpazo, deslizando sus uñas de acero por la piel para dejar sus crueles marcas de posesión.

Yo tengo los ojos castaños, y han revoloteado sobre tu cuerpo como mariposas. He cruzado volando tu cuerpo de un extremo a otro de tu costa de marfil. Conozco los bosques donde puedo descansar y alimentarme. Te he cartografiado a simple vista y te he almacenado en la distancia. Tengo los millones de células que forman tus tejidos trazados en la retina. Durante los vuelos nocturnos sé exactamente dónde estoy. Tu cuerpo es mi zona de aterrizaje.

Conozco el tejido que reviste tu boca a través de la lengua y la saliva. Sus cordilleras, sus valles, el ondulado cielo, la fortaleza de los dientes. Un áspero remolino en el sitio donde una vez te hiciste daño interrumpe la lustrosa suavidad de la cara interna de tu labio superior. Los tejidos de la boca y del ano se curan más rápido que ningún otro, pero quedan señales para quien se toma la molestia de mirar. Yo me tomo esa molestia. Hay una



historia atrapada en tu boca. Un coche que se estrella y un parabrisas destrozado. El único testimonio es la cicatriz, dentada como una cicatriz de duelo, donde la piel sigue mostrando la huella de los puntos.

A simple vista cuento tus dientes, incluidos los empastes. Los incisivos, los caninos, los molares y premolares. Treinta y dos en total. Treinta y uno en tu caso. Después de hacer el amor desgarras la comida como un tigre, dejando que el aceite te resbale por la barbilla. A veces me muerdes, dejándome heridas poco profundas en los hombros. ¿Quieres arañarme para que mi cicatriz haga juego con la tuya? Luzco las heridas como insignias de honor. Es fácil ver las huellas de tus dientes bajo mi camisa, pero la L que llevo tatuada dentro de mí no es observable a simple vista.

PARA FACILITAR LA DESCRIPCIÓN, DIVIDIMOS EL CUERPO HUMANO EN DIFERENTES CAVIDADES. LA CAVIDAD CRANEAL CONTIENE EL CEREBRO. SUS LÍMITES SON LOS HUESOS DEL CRÁNEO.

Déjame entrar en ti. Soy el arqueólogo de tumbas. Dedicaré mi vida a anotar tus pasadizos, las entradas y salidas de ese impresionante mausoleo, tu cuerpo. Qué estrechas y secretas son las chimeneas y los pozos de la juventud y la salud. Es difícil que un dedo, serpenteando, detecte la entrada de una antecámara, y más difícil aún que llegue a las amplias y acuosas cámaras: las que ocultan el útero, las entrañas y el cerebro.

En los viejos o enfermos, los orificios nasales se acampanan, las cuencas de los ojos son hondos estanques llenos de ruegos. La boca se afloja, los dientes caen y abandonan la primera línea de defensa. Incluso las orejas se alargan como trompetas. El cuerpo hace sitio a los gusanos.

Lo primero que haré al embalsamarte en mi memoria será sacarte el cerebro a través de los orificios pertinentes. Ahora que te he perdido no puedo permitir que sigas desarrollándote, tienes que ser una fotografía y no un poema. Tienes que deshacerte de la vida como yo me he deshecho de la vida. Nos hundiremos a la vez, tú y yo, bajando, bajando hacia los oscuros vacíos que antes ocupaban los órganos vitales.

Siempre he admirado tu cabeza. La fuerte pendiente de tu frente y la larga coronilla. La parte trasera de tu cráneo es ligeramente bulbosa, dando paso a una brusca caída en la nuca. Me he dejado caer sin miedo desde tu cabeza. La

he tenido en las manos, la he hecho mía, he vencido la resistencia, he controlado mi deseo de sondear bajo la piel hasta el fondo de ti. En ese hueco es donde tú existes. Ahí es donde el mundo se crea e identifica de acuerdo con tu omnívora taxonomía. Es una extraña combinación de mortalidad y ostentación, el cerebro que todo lo ve y todo lo sabe, amante de tantas cosas, capaz de artimañas y miedos. De doblar cucharillas y de resolver difíciles problemas matemáticos. Ese espacio de duros límites oculta al vulnerable yo.

No puedo entrar en ti con ropa donde no queden manchas, con las manos llenas de instrumentos para grabar y analizar. Si me acerco a ti con una linterna y un cuaderno de notas, un diagrama médico y un trapo para limpiar la suciedad, te meteré en una bolsa impoluta. Te guardaré envuelta en plástico, como hígado de pollo. Útero, tripas, cerebro, todo bien etiquetado y devuelto. ¿Es así como se conoce a otro ser humano?

Conozco la caída en cascada de tu pelo desde la coronilla, bañándote los hombros de luz. Conozco el calcio de tus pómulos. Conozco el arma de tus mandíbulas. He tenido tu cabeza en las manos pero nunca te he tenido a ti. A ti con tus espacios, espíritu, electrones de vida.

«Explórame», decías, y yo reuní mis cuerdas, cantimploras y mapas, esperando volver pronto a casa. Me he perdido en tu macizo montañoso y no encuentro la salida. A veces creo que estoy libre, que me has escupido como la ballena a Jonás, pero entonces doblo una esquina y me reconozco otra vez. Yo en tu piel, huésped de tus huesos, flotando en las cavidades que adornan las paredes de cualquier cirujano. Así es como he llegado a conocerte. Tú eres lo que conozco.

La piel

LA PIEL SE COMPONE DE DOS PARTES PRINCIPALES: LA DERMIS Y LA EPIDERMIS.

Es raro pensar que la parte de ti que mejor conozco ya está muerta. Las células que forman la superficie de tu piel son delgadas y planas, sin vasos sanguíneos ni terminaciones nerviosas. Células muertas, más gruesas en las palmas de tus manos y las plantas de los pies. Tu cuerpo sepulcral, que me fue ofrecido en pretérito, protege el blando centro de las intrusiones del mundo exterior. Yo soy una de esas intrusiones, acariciándote con obsesión necrofílica, amando el caparazón abandonado ante mis ojos.

Tu yo muerto se frota constantemente contra mi yo muerto. Tus células caen, se desprenden como escamas, forraje para ácaros y chinches. Lo que pierdes alimenta colonias de vida que pastan en la piel y el pelo desechados. Y tú no sientes nada. ¿Cómo ibas a sentir? Todas tus sensaciones vienen de mucho más adentro, los lugares vivos donde la dermis se renueva y forma otro caparazón de armadillo. Eres un caballero de brillante armadura.

Rescátame. Cógeme al vuelo, deja que me aferre a ti, que te rodee la cintura con los brazos, que cabecee contra tu espalda. Tu olor me invita a dormir, puedo enterrarme en el cálido edredón de plumas de tu cuerpo. Tu piel sabe a sal, sabe ligeramente a cítricos. Cuando te paso la lengua por los pechos dejando una línea húmeda noto el imperceptible vello, el fruncido de la aréola, el cono del pezón. Tus pechos son colmenas derramando miel.

Soy una criatura que come en tu mano. Sería tu escudero y te prestaría el mejor de los servicios. Ahora descansa, deja que te quite las botas, que te dé

masaje en los pies, donde la piel está callosa y ulcerada. No hay nada de ti que me desagrade: ni el sudor ni la mugre, ni la enfermedad ni sus sordas marcas. Pon el pie en mi regazo y te cortaré las uñas y aliviaré la tensión del largo día. Ha sido un largo día para ti hasta que diste conmigo. Estás llena de cardenales. Higos reventados, el lívido color púrpura de tu piel.

El cuerpo enfermo de leucemia duele con facilidad. Tengo que evitar cualquier brusquedad, no puedo hacerte gritar de placer próximo al dolor. Nos llenábamos de cardenales mutuamente, rompíamos los capilares llenos de sangre. Tubos delgados como pelos que unen las arterias y las venas, esos vasos sanguíneos ramificados que escriben los anhelos del cuerpo. Solías ruborizarte de deseo. Entonces teníamos las riendas en la mano, y nuestros cuerpos conspiraban para darnos placer.

Mis terminaciones nerviosas eran sensibles a los minúsculos cambios en la temperatura de tu piel. No las toscas palancas de caliente o frío; intentaba reconocer el segundo en que tu piel se volvía más espesa. El comienzo de la pasión, una ola de calor, los latidos del corazón más hondos y más rápidos. Yo sabía que tus vasos sanguíneos se hinchaban, que tus poros se dilataban. Los efectos fisiológicos de la lujuria son de fácil lectura. En ocasiones estornudabas cuatro o cinco veces como un gato. Es muy corriente, pasa millones de veces al día en todo el mundo. Un milagro ordinario, tu cuerpo cambiando bajo mis manos. Y, sin embargo, ¿cómo creer en la sorpresa obvia? Que me desees es extraordinario, inverosímil.

Vivo en mis recuerdos como una vulgar vieja gloria. En este sillón delante del fuego, acariciando al gato, hablando en voz alta, desvariando. En el suelo hay un tratado de medicina abierto. Para mí es un libro de hechizos. Piel, dice. Piel.

Eras blanca como la leche y fresca al paladar. ¿Perderás el color, se empañará tu luminosidad? ¿Se te hincharán el cuello y el bazo? ¿Se

distenderán los rigurosos contornos de tu vientre sobre una carga estéril? Puede que así sea, y entonces el dibujo íntimo que guardo de ti será una pobre reproducción. Puede que sea así, pero si tú estás acabada yo también lo estoy.

# El esqueleto



LA CLAVÍCULA ES UN HUESO LARGO CON UNA DOBLE CURVA. LA CAÑA DEL HUESO ES MÁS ÁSPERA PARA FACILITAR LA LIGAZÓN DE LOS MÚSCULOS. LA CLAVÍCULA ES EL ÚNICO PUNTO ÓSEO DE UNIÓN ENTRE LAS EXTREMIDADES SUPERIORES Y EL ESQUELETO AXIAL.

No puedo pensar en la doble curva, tan ágil y fluida en sus movimientos, como en una cordillera ósea. Pienso en ella como en el instrumento musical que tiene la misma raíz. Clave. Tecla. Clavicordio. El primer instrumento de cuerda con teclado. Tu clavícula es a la vez teclado y clave. Si toco con los dedos las hondonadas que hay detrás del hueso me pareces un cangrejo de cáscara blanda. Busco los huecos entre los ligamentos de los músculos para apretarme contra los acordes en los tendones de tu cuello. El hueso recorre una perfecta escala desde el esternón a la escápula. Parece torneado. ¿Por qué un hueso tendría algo que ver con el ballet?

Tienes un vestido escotado que acentúa tus pechos. Supongo que el escote es el centro adecuado de atención, pero lo que yo quería hacer era apretar entre el índice y el pulgar los pernos de tu clavícula, abrir la mano, extender su red hasta cubrir tu garganta. Me preguntaste si quería estrangularte. No, quería ajustarme a ti, no superficialmente, sino siguiendo todos los accidentes del terreno.

Era un juego, encajar hueso con hueso. Creí que la mayor parte de la atracción sexual radicaba en la diferencia, pero hay muchas cosas iguales en ti y en mí.

Hueso de mi hueso. Carne de mi carne. Para recordarte, toco mi propio cuerpo. Así era ella, aquí y aquí. La memoria física atraviesa a tientas las puertas que la mente ha intentado sellar. Una llave maestra para entrar en la cámara de Barbazul. Le maldita llave que abre la puerta al dolor. El juicio me dice que olvide, el cuerpo aúlla. Los pernos de tu clavícula me desarman. Así era ella, aquí y aquí.

LA ESCÁPULA U OMÓPLATO ES UN HUESO PLANO DE FORMA TRIANGULAR SITUADO EN LA PARTE POSTERIOR EXTERNA RESPECTO A LAS COSTILLAS, DE LAS QUE ESTÁ SEPARADO POR MATERIA MUSCULAR.

Cerrados como un abanico, nadie sospecharía que tus omóplatos son alas. Mientras yacías sobre el vientre, modelé los afilados bordes de tu vuelo. Eres un ángel caído pero sigues siendo como son los ángeles: un cuerpo leve como una libélula, doradas y grandes alas recortadas del sol.

Si no tengo cuidado me cortarás a mí. Si deslizo la mano con despreocupación por el lado afilado de tu escápula, retiraré una palma ensangrentada. Conozco el estigma de la presunción. La herida que no curará si no te hago caso.

Clávame a ti. Te montaré como a una yegua de la negra noche. Tú eres el alado Pegaso que no se deja ensillar.

Ténsate bajo mi cuerpo. Quiero ver cómo se flexiona y se extiende la madeja de tus músculos. Unos triángulos tan inocentes con tanta fuerza oculta. No te encabrites plegando tus fuerzas cuando me acerco a ti. Te temo en nuestra cama cuando extiendes la mano para tocarme y rozas esas cuchillas gemelas vueltas hacia mí. Duermes dándome la espalda para que conozca toda tu extensión. Es suficiente.

TRECE HUESOS FORMAN EL ESQUELETO DEL ROSTRO. PARA COMPLETARLO, DEBEMOS AÑADIR EL HUESO FRONTAL.

De las visiones que vienen a mí en el sueño y la vigilia, la más insistente es tu rostro. Tu rostro, liso como un espejo, claro como un espejo. Tu rostro bajo la luna, plateado por los fríos reflejos, tu rostro en su misterio, revelándoseme.

Recorto tu cara reflejada en el hielo del estanque, tu cara más grande que mi cuerpo, tu boca llena de agua. Te apreté contra mi pecho aquel día de nevada, tu silueta irregular contra mi chaqueta. Cuando toqué con los labios tu mejilla helada me quemaste. La piel de la comisura de mi boca se desgarró, la boca se me llenó de sangre. Cuanto más te apretaba contra mí, más deprisa te fundías. Te abracé como te abraza la Muerte. La Muerte que retira lentamente la espesa cortina de la piel para dejar al descubierto la jaula ósea que hay debajo.

La piel se afloja, amarillea como piedra caliza, piedra caliza erosionada por el tiempo, y muestra el jaspeado de las venas. Lo que era pálido y translúcido se vuelve más duro y frío. Los propios huesos amarillean como colmillos.

Tu rostro me embiste, me atraviesa. En los agujeros pongo astillas de esperanza, pero la esperanza no me cura. ¿Acaso tendría que cubrirme los ojos con almohadillas de olvido, unos ojos deteriorados a fuerza de mirar? Hueso frontal, huesos palatinos, huesos nasales, huesos lacrimales, pómulos, maxilar, vómer, cornetes inferiores, mandíbula.

Esos son mis escudos, esos son mis mantos, esas palabras no me recuerdan

tu cara.

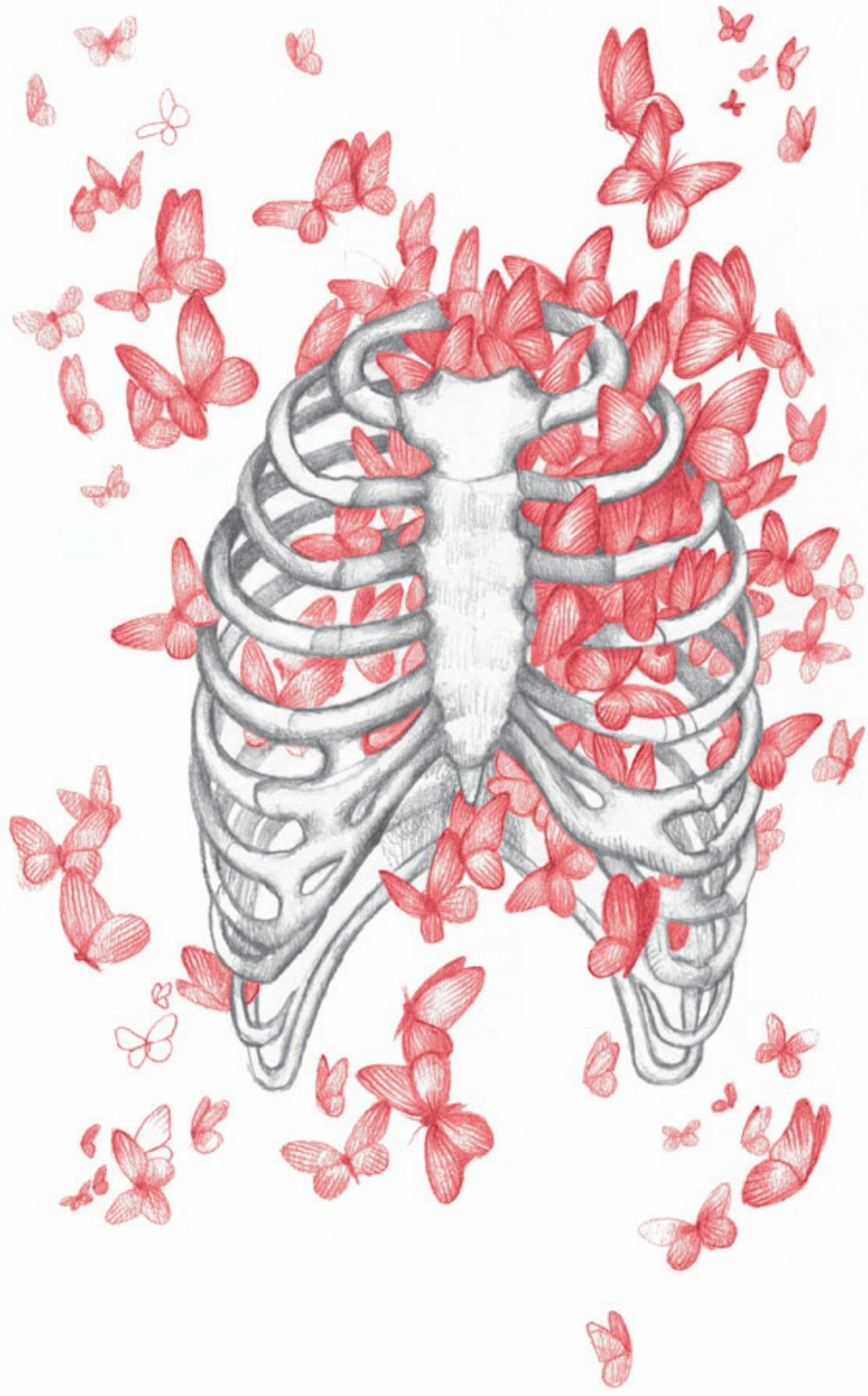
# Los sentidos especiales

EL OÍDO Y LA OREJA: EL PABELLÓN AURICULAR ES LA PARTE QUE SOBRESALE A UN LADO DE LA CABEZA. ESTÁ FORMADO POR UN CARTÍLAGO FIBROELÁSTICO RECUBIERTO DE PIEL Y DE UN FINO VELLO, Y SURCADO POR PROFUNDOS CANALES. EL MÁS EXTERNO Y PERIFÉRICO SE LLAMA HÉLICE. EL LÓBULO ES LA PARTE BLANDA Y FLEXIBLE DEL EXTREMO INFERIOR.

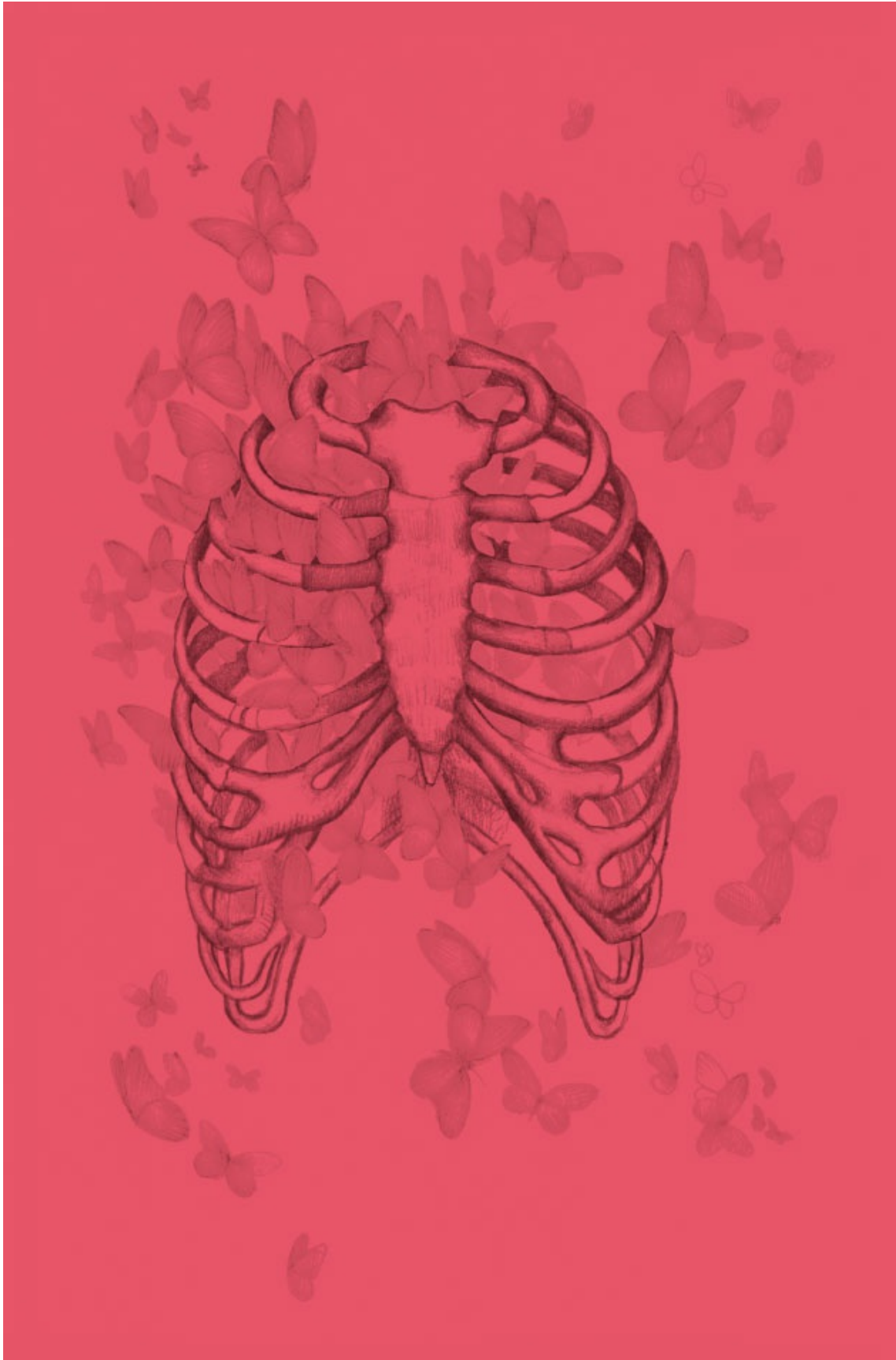
El sonido viaja a unos trescientos treinta y cinco metros por segundo, o sea, una quinta parte de milla. Y Louise está, quizá, a unas doscientas millas de aquí. Si grito ahora, me oirá dentro de unos diecisiete minutos. Tengo que dejar un margen de error para lo inesperado. Puede que esté buceando.

Llamo a Louise desde la puerta de la casa porque sé que no puede oírme. Aúllo a la luna por los campos. Los animales del zoo hacen lo mismo, esperando que otro de su especie les conteste. Por la noche, el zoo es el sitio más triste del mundo. Tras los barrotes, a salvo de la vivisección de las miradas, los animales gritan, especies separadas unas de otras, que conocen instintivamente el mapa de la pertenencia. Elegirían predador y presa en lugar de esa extravagante seguridad. Sus oídos, más finos que los de sus guardianes, perciben sonidos de coches y de cenas para llevar a última hora. Oyen todos los ruidos humanos de angustia. Lo que no oyen es el canturreo de la maleza o el chisporroteo del fuego. Los ruidos de la caza. El rugido del río tronando contra breves chillidos. Yerguen las orejas hasta transformarlas en puntas afiladas, pero los ruidos que buscan están demasiado lejos.

Ojalá pudiera volver a oír tu voz.







LA NARIZ: EL SENTIDO DEL OLFATO ESTÁ, POR LO GENERAL, MENOS DESARROLLADO EN LOS SERES HUMANOS QUE EN OTROS ANIMALES.

Aún huelo con fuerza los olores del cuerpo de mi amante. El olor a levadura de su sexo. El denso olorcillo de fermentación del pan que sube. Mi amante es una cocina donde se guisan perdices. Visitaré su acre guarida de techos bajos y me alimentaré de ella. Tres días sin lavarse y está a punto y caliente. Sus faldas se apartan de ella, su aroma es un aro en torno a sus caderas.

Ya antes de llegar a la puerta de la casa mi nariz empieza a moverse nerviosamente, puedo olerla cruzando la entrada y acercándose a mí. Es un perfumador de sándalo y lúpulo. Quiero destaparla. Quiero apretar la cabeza contra el muro abierto de sus ingles. Está firme y madura, un oscuro compuesto de alfalfa para el ganado y Madonnas del Incienso. Es incienso y mirra, penetrantes olores hermanos de la muerte y la fe.

Cuando sangra, los olores que conozco cambian de color. Durante esos días tiene hierro en el alma. Huele como un arma de fuego.

Mi amante está amartillada y lista para disparar. Lleva en la piel el olor de su presa. Me consume al estallar como una blanca nubecilla de humo oliendo a salitre. Al dispararme contra ella todo lo que quiero son las últimas espirales del deseo que van desde su base hasta lo que los médicos llaman los nervios olfativos.

PARA EL GUSTO HAY CUATRO SABORES FUNDAMENTALES: DULCE, AGRIO, AMARGO Y SALADO.

Mi amante es un olivo cuyas raíces crecen junto al mar. Su fruto es verde y picante. Mi deleite está en llegar al hueso. Su pequeño hueso, duro bajo la lengua. Su hueso envuelto en piel gruesa, vetado de sal.

¿Quién se come una aceituna sin antes perforar la piel? El momento esperado, el momento en que los dientes hacen que brote un chorro de pálido jugo que tiene dentro el peso de la tierra, las vicisitudes del clima, incluso el nombre del agricultor.

Tienes el sol en la boca. El estallido de una aceituna es el amanecer de un cielo despejado. Los días cálidos que traen las lluvias. Devorar el día en que la arena te quemaba las plantas de los pies, antes de que la tormenta hiciera surgir en tu piel una erupción de burbujas de lluvia.

Nuestro olivar particular está cargado de frutos. Como un gusano, me introduciré en ti hasta el hueso, el áspero hueso envuelto en piel.

EL OJO ESTÁ SITUADO EN LA CAVIDAD ORBITAL. SU FORMA ES PRÁCTICAMENTE ESFÉRICA Y MIDE EN TORNO A UNA PULGADA DE DIÁMETRO.

La luz viaja a ciento ochenta y seis mil millas por segundo. Cualquier cosa que entra en el campo de visión refleja luz en los ojos. Veo el color cuando un objeto refleja una longitud de onda lumínica y todas las demás longitudes de onda son absorbidas. Cada color tiene una longitud de onda diferente; la más larga es la de la luz roja.

¿Por eso la veo en todas partes? Vivo en una burbuja roja hecha del pelo de Louise. Es el atardecer del año, pero no es la caída del disco de luz lo que me retiene en las sombras del patio. Es el color lo que anhelo, inundaciones de ti, cayendo por los bordes del cielo sobre la tierra parda, sobre la piedra gris. Sobre mí.

A veces corro hacia el atardecer con los brazos abiertos como un espantapájaros, creyendo que puedo saltar desde el borde del mundo a ese horno al rojo y arder en ti. Quisiera arrojarme en las abrasadoras venas de ese cielo inyectado en sangre.

Todos los demás colores han sido absorbidos. Los apagados matices del día nunca penetran en mi cráneo ennegrecido. Vivo entre cuatro paredes desnudas como un anacoreta. Tú eras una habitación brillantemente iluminada y yo cerré la puerta. Eras un manto de muchos colores tirado entre la basura.

¿Me ves en este mundo mío empapado de sangre? Muchacha de ojos

verdes, de ojos separados y almendrados, ven en lenguas de fuego y devuélveme la vista.

Marzo. Elgin había prometido escribirme en marzo.

Contaba los días como quien está bajo arresto domiciliario. Hacía un frío cortante y los bosques estaban llenos de narcisos silvestres de color blanco. Intenté consolarme con las flores, con el brote constante de los árboles. ¿No me rozaría a mí también un poco de aquella nueva vida?

El bar, asimismo conocido como A Touch of Southern Comfort, había organizado unas fiestas de primavera para atraer de nuevo a los clientes cuyos saldos negativos todavía no se habían recuperado de las fiestas de Navidad. Para los que trabajábamos allí, eso significaba vestirnos con unas mallas verde lima y una corona de flores artificiales en la cabeza. Las bebidas tenían nombres primaverales: ponche de liebre de marzo, herrerillo azul, gin avena silvestre. Pidieras lo que pidieses, los ingredientes eran los mismos, salvo el licor base. Yo mezclaba coñac barato del que se usa en la cocina, whisky japonés, algo que recibía el nombre de ginebra y el inmundo jerez ocasional con zumo de pulpa de naranja, nata aguada, terrones de azúcar blanquilla y varios colorantes alimentarios. El resto de la copa se llenaba de soda y durante la hora feliz cobrábamos el módico precio de cinco libras por pareja (solo servíamos a parejas en Southern Comfort).

La dirección contrató a un pianista durante el mes de marzo y le dijo que tocara al ritmo que mejor le pareciera todas las canciones de Simon y Garfunkel. Por alguna razón, se estancó como un autista en «Bridge Over Troubled Water». Cuando llegaba al trabajo a las cinco de la tarde, me encontraba a la chica de plata navegando sobre las frases que cantaba una

llorosa muchedumbre de clientes ya achispados. Entre los exuberantes acordes y los dolidos trémolos de nuestros parroquianos, nosotros, los verdes primaverales, saltábamos de mesa en mesa dejando caer paquetes de pizza y jarras de consolación. Empecé a despreciar a mis semejantes.

Y seguía sin noticias de Elgin. Trabaja más, mezcla más cócteles, trasnocha, no duermas, no pienses. Me habría dado a la bebida si hubiera tenido a mano algo decente que beber.

—Me gustaría ver dónde vives.

Yo estaba detrás del mostrador con el ceño fruncido y haciendo bailar unas cuantas pintas de letal extra cuando Gail Right dejó bien claro que iría a casa conmigo. A las dos de la madrugada, cuando habíamos hecho caer de su empapado nido al último de nuestros pájaros nocturnos, echó el cerrojo y metió mi bicicleta en el maletero de su coche. En el casete tenía una cinta de Tammy Wynette.

—Me gusta tu reserva —dijo—. En el trabajo no la veo muy a menudo.

—¿Por qué diriges ese sitio?

—Algo tengo que hacer para vivir. No puedo depender del príncipe azul a mi edad. —Se echó a reír—. O con mis gustos.

Quédate con tu hombre, dijo Tammy, y que el mundo vea que lo amas.

—Estoy pensando en organizar un festival country and western este verano, ¿qué te parece? —Gail tomaba las curvas demasiado deprisa.

—¿Qué ropa tendremos que llevar?

Esta vez la risa fue más estridente.

—¿No te gustan esas bonitas mallas? Yo creo que te sientan de maravilla. —Pronunció la última palabra acentuando la i, de modo que sonaba menos como un cumplido y más como una caída en una sima abierta.

—Es muy amable por tu parte llevarme a casa —dije—. Si quieres, puedo invitarte a algo.

—Ooh, sí —dijo ella—. Ooh, sí.

Bajamos del coche bajo el cielo helado. Abrí la puerta con dedos helados y la invité a pasar con el corazón helado.

—Qué bien y qué calentito se está aquí —dijo, arrimándose a la estufa. Tenía un culo gigantesco. Me recordaba unos pantalones cortos que tenía un novio mío y en los que se leía: CRISTAL. MANEJAR CON CUIDADO.[1] La vi hacer un movimiento rápido y tirar una jarra en forma de inglés gordo.

—No te preocupes —dije—. Era demasiado gordo para la repisa de la chimenea.

Se acomodó en el tembloroso sillón y aceptó mi ofrecimiento de chocolate con un comentario malicioso sobre Casanova. Y yo que creía que era un hecho esotérico.

—No es verdad —dije—. El chocolate es un sedante estupendo. —Lo cual tampoco es cierto, pero pensé que Gail Right sería sensible a un poco de espíritu contra materia. Bostecé intencionadamente.

—Un día duro —dijo—. Un día duro. Me hace pensar en otras cosas. Cosas oscuras y excitantes.

Yo pensé en la melaza. ¿Cómo sería verse obligado a un revolcón con Gail Right?

Una vez tuve un novio que se llamaba Carlo y era una cosa oscura y excitante. Me obligó a depilarme todo el vello del cuerpo y él hizo lo mismo. Decía que eso aumentaría nuestra sensibilidad, pero lo que sentí es que estaba dentro de una colmena y no podía salir. Quería complacerlo, él olía a piñas y oporto, su largo cuerpo humedecido por la pasión. Duramos seis meses y luego Carlo conoció a Robert, que era más alto, más fuerte y más delgado que yo. Se intercambiaron las hojas de afeitar y me separaron de ellos de un solo tajo.

—¿En qué piensas? —preguntó Gail.



—En un viejo amor.

—Te gustan mayores, ¿eh? Eso está muy bien. Pues mira, la verdad es que yo no soy tan vieja, no cuando llegas a la tapicería.

Le dio una fuerte palmada al sillón y una nube de polvo se posó sobre su deteriorado maquillaje.

—Gail, más vale que te diga ahora que hay otra persona.

—Siempre hay otra persona —suspiró, y miró fijamente los tenebrosos grumos del chocolate como una pitonisa drogada—. ¿Alta, morena y guapa?

—Alta, pelirroja y bellísima.

—Entonces cuéntame un cuento para dormir —dijo Gail—. ¿Cómo es?

Louise, muchacha díptera nacida en llamas, treinta y cinco años. Medidas de 85-55-90. Diez años de matrimonio. Cinco meses conmigo. Doctora en historia del arte. Cabeza de primera clase. Un aborto natural (¿o dos?), cero hijos. Dos brazos, dos piernas, demasiados linfocitos. Y le quedan noventa y siete meses de vida.

—No llores —dijo Gail, arrodillándose delante de mi silla, poniendo su pesada mano cargada de anillos sobre mis manos delgadas y desnudas—. No llores. Hiciste lo que tenías que hacer. Ella habría muerto, ¿y cómo te lo habrías perdonado? Le has dado una oportunidad.

—Es incurable.

—Eso no es lo que dice su médico. Y puede confiar en él, ¿no?

No se lo había contado todo.

Me tocó la cara con mucha suavidad.

—Volverás a ser feliz. Tú y yo podríamos ser felices ¿no crees?

Las seis de la mañana en aquella cama doble, alquilada y combada, con Gail Right combándose a mi lado. Olía a polvos y putrefacción seca. Roncaba

ruidosamente y seguiría haciéndolo durante un buen rato, así que me levanté, cogí su coche y conduje hasta la cabina telefónica.

No habíamos hecho el amor. Pasé las manos por sus carnes acolchadas con todo el entusiasmo de un vendedor de sofás de segunda mano. Ella me dio unas palmaditas en la cabeza y se quedó dormida, y mejor así, porque mi cuerpo tenía la sensibilidad de un traje de hombre rana.

Puse el dinero en la ranura y escuché la señal de llamada mientras empañaba con el aliento la estéril cabina telefónica. El corazón me latía con rapidez. Una voz contestó, soñolienta, malhumorada.

—¿DIGA? ¿DIGA?

—Hola, Elgin.

—¿Sabes qué hora es?

—Temprano por la mañana después de otra noche de insomnio.

—¿Qué quieres?

—Lo que acordamos. ¿Cómo está?

—Louise está en Suiza. Ha estado muy enferma, pero ahora se encuentra mucho mejor. Hemos tenido buenos resultados. No volverá a Inglaterra de momento, si es que vuelve. No puedes verla.

—No quiero verla. —MENTIRA MENTIRA.

—Perfecto, porque desde luego ella no quiere verte a ti.

La comunicación se cortó. Me quedé un momento con el auricular en la mano, mirándolo de manera estúpida. Louise estaba bien, eso era lo único que importaba.

Subí al coche y recorrí las desiertas millas que me separaban de casa. Domingo por la mañana y ni un alma a la vista. Las habitaciones de los pisos superiores tenían las cortinas echadas, las casas que había junto a la carretera seguían durmiendo. Una zorra cruzó delante del coche con una gallina colgando sin vida en la boca. Tendría que ocuparme de Gail.

En casa solo se oían dos ruidos: el metálico tictac del reloj y los ronquidos de Gail. Cerré la puerta que daba a la escalera y me quedé a solas con el reloj. Las primeras horas de la mañana tienen un matiz diferente, se dilatan y prometen. Saqué mis libros e intenté trabajar. El ruso es el único idioma que se me da bien, y eso es una ayuda, puesto que no hay mucha gente compitiendo por los mismos trabajos. Los francófilos lo pasan fatal, todo el mundo quiere sentarse en la terraza de un café parisino y traducir la nueva edición de Proust. Yo no. Yo creía que un *tour de force* era una excursión escolar.

«Idiota», dijo Louise, fingiendo darme una bofetada.

Se levantó para hacer café y luego lo trajo, oliendo a sol y plantaciones. El aromático vapor nos caldeó las mejillas y me empañó las gafas. Ella dibujó un corazón en cada cristal. «Para que no veas a nadie más que a mí», dijo. Su pelo, rojo cinabrio; su cuerpo, todos los tesoros de Egipto. No habrá otro hallazgo como tú, Louise. No veré a nadie más.

Trabajé hasta que el reloj dio las doce y oí el estrépito de alguien que se esforzaba en levantarse en el piso de arriba. Gail Right se había despertado.

Me precipité sobre la tetera, previendo que haría falta un gesto de apaciguamiento. ¿Me protegería una taza de té? Alargué la mano hacia el earl grey, pero me decidí por el empire blend. El té que se atreve con todo. Un té para hombres. Un té con tanto tanino que los dibujantes lo usan como pigmento.

Ella estaba en el baño. Oí el ruido de picapedrero de las tuberías y luego el asalto al esmalte. A regañadientes, el depósito se vio obligado a separarse de hasta la última gota de agua caliente; resolló hasta el final y luego se detuvo con un horrible golpe metálico. Esperaba que no hubiera afectado al sedimento.

—Nunca haga nada que afecte al sedimento —había dicho el granjero cuando me enseñó la casa. Lo dijo como si el sedimento fuese una temible criatura que vivía bajo el agua caliente.

—¿Qué pasará si lo hago?

Sacudió la cabeza con aire de fatalidad.

—No puedo decirlo.

Seguro que quiso decir que no lo sabía, pero ¿tenía que hacerlo sonar como una antigua maldición?

Llamé a la puerta con el té de Gail.

—Sin timideces —gritó.

Forcé el duro pestillo y planté el té de un golpe seco sobre el costado de la bañera. El agua estaba marrón. Gail estaba rayada. Parecía un corte selecto de beicon entreverado. Tenía los ojos rojos y entrecerrados por culpa de la noche anterior. Tenía el pelo de punta como una bala de paja. Me estremecí.

—Hace frío, ¿verdad? —dijo—. Frótame la espalda, cielo, ¿quieres?

—Tengo que echar leña al fuego, Gail. No quiero que te enfríes.

Corrí escalera abajo y vaya si le eché más leña al fuego. De buena gana le habría echado leña a toda la casa y habría dejado que Gail se asara dentro. No eres muy amable, me dije. ¿Por qué te horroriza tanto una mujer cuyo único defecto es que le gustas y cuya única virtud es superar con mucho el tamaño natural?

Bam, bam, bam, bam, bam, bam, bam. Gail Right estaba al pie de la escalera. Me enderecé y esboqué una fugaz sonrisa.

—Hola, corazón —dijo, besándome con un ruido de ventosa—. ¿Tienes sándwiches de beicon?

Mientras Gail daba buena cuenta de los restos de Otoño Effie, el cerdo de la matanza anual del granjero, me dijo que me cambiaría el turno en el bar para que pudiéramos coincidir durante el trabajo.

—También te daré más dinero. —Se lamió la grasa del labio inferior y la que le había chorreado por el brazo.

—Prefiero seguir así. Me gustan las cosas como están.

—Lo tuyo es conmoción. Inténtalo a mi manera una temporadita. —Me lanzó una mirada impúdica sobre las migas de su desayuno—. ¿Es que anoche no te gustó tener en casa un poco de compañía? Esas manos tuyas llegaron a todas partes.

Sus manos tenían a Effie calzado entre las mandíbulas, como si temiera que el cerdo aún tuviese agallas para intentar escapar. Había frito el beicon y luego, antes de cerrar el sándwich, había empapado el pan en la grasa. Todavía le quedaba laca roja en las uñas, y algunos pedacitos habían ido a parar al pan.

—Me encantan los sándwiches de beicon —dijo—. Y tu manera de tocarme. Tan ágil y experta..., ¿tocas el piano?

—Sí —dijo con un tono de voz anormalmente agudo—. Discúlpame, por favor.

Llegué el retrete solo un segundo antes que el vómito. De rodillas, arriba la tapadera y abajo la cabeza, y a estucar la taza con gachas de avena. Me limpié la boca y me enjuagué con agua, escupiendo el ardor del fondo de la garganta. Si Louise recibía quimioterapia, quizá pasara por lo mismo todas las mañanas. Y yo no estaba con ella. «Recuerda que se trata de eso, se trata de eso —me dije—. Ese es el camino que seguirá mientras esté con Elgin.»

«¿Cómo lo sabes?», dijo la voz aflautada e incrédula que había llegado a temer tanto.

Me arrastré de vuelta a la sala y eché un trago de la botella de whisky. Gail se estaba maquillando con ayuda de un espejo de bolsillo.

—Espero que no sea un vicio —dijo, bizqueando bajo el lápiz de ojos.

—No me encuentro bien.

—No duermes lo suficiente, ese es tu problema. Te he oído a las seis de la mañana. ¿Adónde has ido?

—Tenía que llamar por teléfono.

Gail dejó el cepillo del rímel. En un costado decía que era un cepillo, pero más bien parecía una pica para guiar vacas.

—Tienes que olvidarla.

—Será como olvidarme.

—¿Qué hacemos hoy?

—Tengo que trabajar.

Gail me observó durante un momento y luego metió sus adminículos en la bolsa de vinilo.

—No te intereso, ¿verdad, cielo?

—No es eso, yo...

—Ya sé, crees que soy una mierda vieja y gorda que solo quiere un pedazo de algo firme y sabroso. Bueno, pues tienes razón. Pero yo haría mi parte del trabajo. Te cuidaría y sería una buena amiga y me ocuparía de que estés bien. No soy ni una gorróna ni una furcia. Soy una chica alegre con un cuerpo marchito. ¿Te digo una cosa, cielo? Las ganas no se pierden a la misma velocidad que el físico. Es un hecho cruel de la naturaleza. Sigues encaprichándote igual. Y eso es duro, pero a mí me quedan unas cuantas cosas. No me siento a la mesa con las manos vacías.

Se levantó y cogió sus llaves.

—Piensa en ello. Ya sabes dónde encontrarme.

Miré cómo se alejaba en el coche. A caballo entre la depresión y la vergüenza, volví a la cama, tiré la toalla y soñé con Louise.

Abril. Mayo. Seguí mis estudios de especialista en cáncer. Empezaron a llamarme el Demonio Necrófago de la UVI. Me daba igual. Visité a los pacientes, escuché sus historias, encontré a algunos que se recuperaron y me

senté con otros que murieron. Yo creía que todos los enfermos de cáncer tenían una familia unida y amante. Los manuales dicen que todos tienen que afrontarlo juntos. Que es casi una enfermedad familiar. Pero la verdad es que muchos pacientes de cáncer mueren solos.

—¿Qué quieres? —terminó por preguntarme una de las doctoras más jóvenes.

—Quiero saber cómo es. Quiero saber qué es.

Ella se encogió de hombros.

—Estás perdiendo el tiempo. la mayoría de los días creo que todos estamos perdiendo el tiempo.

—Entonces, ¿por qué se toman la molestia? ¿Por qué lo hace usted?

—¿Por qué? Esa es una pregunta para toda la humanidad, ¿no?

Se volvió para irse y luego se volvió otra vez, preocupada.

—¿Es que tienes cáncer?

—¡No!

Asintió.

—¿Sabes? A veces, la gente que acaba de recibir el diagnóstico quiere conocer el tratamiento desde dentro. Los médicos son muy paternalistas, incluso con los pacientes más inteligentes. Y algunos pacientes prefieren averiguar las cosas por sí mismos.

—¿Y qué averiguan?

—Lo poco que sabemos. Estamos a finales del siglo veinte ¿y cuáles son nuestras herramientas de trabajo? Cuchillos, sierras, agujas y productos químicos. No me interesa la medicina alternativa, pero comprendo por qué resulta atractiva.

—¿Y no debería interesarle cualquier posibilidad?

—¿Con un turno de ochenta horas?

Se fue. Cogí mi libro, *El tratamiento moderno del cáncer*, y regresé a casa.

Junio. El junio más seco que se recordaba. La tierra, que debería haberse mostrado en toda su gloria veraniega, estaba enflaquecida por falta de agua. Los brotes prometían, pero no crecían. El sol era un impostor. El sol que debería haber traído vida traía consigo muerte cada despiadada mañana.

Decidí ir a la iglesia. No porque anhelara la salvación ni buscara el consuelo de la cruz. Más bien quería el consuelo de la fe de los demás. Me gusta el anonimato entre la multitud que canta un himno, me gusta ser el extraño en la puerta que no tiene que preocuparse por los fondos para arreglar el tejado o por las fiestas de la cosecha. Antaño todo el mundo creía y era posible encontrar la fe en miles de diminutas iglesias a lo largo y ancho de las islas Británicas. Echo de menos las campanas del domingo resonando de pueblo en pueblo. El tamtam de Dios transmitiendo la buena nueva. Y era una buena nueva mientras la Iglesia era centro y significado. La Iglesia de Inglaterra, con su benevolente y tranquila preocupación, tenía muchísimo que ver con la vida del pueblo. El lento transcurso de las estaciones, el eco correspondiente en el *Libro de rezos*. Ritual y silencio. Áspera piedra y áspera tierra. Ahora es difícil encontrar una iglesia de cada cuatro que ejerza sus funciones durante todo el año, en lugar de una rápida comunión cada dos domingos y alguna actividad parroquial de vez en cuando.

La iglesia más cercana era un modelo en funcionamiento y no un museo, así que elegí el servicio vespertino y saqué brillo a mis zapatos. Tendría que haber previsto las pegas.

Algunas partes del edificio eran del siglo XIII, con reparaciones georgianas y victorianas. Era de esa piedra sólida que parece surgir orgánicamente de la misma tierra. Como si hubiera crecido en lugar de haber sido construida. Del color y la materia de la batalla. La batalla de labrarla y moldearla para Dios.



Era espesa y negra como la tierra y desafiante. A lo largo del arquitrabe del portal inferior había una pancarta que decía JESÚS TE AMA.

«Ponte a tono con los tiempos», me dije con cierta incomodidad.

Entré y caminé sobre el suelo irregular y frío, ese frío especial de las iglesias que ni las estufas ni los abrigos pueden erradicar. Tras el calor del día, era como la mano de Dios. Me deslicé en un oscuro banco con un árbol tallado en el brazo y busqué el misal. No había. Y entonces empezaron a sonar las panderetas. Eran panderetas de verdad, del tamaño de un tambor de bajos, adornadas con cintas como una vara de mayo y con la circunferencia tachonada como el collar de un perro pachón. Una bajó hacia mí por la nave lateral y se agitó junto a mi oreja.

—Alabad al Señor —dijo su dueño, tratando desesperadamente de mantenerla bajo control—. Tenemos otra oveja.

Entonces toda la congregación, excepto yo, entonó una melodía hecha de textos bíblicos y gritos sueltos a los que alguien había puesto música con gran liberalidad. El magnífico órgano de tubos estaba cerrado y polvoriento, teníamos un acordeón y dos guitarras. Tenía unas ganas locas de irme, pero delante de la puerta había un fornido y sonriente granjero que tenía aspecto de poder ponerse desagradable si salía corriendo antes de la colecta.

—Jesús te vencerá —gritó el pastor. (¿Dios el campeón de lucha libre?)

—Jesús conseguirá de ti lo que desea! —(¿Dios el violador?)

—¡La fuerza de Jesús crece cada día! —(¿Dios el culturista?)

—Entrégate a Jesús y él te lo devolverá con intereses.

No me importa aceptar las muchas caras de Dios, pero seguro que si Dios existe no es una Sociedad Inmobiliaria.

Una vez tuve un novio que se llamaba Bruno. Tras cuarenta años de Mammón y vida disoluta encontró a Jesús debajo de un armario. A decir verdad, el armario había minado lentamente la resistencia de sus pulmones

durante unas cuatro horas. Trabajaba en mudanzas y se había peleado con un ropero victoriano de doble puerta. La clase de armario en que vivía la gente pobre. Al final lo rescataron los bomberos, aunque él siempre defendió que el Señor en persona hizo levitar el roble. Poco después de eso me llevó a la iglesia y me ofreció una gráfica descripción de cómo Jesús había salido del ropero para salvarlo. «Salió del ropero y entró en tu corazón», desvarió el pastor.

Nunca volví a ver a Bruno; me regaló su moto como gesto de renuncia y rogó para que me condujese a Dios. Por desgracia, reventó en las afueras de Brighton.

Un par de manos desgarraron este inocente ensueño, agarraron las mías y las golpearon una contra otra como si fueran címbalos. Me di cuenta de que tenía que batir palmas siguiendo el compás y recordé otro consejo de mi abuela: «Cuando estés en la selva, aúlla como los lobos». Me planté en la cara una sonrisa de plástico propia de un camarero de McDonald's y fingí que estaba pasando un buen rato. No estaba pasando un mal rato, no estaba pasando ningún rato. No me extraña que digan que Jesús llena un vacío, como si los seres humanos fueran termos. Aquel era el lugar más vacío en que había estado en mi vida. Puede que Dios sea compasivo, pero debe de tener un poco de buen gusto.

Como sospechaba, el granjero campeón de sumo estaba a cargo de la colecta, así que en cuanto recogió mi torcida moneda de veinte peniques, salí huyendo. Hui hacia los campos abiertos donde las ovejas seguían pastando como lo habían hecho durante diez siglos. Hui hacia el estanque donde se alimentaban las libélulas. Hui hasta que la iglesia fue un punto contra el cielo. Si rezar era una buena idea había que hacerlo allí, con la espalda apoyada en un muro de piedra seca y los pies sobre la espesa tierra. Había rezado por Louise todos los días desde diciembre. No sabía muy bien a quién rezaba, ni

siquiera por qué. Pero quería que alguien cuidara de ella. Que fuese a verla y la consolara. Que fuera el viento refrescante y el profundo manantial. Quería que la protegieran, y habría puesto a hervir calderas con tritones rellenos si hubiese tenido la esperanza de que serviría de algo. En cuanto a los rezos, lo cierto es que me ayudaban e concentrarme. A pensar en Louise sin más, ni como amante ni como pérdida. Me ayudaban a olvidarme de mí, y eso era una gran bendición. «Has cometido un error», dijo la voz. Ahora no era una voz aflautada y furtiva, sino una voz fuerte y amable, y la oía cada vez con mayor claridad. La oí como si hablase en voz alta, y empecé a pensar que tal vez había perdido la chaveta. ¿Qué clase de gente oye voces? Juana de Arco, sí, pero ¿y todos los demás, los tristes o los siniestros que quieren cambiar el mundo al son de una pandereta?

No había tenido noticias de Elgin ese mes, aunque le había escrito tres veces y le había telefoneado a todas las horas del día, lógicas o intempestivas. Supuse que estaría en Suiza, pero ¿y si Louise se estaba muriendo? ¿Me lo diría? ¿Me dejaría verla otra vez? Sacudí la cabeza. Eso sería un error. Convertiría todo lo que estaba pasando en un sinsentido. Louise no se estaba muriendo, estaba a salvo en Suiza. Estaba de pie junto a la cascada de un torrente con una larga falda verde. El agua resbalaba por su pelo y su pecho, la falda era transparente. Miré con más atención. Su cuerpo era transparente. Vi el curso de la sangre, los ventrículos del corazón, los huesos de sus piernas largos como colmillos. La sangre estaba limpia y era roja como las rosas del verano. Ella estaba fragante y en flor. No hay sequía. No hay dolor. Si Louise está bien, yo estoy bien.

Hoy he encontrado un pelo suyo en una de mis chaquetas. La hebra dorada reflejaba la luz. Me la he enrollado en torno a los dedos y la he estirado. Así tenía casi dos pies de largo. ¿Es este el hilo que me ata a ti?

Ni los terapeutas ni los libros que hablan de la pérdida de un ser querido te dicen lo que sentirás cuando encuentres, inesperadamente, parte de tu amado. Lo sensato es asegurarse de no convertir la casa en un mausoleo, y guardar solo las cosas que te traen buenos recuerdos. He leído libros que hablan de la muerte porque, por un lado, mi separación de Louise es definitiva y, por otro, porque sabía que ella moriría y yo tendría que enfrentarme a esa segunda pérdida, quizá justo cuando empezara a curarme un poco de la primera. Quería aguantarlo. Aunque sentía que mi vida se había partido en dos, aún deseaba la vida. Nunca he pensado que el suicidio fuera un remedio contra la infelicidad.

Hace algunos años, una amiga mía murió en un accidente en la carretera. Las dieciséis ruedas de un camión monstruoso la aplastaron junto con su bicicleta.

Cuando me recobré mínimamente de su muerte, empecé a verla por la calle, siempre fugaz, delante de mí, dándome la espalda, desapareciendo entre la multitud. Me han dicho que esto es muy corriente. Todavía la veo, aunque con menos frecuencia, y todavía, durante un segundo, creo que es ella. De vez en cuando he encontrado algo suyo entre mis cosas. Siempre algo trivial. Una vez abrí un viejo cuaderno de notas y un pedacito de papel cayó al suelo, como nuevo, con la tinta brillante. Lo había dejado en mi mesa de la Biblioteca Británica hacia cinco años. Era una invitación para tomar café a las cuatro. Me pondré la chaqueta e iré a buscarte al atestado café y estarás allí hoy, ¿verdad? ¿Verdad?

«Lo superarás...» La causa de los problemas son los clichés. Perder a alguien a quien amas es alterar tu vida para siempre. Y no lo superas, porque «lo» es la persona que amas. El dolor acaba, llega gente nueva, pero la grieta nunca se cierra. ¿Cómo va a cerrarse? La individualidad de alguien que importaba tanto como para llorarle no se vuelve anodina con la muerte. Este

vacío en mi corazón tiene tu forma, y nadie más puede llenarlo. ¿Por qué iba a querer que alguien lo llenara?

En los últimos tiempos he pensado mucho sobre la muerte, su finalidad, una discusión que se interrumpe a medias. Uno de nosotros no había terminado, ¿por qué el otro se ha ido? ¿Y por qué se ha ido sin avisar? Incluso la muerte tras una larga enfermedad llega sin avisar. El momento para el que te has preparado con tanto cuidado te pilla por sorpresa. La tropa entra por la ventana, roba el cuerpo y el cuerpo ha desaparecido. El martes pasado, hace un año, estabas aquí, y ahora no estás. ¿Por qué no? La muerte nos reduce a la lógica perpleja de los niños. Si ayer sí, ¿por qué no hoy? ¿Y dónde estás?

Criaturas frágiles de un pequeño planeta azul, rodeadas por años luz de espacio silencioso. ¿Encuentran paz los muertos más allá del estrépito del mundo? ¿Qué paz hay para nosotros, junto a quienes nuestro amor no puede volver siquiera por un día? Miro a la puerta y creo que voy a verte en el umbral. Sé que es tu voz la que oigo en el pasillo pero cuando corro afuera el pasillo está vacío. Yo no puedo hacer nada para cambiar las cosas. Tú dijiste la última palabra.

El aleteo en el estómago desaparece, y también el dolor sordo y despierto. A veces pienso en ti y siento vértigo. Los recuerdos me aturden, como si me hubiera emborrachado con champán. Todas las cosas que hicimos. Y si alguien hubiera dicho que este era el precio, habría accedido a pagarlo. Eso me sorprende; que con la herida y la confusión venga el relámpago de esta idea. Valía la pena. El amor vale la pena.

Agosto. Nada que contar. Por primera vez desde que dejé a Louise, caí en una depresión. Los meses anteriores habían estado llenos de violenta desesperación, amortiguados por la conmoción. Casi había caído en la locura,

si locura es estar en los márgenes del mundo real. En agosto me encontraba mal y sentí un gran vacío. Me había espabilado, encarando lo que había hecho. Ya no era presa de una borrachera de dolor. Cuerpo y mente saben esquivar lo que está demasiado inflamado para tocarlo. Igual que la víctima de quemaduras alcanza una meseta de dolor, quien sufre emocionalmente se da cuenta de que la aflicción es un mirador privilegiado desde donde vigilarse durante una temporada. Yo no tenía ya ese distanciamiento. Se me habían agotado la energía maníaca y también las lágrimas. Caía en sueños pesados y me despertaba sin haber descansado. Si me dolía el corazón, no era capaz de llorar. Solo sentía el peso de mi pecado. Le había fallado a Louise y era demasiado tarde.

¿Qué derecho tenía yo a decidir cómo debía vivir ella? ¿Qué derecho tenía yo a decidir cómo debía morir?

En A Touch of Southern Comfort era el mes del country & western. También era el cumpleaños de Gail. Era Leo, lo cual no resultaba sorprendente. La noche en cuestión, más calurosa que el infierno y ruidosa más allá de los decibelios, lo estábamos celebrando a los pies de Howlin' Dog House Don. O HD<sup>2</sup>, como a él le gustaba que lo llamaran. Si hubiera necesitado una peluca, podría haberse hecho una con los flecos de su chaqueta. Y la necesitaba, pero creía que su tupé invisible era exactamente eso. Sus pantalones eran tan estrechos que habrían estrangulado a una comadreja. Cuando dejaba de cantar en el micrófono, lo acunaba contra la entrepierna. En el culo llevaba un letrero que decía PROHIBIDO EL PASO.

—Qué cachas —dijo Gail, y se tronchó con su propio chiste.

HD<sup>2</sup> era todo un éxito. A las mujeres les encantaba que les tirase pañuelitos de papel rojo que sacaba del bolsillo superior, y que gruñese las notas bajas con la voz ronca de Elvis. A los hombres no parecía importarles

las bromas de su trasero. Se sentó sobre los talones y graznó «¿Quién es el chico más guapo?», mientras las mujeres fondeaban en otra ginebra con lima.

—La semana que viene haré una noche solo para chicas —dijo Gail—. Striptease.

—Creí que esto era country and western.

—Y lo es. Se pondrá un pañuelo rojo con lunares blancos.

—¿Y qué hay del plátano? Desde aquí no parece gran cosa.

—La gente no busca el tamaño, sino el cachondeo.

Miré al escenario. Howlin' Dog House Don se había apartado el micrófono del cuerpo todo lo que le daba el brazo y canturreaba «¿De verdad eres tú uu?».

—Ve preparándote —dijo Gail—. Cuando acabe esta, harán cola en el mostrador más deprisa que una excursión de monjas delante de la santa cruz.

Había llenado una palangana de Dolly Parton on Ice, el especial del mes. Empecé a alinear las copas y los diminutos pechos de plástico que hacían las veces de sombrillas de cóctel.

—Ven a cenar conmigo cuando salgamos —dijo Gail—. Sin compromiso. Termina a las doce, y te dejaré salir entonces si te apetece.

Y así fue como acabé delante de unos espaguetis a la carbonara en Magic Pete's.

Gail estaba borracha. Estaba tan borracha que cuando una pestaña postiza se le cayó en la sopa le dijo al camarero que era un ciempiés.

—Tengo algo que decirte, cielo —dijo inclinándose hacia mí como un guardián del zoo cuando le da un pescado a un pingüino—. ¿Quieres oírlo?

No había otra cosa que hacer. Magic Pete's era un bar que permanecía abierto toda la noche, con pocos entretenimientos y mucho alcohol. Tenía que

elegir entre la revelación de Gail y cincuenta peniques para la gramola. No tenía cincuenta peniques.

—Has cometido un error.

En el país de los dibujos animados, ese es el momento en que una sierra atraviesa el suelo y corta un círculo perfecto en torno a la silla de Bugs Bunny. ¿Qué quería decir con «Has cometido un error»?

—Si te refieres a ti y a mí, Gail, no podía...

Me interrumpió.

—Me refiero a ti y a Louise.

Casi no podía hablar. Tenía la boca apoyada en la mano y el codo apoyado en la mesa. No paraba de intentar cogerme la mano y de resbalarse dentro de la cubitera de hielo.

—No deberías haberla plantado.

¿Plantarla? Eso no sonaba como la heroica hazaña que yo tenía en mente. ¿No me había sacrificado por ella? ¿No había ofrecido mi vida a cambio de la suya?

—No era una niña.

Sí que lo era. Mi niña. Mi chiquilla. La cosita tierna que yo quería proteger.

—No le diste la menor oportunidad para que ella dijera qué quería. Te fuiste.

Tenía que irme. Habría muerto por mí. ¿No era mejor para mí vivir una vida a medias por ella?

—¿Qué pasa? —dijo arrastrando las palabras—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

El gato no, el gusano de la duda. ¿Quién creo que soy? ¿Sir Lancelot? Louise es una belleza prerrafaelita, pero eso no me convierte en un caballero medieval. Y, aun así, deseaba con desesperación tener razón.



Salimos tambaleándonos de Magic Pete's, hacia el coche de Gail. Yo estaba bien, pero sostener a Gail haría tambalearse a cualquiera. Era como la gelatina sobrante de una fiesta infantil. Decidió que venía a casa conmigo aunque yo tuviera que dormir en el sillón. Milla tras milla, repasó mis errores. Empecé a desear haber hecho lo que quería hacer al principio y no haberle contado toda la historia. Ahora no había forma humana de detenerla. Era como un camión de tres toneladas cuesta abajo.

—Cielo, si hay algo que no soporto es un héroe sin causa. La gente así inventa problemas para poder resolverlos.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—Pienso que eres rematadamente idiota. A lo mejor no la querías.

Eso me hizo dar un volantazo tan violento que la caja con la edición especial de cintas de Tammy Wynette resbaló junto al parabrisas trasero y decapitó al perrito que meneaba la cabeza. Gail vomitó sobre su blusa.

—Tu problema —dijo, limpiándose— es que quieres vivir dentro de una novela.

—Tonterías. Nunca leo novelas. Excepto las rusas.

—Son las peores. Esto no es *Guerra y paz*, cielo, es Yorkshire.

—Estás borracha.

—Sí, señor; lo estoy. Tengo cincuenta y tres años y estoy tan furiosa como un galés con un puerro en el culo. Cincuenta y tres. Esa vieja basura de Gail. ¿Qué derecho tiene ella a meter la nariz en tu brillante armadura? ¿No es eso lo que estás pensando, cielo? Puede que no me parezca mucho a un mensajero de los dioses, pero tu chica no es la única que tiene alas. Yo tengo un par de mi propiedad aquí debajo. —Se palmeó las axilas—. He volado un poquito y he cosechado algunas cosas y voy a darte una completamente gratis. No plantas a la mujer que amas. Sobre todo no la plantas pensando que

es por su propio bien. —Hipó con violencia y se salpicó la falda de almejas medio digeridas. Le di mi pañuelo. Al final dijo—: Más vale que vayas a buscarla.

—No puedo.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo. Di mi palabra. Aunque me equivocara, ya es demasiado tarde. ¿Tú querrías verme si me hubiera largado dejándote con un hombre al que desprecias?

—Sí —dijo Gail, y se desmayó.

A la mañana siguiente cogí el tren a Londres. El calor que entraba por la ventanilla del vagón me dio sueño y eché unas cabezadas hasta que oí la voz de Louise como si estuviera bajo el agua. Estaba bajo el agua. Estábamos en Oxford y ella se bañaba en el río, verde sobre lustre, el lustre perlado de su cuerpo. Nos tumbamos en la hierba abrasada por el sol, hierba convertida en heno, hierba quebradiza sobre barro cocido, lanzas de hierba dejándonos la espalda llena de verdugones. El cielo era azul como los ojos de un niño, ni un parpadeo de nubes, una mirada fija, y qué sonrisa. Un cielo de antes de la guerra. Antes de la Primera Guerra Mundial había días y días así; largos prados ingleses, zumbido de insectos, inocencia y cielo azul. Granjeros venteando el heno, mujeres con delantal llevando jarras de limonada. Los veranos eran cálidos, los inviernos nevados. Una historia bonita.

Y aquí estoy yo, inventando mis propios recuerdos de los buenos tiempos. Cuando estaba con ella el tiempo era mejor, los días eran más largos. Incluso la lluvia era cálida. Eso es, ¿no? ¿Recuerdas cuando...? Veo a Louise sentada con las piernas cruzadas bajo el ciruelo en el jardín de Oxford. Las ciruelas parecen cabezas de áspid en su pelo. Todavía lo tiene mojado del baño en el río, y se le enrosca en torno a las ciruelas. Sobre su pelo cobrizo, las hojas

verdes parecen empañadas. Nuestra Señora del Cardenillo. Louise es una de las pocas mujeres que seguirían siendo hermosas si enmohecieran.

Ese día me preguntó si le sería fiel y yo le contesté «Con todo mi corazón». ¿Le había sido fiel?

*¡Que a matrimonio de alma y alma verdadera  
no haya impedimentos! No es amor  
que al encontrar alteraciones él se altera  
o se agacha a cavar con el demoledor.*

*Oh, no, él es hito fijo que por siempre dura  
mirando a la borrasca que a sus pies se estrella;  
es para toda errante barca la alta estrella,  
cuyo valor se ignora, aunque toméis su altura.*

En mi niñez me encantaba este soneto. Creía que la barquilla errante era un perro pequeño, como en el *Retrato del artista como perro joven*, de Dylan Thomas.

He sido una barquilla errante de ignorado valor, pero creía ser un barco seguro para Louise. Y entonces la tiré por la borda.

—¿Me serás fiel?

—Con todo mi corazón.

Cogí su mano y la metí debajo de mi camiseta. Ella me cogió el pezón y lo apretó entre el índice y el pulgar.

—¿Y con toda tu carne?

—Me haces daño, Louise.

La pasión no es bien educada. Sus dedos dieron en el blanco. Ella me

habría atado con cuerdas a su cuerpo para que yaciéramos cara contra cara, sin poder movernos salvo sobre el otro cuerpo, sin poder tocar nada salvo el otro cuerpo. Ella nos habría despojado de todos los sentidos salvo del tacto y el olfato. Consumaríamos infinitamente nuestra pasión en un mundo ciego, sordo y mudo. Terminar sería empezar de nuevo. Solo ella, solo yo. Ella era celosa, pero yo también lo era. Ella era brutal con el amor, igual que yo. Teníamos paciencia como para contarnos mutuamente los pelos de la cabeza, pero éramos demasiado impacientes para desnudarnos. Ni ella ni yo teníamos la sartén por el mango, teníamos heridas similares. Era mi hermana gemela y la perdí. La piel es a prueba de agua, pero mi piel no era a prueba de Louise. Me había inundado y no se había retirado. Sigo vadeando en ella, se estrella contra mis puertas y amenaza mi más íntima seguridad. No tengo una góndola en la puerta y la marea sigue subiendo. Nada, no tengas miedo. Tengo miedo.

¿Es esta su venganza? «Nunca dejaré que te vayas.»

Fui directamente a mi piso. No esperaba encontrar allí a Louise pero había señales de su paso, algunas prendas de ropa, libros, el café que le gustaba. Olfateé el café y descubrí que no estaba allí desde hacía tiempo, los granos se encontraban rancios y ella nunca lo hubiese permitido. Cogí uno de sus jerséis y enterré la cara en él. Su perfume, muy leve.

Me alegraba de modo extraño de estar en mi propia casa. ¿Por qué los seres humanos son tan contradictorios? Era el lugar de la angustia y la separación, un lugar de duelo, pero con el sol entrando por las ventanas y el jardín lleno de rosas sentí nuevas esperanzas. Allí también habíamos sido felices, y un poco de esa felicidad había empapado las paredes y modelado los muebles.

Decidí hacer limpieza. Ya otras veces he comprobado que el incesante

trabajo doméstico calma esa jaula de ratas que es la cabeza. Tenía que dejar de preocuparme y de especular el tiempo suficiente para preparar un plan sensato. Necesitaba paz, y la paz no es algo que me haya sido dado conocer.

Mientras limpiaba encontré unas cartas del hospital dirigidas a Louise, en las que había solicitado una segunda opinión. Según las cartas, puesto que Louise aún no tenía síntomas, no debía someterse a ningún tratamiento. Existía cierta hinchazón de los ganglios linfáticos, pero había permanecido estable durante los últimos seis meses. El médico consultado aconsejaba controles regulares y una vida normal. Las tres cartas estaban fechadas después de mi marcha. También había un documento muy impresionante de Elgin, recordándole a Louise que había estudiado su caso durante dos años y que, en su humilde opinión («Louise, permíteme recordarte que soy yo, y no el señor Rand, el mejor cualificado para tomar decisiones en este incierto cambio»), necesitaba tratamiento. La dirección de la clínica de Suiza encabezaba la carta.

Llamé por teléfono. La recepcionista no quería hablar conmigo. No había pacientes en la clínica. No, no podía hablar con el señor Rosenthal.

Empecé a preguntarme si la recepcionista tendría algo que ver con Inge.

—¿Puedo hablar con la señora Rosenthal? —Cómo odiaba tener que decir eso.

—La señora Rosenthal ya no está aquí.

—¿Puedo hablar con el médico entonces?

—El señor Rosenthal —dijo subrayando mi paso en falso— tampoco está aquí.

—¿Lo esperan en algún momento?

No podía decirlo. Colgué el teléfono de un golpe y me senté en el suelo.

De acuerdo. No había más remedio. La madre de Louise.

La madre y la abuela de Louise vivían juntas en Chelsea. Se consideraban

aristócratas australianas, es decir, descendientes de convictos. Tenían una casa pequeña, que antes había sido caballeriza, desde cuyos pisos superiores se podía ver el asta de la bandera del palacio de Buckingham. La abuela se pasaba todo el día en los pisos de arriba, tomando nota de cuándo la reina estaba o no estaba en la residencia. A veces hacía un alto para tirarse la comida encima. Tenía buen pulso, pero le gustaba tirar cosas. Le daba trabajo a su hija. A Louise le gustaba bastante su abuela. Con un pequeño giro dickensiano, la llamaba el Viejo Guisante, y guisantes eran lo que la anciana tiraba más a menudo. Su único comentario sobre la separación de Louise había sido «Llévate el dinero».

Su madre era más complicada y se preocupaba, de modo muy poco aristocrático, por lo que la gente pudiera decir. Cuando anuncié en el interfono quién era yo, se negó a dejarme entrar.

—No sé dónde está, y no es asunto tuyo.

—Señora Fox, por favor, abra la puerta, por favor.

Se hizo un silencio. La casa de un inglés es su castillo, pero una caballeriza australiana es cosa hecha. Golpeé la puerta con los puños y grité el nombre de la señora Fox tan fuerte como pude. Justo enfrente, dos cabecitas repeinadas asomaron en la ventana como Punch y Judy en su teatrillo de marionetas. La puerta se abrió de par en par. No era la señora Fox, sino el Viejo Guisante en persona.

—¿Crees que estás cazando canguros o algo así?

—Estoy buscando a Louise.

—No te atrevas o cruzar esa puerta. —La señora Fox había aparecido.

—Kitty, si no dejas entrar a este tipo australiano, la gente creerá que tenemos chinches o que nos van a embargar. —El Guisante me miró con suspicacia—. Pareces del Departamento de Desinfección.

—Madre, en Inglaterra no hay Departamento de Desinfección.

—¿No? Eso explica un montón de olores.

—Por favor, señora Fox, es solo un momento.

La señora Fox retrocedió a regañadientes y yo di un paso sobre el felpudo.

Cuando apenas había rebasado el umbral una pulgada, la señora Fox cerró la puerta y me impidió seguir avanzando. La tapadera del buzón se me clavaba en la espalda.

—Suéltalo.

—Estoy buscando a Louise. ¿Cuándo la vio por última vez?

—Jo, jo —se rió el Guisante golpeando el suelo con su bastón—. No me cantes el «Waltzing Matilda». ¿Qué te importa a ti? La abandonaste, ¿no? Pues ahora lárgate.

—Estoy encantada de que mi hija ya no tenga nada que ver contigo —dijo la señora Fox—. Rompiste su matrimonio.

—Eso no me molesta —dijo la abuela.

—¿Te quieres callar, madre? Elgin es un gran hombre.

—¿Desde cuándo? Siempre has dicho que era una ratita.

—Yo nunca he dicho que fuera una ratita. Dije que era más bien bajito y que por desgracia se parecía a, bueno, a una...

—¡Rata! —chilló el Guisante golpeando la puerta con el bastón justo encima de mi cabeza. Tendría que haber lanzado cuchillos en un circo.

—Señora Fox, cometí un error. Nunca tendría que haber dejado a Louise. Creí que era por su bien. Creía que Elgin podría ayudarla a recuperarse. Quiero encontrarla y cuidarla.

—Es demasiado tarde —dijo la señora Fox—. Me dijo que no quería volver a verte.

—Lo ha pasado peor que un sapo en una autopista —dijo el Guisante.

—Ve a sentarte, madre, estás cansada —dijo la señora Fox, apoyándose en la barandilla—. Yo me encargo de esto.

—Es la cosa más bonita que hay a este lado de Brisbane y mira cómo la han tratado. ¿Sabes? Louise es la viva imagen de cuando yo era joven. Yo tenía entonces una figura estupenda.

Era difícil imaginar al Guisante con cualquier figura. Era como el dibujo infantil de un hombre de nieve, dos círculos puestos uno encima del otro. Por primera vez me fijé en su pelo: los rizos serpentinos recogidos hacia arriba, una masa animada y en movimiento que escapaba de las apretadas cintas igual que el pelo de Louise. Louise me había dicho que el Guisante había sido la indiscutible Reina de la Belleza de Australia Occidental. En los años veinte había recibido más de cien proposiciones de matrimonio: de banqueros, exploradores, hombres de ciudad que desplegaban mapas de la nueva Australia que iban a construir y decían: «Querida mía, todo esto será tuyo cuando seas mía». El Guisante se casó con un granjero que criaba ovejas y tuvo seis hijos. Su vecino más cercano estaba a un día a caballo. De pronto la vi con un traje hasta el suelo, los brazos en jarras, el polvoriento camino desapareciendo en la línea recta del horizonte. Nada que no fuese recto, y la barra del cielo midiendo la distancia.

—¿Qué estás mirando?

Meneé la cabeza.

—Señora Fox, ¿tiene la menor idea de adónde ha ido Louise?

—Sé que no está en Londres, eso es todo. Quizá en el extranjero.

—Le sacó al médico una buena tajada. Lo dejó más flaco que una cochinilla en una fábrica de plásticos. Je, je, je.

—Madre, ¿quieres callarte? —La señora Fox se volvió hacia mí—. Creo que es mejor que te vayas. No puedo ayudarte.

Abrió la puerta y los vecinos cerraron la suya.

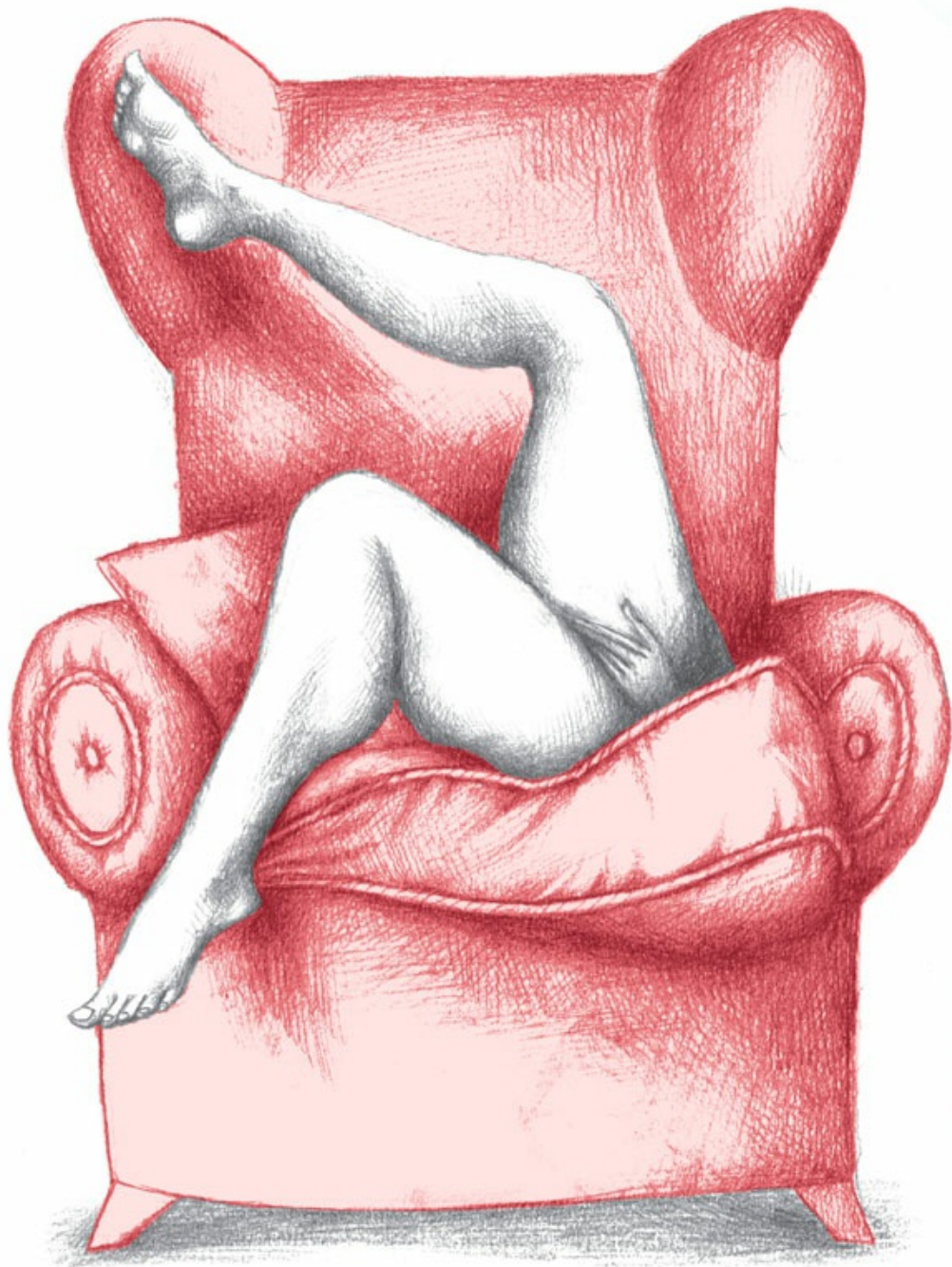
—¿Qué te dije? —exclamó el Guisante—. Hemos perdido la buena reputación.

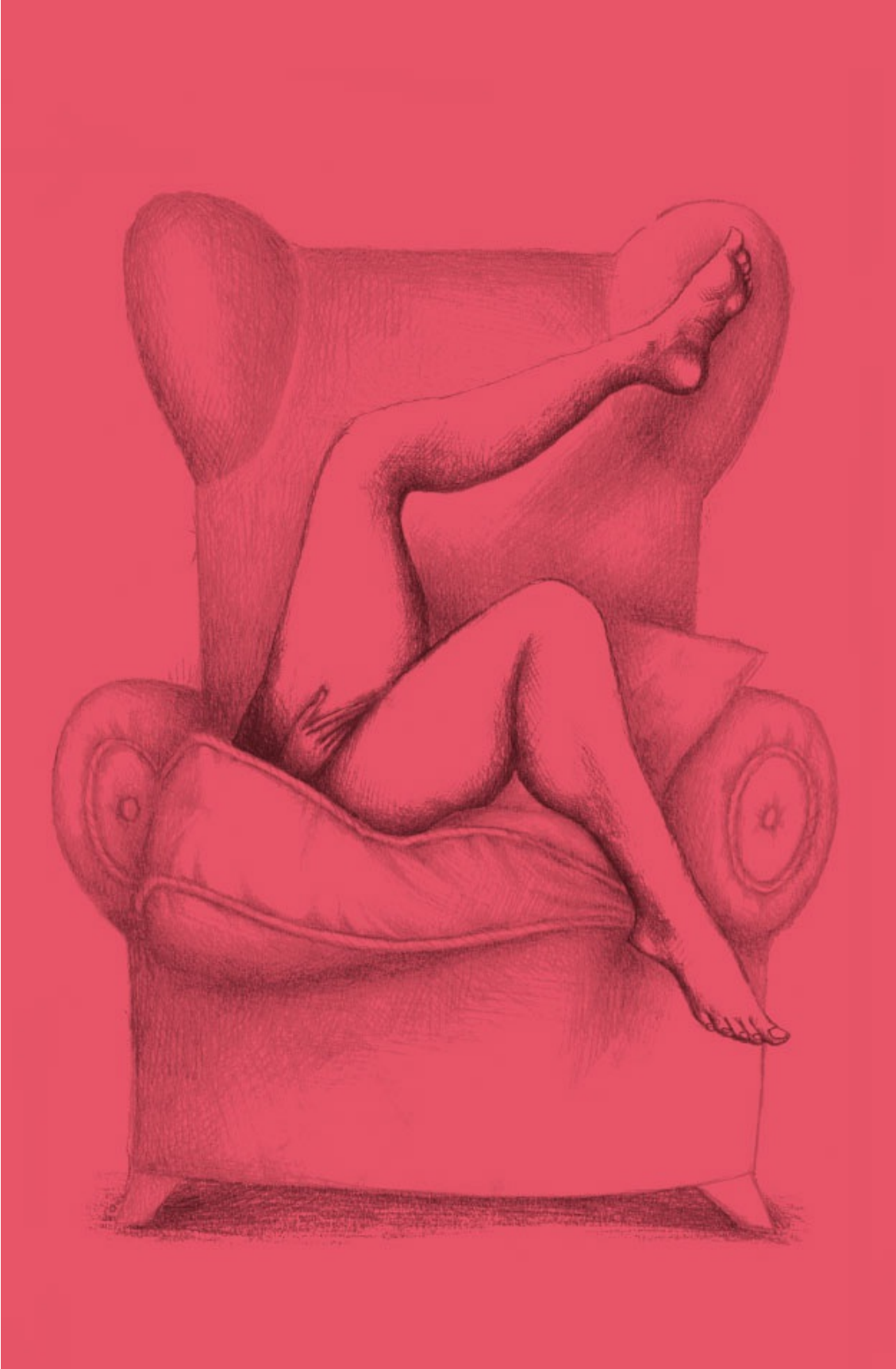


Se volvió con cara de asco y batió el pasillo con el bastón.

—Supongo que sabes que este año iban a condecorar a Elgin. Y no lo hicieron por culpa de Louise.

—No sea ridícula —dije—. Eso no tiene nada que ver con el matrimonio.





—Entonces, ¿por qué no lo hicieron? —Cerró de un portazo y la oí llorar en la entrada. ¿Era por haber perdido la oportunidad de acercarse a los buenos e importantes, o era por su hija?

Tarde. Parejas por las calles sudorosas cogidas de la mano. En la ventana de un primer piso, un grupo de reggae con mucho ensayo por delante. Los restaurantes intentaban poner de moda el estilo terraza al aire libre, pero una silla de mimbre en una calle sucia con los autobuses rechinando al pasar no es Venecia. Miré cómo el viento empujaba la basura entre las pizzas y las garrafas de rafia. Un camarero zorruno se arregló la pajarita en el espejo de la cajera, le dio a esta una palmada en el culo, se colocó una pastilla de menta en la lengua roja y se acercó contoneándose a un grupo de chicas menores de edad que bebían Campari con soda. «¿Las señoras desean comer algo?»

Subí al primer autobús que pasó, sin fijarme en el trayecto. ¿Qué más daba, si no iba a acercarme a Louise? La ciudad supuraba. El conductor no quería abrir las puertas con el autobús en marcha. El aire olía a hamburguesas y patatas fritas. Había una mujer gorda con un vestido de nailon sin mangas sentada con las piernas abiertas y abanicándose con un zapato.

—¡ABRE LAS PUERTAS, CABRÓN! —gritó.

—Vete a la mierda —dijo el conductor sin volver la cabeza—. ¿No has leído el letrero? ¿Es que no sabes leer?

El letrero decía NO DISTRAER AL CONDUCTOR CON EL AUTOBÚS EN MARCHA. En ese momento estábamos atrapados en un atasco sin avanzar una pulgada.

Mientras subía la temperatura, el hombre que se sentaba enfrente de mí echó mano de su teléfono móvil. Como todos los usuarios de teléfonos móviles, no tenía nada urgente que decir, solo quería decirlo. Nos miró para ver si todos lo estábamos mirando. Cuando por fin dijo: «Vale, buenas noches, Kev, chico», le pregunté muy cortésmente si podía usar su teléfono

un momento y le ofrecí una libra. No le hacía gracia separarse de una parte tan esencial de su hombría, pero accedió a marcar el número por mí y a sujetar el teléfono contra mi oreja. Tras sonar inútilmente unas cuantas veces, dijo: «No están», se metió la libra en el bolsillo y se volvió a colgar el tesoro de una cadena de bulldog en torno al cuello. En casa de Louise no contestaba nadie. Decidí comprobarlo en persona.

Encontré un taxi que me llevó cruzando el denso calor del día que agonizaba y doblamos la esquina de la plaza en el mismo momento en que el BMW de Elgin se acercaba al bordillo. Salió él y le abrió la puerta del pasajero a una mujer. Lucía un trajecito monísimo de ejecutivo, un maquillaje perfecto y un peinado como un faro que se yergue inmóvil y nunca se estremece bajo las tempestades. Llevaba una pequeña bolsa de viaje, Elgin una maleta, y ambos reían. Él la besó y buscó las llaves.

—¿Sale o no? —preguntó mi taxista.

Yo intentaba dominarme. Pulsé el timbre de la puerta respirando hondo. Calma Calma Calma.

La chica sensacional abrió la puerta. Sonreí de oreja a oreja y entré rodeándola. Elgin estaba de espaldas a mí.

—Querido... —empezó ella.

—Hola, Elgin.

Se volvió hacia mí. Creí que la gente no hacía eso en la vida real, solo en las películas policíacas más retorcidas. Elgin se movió como Fred Astaire y se colocó entre la chica sensacional y yo. No sé por qué.

—Ve a preparar un poco de té, querida, por favor —dijo, y allá que fue ella.

—¿Le pagas para ser tan obediente o es amor?

—Te dije que nunca volvieras aquí.

—Me dijiste muchísimas cosas a las que no tendría que haber hecho el

menor caso. ¿Dónde está Louise?

Durante una décima de segundo, la cara de Elgin reflejó genuina sorpresa. Creía que yo lo sabía. Miré la entrada. Había una mesa nueva con las patas curvadas, un trasto repugnante de madera de arce con marquetería de cobre. No había duda de que venía de una de esas tiendas donde los muebles no llevan etiquetas con el precio, pero el precio estaba escrito a todo lo largo y ancho del mueble. Era la clase de mesa de entrada que los decoradores compran para los clientes árabes. Junto a ella había un radiador. Louise no estaba allí desde hacía tiempo.

—Deja que te enseñe la salida —dijo Elgin.

Lo agarré por la corbata y lo empujé contra la puerta. Nunca he tomado lecciones de boxeo, así que tuve que pegar por instinto y encajarle la tráquea en la laringe. Pareció funcionar. Lo malo es que no podía hablar.

—Vas a decirme qué ha pasado, ¿verdad? —Apreté la corbata un poco más y vi sus ojos a punto de salirse de las órbitas.

La chica sensacional volvió tropezando por la escalera con dos tazas. Dos tazas. Qué maleducada. Se detuvo en seco como un actor histriónico y luego chilló: «SUELTA A MI NOVIO». Me dio tal susto que lo solté. Elgin me pegó un puñetazo en el estómago y me lanzó sin aliento contra la pared. Resbalé hasta el suelo dando grititos de foca. Elgin me dio una patada en la espinilla, pero de eso no me percaté hasta más tarde. Solo veía los lustrosos zapatos de él y las sandalias de charol de ella. Vomité. Mientras me acurrucaba contra el ajedrez blanco y negro del suelo de mármol como un extra en un cuadro de Vermeer, Elgin dijo tan pomposamente como podía hacerlo un hombre medio estrangulado: «Pues sí, Louise y yo estamos divorciados». Yo seguía tosiendo y escupiendo sándwich de queso y tomate, pero con esfuerzo me puse de pie con toda la gracia de un viejo vagabundo

borracho, me limpié la boca con la mano y me sequé el dorso manchado contra la chaqueta de Elgin.

—Dios, eres repugnante —dijo la chica sensacional—. Dios.

—¿Quieres que te cuente un cuento para dormir? —le pregunté—. ¿Todo lo que hay que saber sobre Elgin y su mujer Louise? Ah, ¿y sobre mí también?

—Querida, ve al coche y llama a la policía, ¿quieres? —Elgin abrió la puerta y la chica sensacional se escabulló. Incluso en mi espantoso estado, aquello me pilló de improviso.

—¿Por qué tiene que llamar desde el coche? ¿Quieres presumir?

—Mi novia está llamando desde el coche por su propia seguridad.

—¿No porque hay algo que no quieres que oiga?

Elgin esbozó una sonrisa que daba pena, las sonrisas nunca le habían salido muy bien, en general la boca se le movía en la cara.

—Creo que es hora de que te vayas.

Miré al coche. La chica sensacional tenía el teléfono en una mano y el manual de instrucciones en las rodillas.

—Creo que aún tenemos unos minutos, Elgin. ¿Dónde está Louise?

—Ni lo sé ni me importa.

—Eso no es lo que dijiste en Navidad.

—El año pasado creí que podía hacer que entrara en razón. Me equivocaba.

—No tendría nada que ver con la condecoración, ¿verdad?

No esperaba que reaccionase, pero sus pálidas mejillas se pusieron rojas como las de un payaso. Me empujó con brusquedad escalera abajo.

—Ya está bien, fuera.

Se me despejó la cabeza y durante un breve instante, como Sansón, recuperé las fuerzas. Aguanté de pie en los escalones, bajo la línea de

flotación de su envidia. Recordé la mañana en que nos desafió en la cocina. Quería que nos sintiésemos culpables, que nos fuéramos de allí arrastrándonos, quería arruinarnos el placer con su decoro de adulto. Y, en cambio, Louise lo había abandonado. El acto definitivo de egoísmo: una mujer que piensa primero en sí misma.

Sentí la locura de un potro. Locura de placer por la huida de Louise. Pensé en ella haciendo las maletas, cerrando la puerta, abandonándolo para siempre. Era libre. ¿Eres tú aquella que vuela sobre los campos con el viento bajo las alas? ¿Por qué no confié en ti? ¿Acaso soy mejor que Elgin? Nos pusiste en ridículo, a él y a mí, y te alejaste de un salto. La trampa no se cerró sobre ti. Se cerró sobre nosotros.

La locura de un potro. Domar a Elgin. Aquí se va a desbordar lo que siento: no sobre Louise en forma de manantiales de agradecimiento, sino sobre él, en forma de torrentes sulfúricos.

Elgin empezó a moverse hacia la chica sensacional, agitando los brazos como en un extravagante lenguaje de banderas, un muñeco ridículo con las llaves de un coche de lujo.

—Elgin, tú eres médico, ¿no? Entonces sabrás que los médicos adivinan el tamaño del corazón por el tamaño del puño. Aquí está el mío.

Vi la mirada absolutamente atónita de Elgin mientras mis puños, unidos en una oración impía, se alzaban como una ofrenda hacia su mandíbula. Impacto. Cabeza disparada hacia atrás, horrible crujido de picados de carne. Elgin sangrando a mis pies en posición fetal. Haciendo ruiditos de cerdo en el comedero. No está muerto. ¿Por qué no? Si es tan fácil que se muera Louise, ¿por qué es tan difícil que Elgin haga lo mismo?

La rabia me abandonó. Le puse la cabeza en una posición más cómoda, y cogí un cojín de la entrada. Mientras le levantaba la cabeza se le cayó un diente. De oro. Coloqué sus gafas en la mesa de la entrada, bajé despacio los



escalones y me dirigí hacia el coche. La chica sensacional estaba medio dentro medio fuera, con la boca aleteando como una mariposa nocturna. «Dios. Dios, oh, Dios mío, Dios.» Como si la repetición pudiera conseguir lo que la fe no lograba.

El teléfono colgaba inútilmente del cable en torno a su muñeca. Oí la voz entre chasquidos del operador: «Bomberos, Policía, Ambulancia. ¿Qué servicio necesita? Bomberos, Policía, Ambulancia. ¿Qué...» Cogí el teléfono con cuidado. «Ambulancia. El 52 de Nightingale Square, NW3.»

Cuando llegué a mi casa era de noche. Tenía la muñeca derecha muy hinchada y cojeaba. Puse hielo en un par de bolsas de plástico y me las até con cinta adhesiva en torno a los miembros lastimados. Lo único que quería era dormir, y dormí sobre las sábanas sin cambiar, llenas de polvo. Dormí durante veinte horas, y luego cogí un taxi hasta el hospital y pasé casi el mismo tiempo en el Departamento de Pacientes Externos del hospital. Me había roto un hueso de la muñeca.

Con el brazo enyesado hasta el codo hice una lista de todos los hospitales que tenían unidad de cáncer. Ninguno había oído hablar de Louise Rosenthal o Louise Fox. No estaba en tratamiento en ninguna parte. Hablé con su especialista, que se negó a decirme nada, excepto que en ese momento no la estaba asesorando. Los amigos de Louise que yo conocía no la habían visto desde que había desaparecido de repente en mayo. Probé con su abogado para el divorcio. Ya no tenía una dirección de contacto. Con muchísimo esfuerzo, la convencí de que me diera la dirección que había usado durante el caso.

—¿Sabe que esto va contra la ética?

—¿Sabe quién soy yo?

—Sí. Y por eso hago una excepción.

Desapareció para hurgar entre los archivos. Yo tenía la boca seca.

—Aquí está: 41a, Dragon Street, NW1.

Era la dirección de mi casa.

Me quedé seis semanas en Londres, hasta principios de octubre. Me había resignado a la idea de los cargos que Elgin presentaría contra mí por haberle hecho quién sabe qué. Pero no presentó ninguno. Fui a su casa y la encontré cerrada. Por motivos que solo él conocía, no volvería a tener noticias de Elgin. ¿Y qué motivos serían cuando podía vengarse de mí, probablemente con una sentencia de arresto? Me horroriza pensar en aquella locura, siempre he tenido una vena salvaje, empieza con un latido en la sien y luego me deslizo hacia una locura que reconozco pero no puedo controlar. O sí. La había controlado durante años, hasta que conocí a Louise. Ella reveló los lugares oscuros, igual que los luminosos. Ese es el riesgo que corres. No podía pedirle disculpas a Elgin, porque no lo lamentaba. No lo lamentaba, pero sentía vergüenza, ¿suena raro?

Por la noche, la parte más oscura de la noche, cuando la luna está baja y el sol no ha salido, me desperté con la certeza de que Louise se había ido para morir sola. Me temblaron las manos. Yo no quería eso. Prefería mi otra realidad; Louise a salvo en algún sitio, olvidando a Elgin y olvidándome casi. Quizá con otra persona. Esa era la parte del sueño de la que intenté despertar. Y, sin embargo, era mejor que el dolor de su muerte. Mi equilibrio, o lo que quedaba de él, dependía de su felicidad. Tenía que creerme aquella historia. Me la conté todos los días y la acuné contra mi pecho todas las noches. Era mi consuelo. Construí distintas casas para ella, planté sus jardines. Estaba en el extranjero, al sol. Estaba en Italia comiendo mejillones junto al mar. Tenía una villa blanca que se reflejaba en el lago. No estaba enferma y abandonada en alguna habitación de alquiler con las cortinas casi transparentes. Estaba bien. Louise estaba bien.

Un rápido declive tras la remisión es característico del cuerpo enfermo de leucemia. La remisión puede lograrse por radioterapia o quimioterapia o simplemente ocurre, nadie sabe por qué. Ningún médico puede predecir con exactitud si la enfermedad se estabilizará ni por cuánto tiempo. Eso puede decirse de todos los cánceres. El cuerpo baila consigo mismo.

La progenie de la célula enferma deja de dividirse o el ritmo disminuye de manera radical, el crecimiento del tumor se detiene. Puede que el paciente deje de sufrir dolores. Si la remisión llega pronto en la prognosis, antes de que los efectos tóxicos del tratamiento hayan apaleado el cuerpo hasta lograr una nueva y completa sumisión, puede que el paciente se sienta bien. Por desgracia, es bastante probable que el precio de unos pocos meses más de vida, o de unos pocos años, sea la pérdida del cabello, la decoloración de la piel, el enfriamiento crónico, la fiebre y las alteraciones neurológicas. Esa la apuesta.

El problema es la metástasis. El cáncer tiene una propiedad única: puede viajar desde el lugar de origen hasta los tejidos más distantes. Por lo general, es la metástasis la que mata al paciente, y la biología de la metástasis lo que los médicos no entienden. No están preparados para entenderla. La idea que un médico tiene del cuerpo es una serie de pedazos que hay que aislar y tratar según sea necesario; que el cuerpo enfermo actúe como un todo es un concepto desconcertante. La medicina holística es para curanderos y chiflados, ¿no? No importa. Haz rodar el carrito de las drogas, bombardea el campo de batalla, intenta aplicar la radiación directamente sobre el tumor. ¿No funciona? Saca palancas, sierras, cuchillos y agujas. ¿El bazo del tamaño de una pelota de fútbol? Medidas desesperadas para enfermedades desesperadas. Sobre todo porque la metástasis suele producirse antes de que el paciente vea a un médico. No les gusta decírtelo, pero si el cáncer ya está

avanzado, tratar el problema obvio, ya sea pulmón, pecho, piel, intestino o sangre, no altera la prognosis.

Hoy he ido al cementerio y he caminado entre las tumbas, pensando en los muertos. La familiar calavera y los huesos cruzados de las tumbas más antiguas me pesaban con su inquietante alegría. ¿Por qué esas cabezas sonrientes despojadas de todo lo humano parecen tan satisfechas? Que las calaveras sonrían resulta repugnante para los que llegan con flores oscuras y caras serias de duelo. Esta es tierra de duelo, un lugar de silencio y aflicción. Para nosotros, con abrigo y bajo la lluvia, la combinación de cielo gris y tumbas grises resulta opresiva. Así acabaremos todos, pero no pensemos en eso. Mientras el cuerpo sea sólido y resista ese viento afilado como un cuchillo, no pensemos en la profundidad del barro ni en la paciente hiedra cuyas raíces consiguen dar con nosotros.

Seis hombres con abrigos largos y bufandas blancas llevaban el cuerpo a la tumba. Aunque llamarla tumba en ese momento sería dignificarla. En un jardín sería una zanja para una nueva esparraguera. Se llena de estiércol y se coloca la planta. Un agujero optimista. Pero esta no es la zanja de una esparraguera, sino el último lugar de descanso de los fallecidos. Mirad el ataúd. Es de roble macizo, no de contrachapado. Las asas son de bronce, no de acero lacado. El forro interior es de pura seda rellena de esponja marina. La seda natural se pudre con gran elegancia. Rodea el cuerpo de airosos jirones. Los forros acrílicos, baratos y populares, no se descomponen. Es como si te enterraran dentro de un calcetín de nailon. Aquí el bricolaje no ha tenido éxito. Hay algo macabro en hacerse el propio ataúd. Puedes comprar piezas de madera para hacer barcos, casas, muebles de jardín, pero no ataúdes. Aunque si llevaran los agujeros taladrados y bien alineados, no creo

que se produjeran desastres. ¿No sería el gesto más afectuoso que se pueda tener con el amado?

En el funeral de hoy se amontonan las flores; pálidos lirios, rosas blancas y ramas de sauce llorón. Siempre se empieza bien y luego llega la apatía y los tulipanes de plástico en una botella de leche. La alternativa es un jarrón imitando porcelana de Wedgwood junto a la lápida, llueva o haga sol, y en lo alto un ramillete silvestre comprado en la cadena Woolworth.

Me pregunto si se me escapa algo. Quizá lo semejante se atrae y por eso las flores están marchitas. Quizá ya están marchitas cuando las ponen. Quizá la gente cree que en un cementerio las cosas deben estar muertas. Hay cierta lógica en la idea. Quizá es de mala educación ensuciar todo el lugar con la floreciente belleza del verano y el esplendor del otoño. Para mí preferiría una berberis roja contra una losa de mármol de color crema.

Pero volvamos al agujero, como todos haremos. Seis pies de longitud, seis pies de profundidad y dos pies de ancho es lo corriente, aunque se admiten variaciones a petición del cliente. El agujero es un gran nivelador, porque por mucha fantasía que le metan dentro, por fin ricos y pobres ocupan el mismo lugar. Aire rodeado de barro. El Galípoli básico, como dicen los del oficio.

El agujero lleva su trabajo. Dicen que eso es algo que el público no aprecia. Es un trabajo anticuado y largo, y tiene que llevarse a cabo hiele o granice. Cavar mientras el cieno te empapa las botas. Apoyarse en la pared para tomarse un respiro y calarse hasta los huesos. En el siglo XIX, los enterradores morían con frecuencia por culpa de la humedad. En aquellos tiempos, cavar la propia tumba no era una frase retórica.

Para los que se quedan, el agujero es un lugar espantoso. Un abismo de vértigo y pérdida. Es la última vez que estás junto a la persona que amas y tienes que abandonarla en una oscura sima donde los gusanos emprenderán su tarea.

Para la mayoría, la imagen del cadáver justo antes de que cierren la tapa dura toda la vida, y eclipsa otros recuerdos más agradables. Antes de bajar el cuerpo, como dicen en el depósito, hay que lavarlo, desinfectarlo, drenarlo, tamponarlo y maquillarlo. No hace tantos años estas faenas se hacían en casa, pero entonces no eran faenas, sino actos de amor. ¿Qué haríais vosotros? ¿Dejar el cuerpo en manos de extraños? El cuerpo que ha yacido a tu lado en la salud y en la enfermedad. El cuerpo que aún ansían tus brazos, muerto o no. Cada músculo te era familiar, conocías secretamente el movimiento de los párpados durante el sueño. Este es el cuerpo donde está escrito tu nombre, pasando a manos de extraños.

Tu amada ha descendido a una tierra lejana. La llamas, pero tu amada no oye. La llamas en los campos y los valles, pero tu amada no responde. El cielo está mudo y cerrado, no hay nadie en él. La tierra es dura y seca. Tu amada no volverá por ese camino. Quizá solo os separa un velo. Tu amada espera en las colinas. Ten paciencia y ve con pies ligeros abandonando tu cuerpo como si fuera un rollo de escritura.

Me alejé del funeral y subí hacia la parte privada del cementerio. Habían dejado que creciera salvaje. La hiedra ceñía ángeles y biblias abiertas. La maleza estaba viva. Las ardillas que saltaban entre las tumbas y el mirlo que cantaba en un árbol no estaban interesados en la mortalidad. A ellos les bastaban los gusanos, las nueces y el amanecer.

«Amada esposa de John.» «Hija única de Andrew y Kate.» «Aquí yace alguien que amó sin prudencia pero demasiado bien.» Ceniza a las cenizas, polvo al polvo.

Bajo los acebos, dos hombres cavaban una fosa con rítmica determinación. Uno se tocó la gorra al verme pasar y me sentí parte de un fraude el recibir una simpatía que no me correspondía. En el día que agonizaba, el sonido de la pala y las voces bajas de los hombres me parecían alegres. Ellos volverían

a casa, se tomarían una taza de té y se lavarían. Era absurdo que la ronda de la vida fuese, incluso aquí, tan alentadora.

Miré el reloj. Pronto sería la hora de cierre. Debía irme, no por miedo, sino por respeto. El sol, poniéndose tras las hileras de abedules, llenaba el sendero de sombras alargadas. Las inflexibles lápidas reflejaban la luz y esta doraba las letras profundamente grabadas, brillaba a lo largo de las trompetas de los ángeles. La tierra bullía de luz. No el amarillo ocre de la primavera, sino el grávido carmín del otoño. La estación de la sangre. Ya estaban disparando en el bosque.

Apresuré el paso. Perversamente, quería quedarme. ¿Qué hacen los muertos de noche? ¿Avanzan sonriendo al viento que silba entre sus costillas? ¿Qué les importa el frío? Me soplé las manos y llegué a la verja cuando el guarda nocturno estaba echando la pesada cadena con su candado. ¿Me estaba encerrando fuera, o encerrándolos a ellos dentro? Me guiñó un ojo como un conspirador y se dio unas palmaditas en la ingle, de donde colgaba una linterna eléctrica de dieciocho pulgadas de longitud.

—Nada se me escapa —dijo.

Corrí por la carretera hasta el café, un sitio agradable de tipo europeo pero más caro y de horario más corto. Solía verte aquí antes de que dejases a Elgin. Solíamos venir después de hacer el amor. Siempre tenías hambre en esas ocasiones. Decías que no querías comer nada que no fuera yo, así que era un bonito gesto de tu parte condescender a un sándwich tostado. Perdón, un croque monsieur según el menú.

Hasta hoy, había evitado escrupulosamente nuestros viejos sitios favoritos..., ese es el consejo que dan los libros sobre la pérdida. Hasta hoy había tenido la esperanza de encontrarte o, más modestamente, de saber cómo estabas. Nunca imaginé que sería Casandra acosada por los sueños. Todo me

atormenta. El gusano de la duda anida desde hace tiempo en mis entrañas. Ya no sé en qué confiar, qué está bien. Mi gusano es un macabro consuelo. Los gusanos que te comerán me están comiendo primero a mí. Tú no sentirás la embotada cabeza socavando los desplomados tejidos. No sabrás de la ciega insistencia que se burla del tendón, el músculo, el cartílago, hasta que da con el hueso. Hasta que el mismo hueso cede. Tengo ya tan poca sustancia que un perro callejero podría roerme.

La puerta del cementerio lleva hasta aquí, hasta este café. Hay un alivio inconsciente en sentir cómo resbala el café ardiendo por una garganta viva. Que los trasgos y los esqueletos ensangrentados, las cabezas descarnadas y los profanadores de tumbas nos molesten si pueden. Aquí hay luz y calor, humo y solidez. Decidí probar el café, por masoquismo, por costumbre, por esperanza. Pensé que quizá me consolara, aunque me di cuenta del poco consuelo que dan las cosas familiares. ¿Cómo se atreven a seguir igual cuando tantas cosas que importaban han cambiado? ¿Por qué tu jersey huele insensatamente a ti, por qué conserva tu forma si no estás tú para ponértelo? No quiero que las cosas me recuerden a ti, te quiero a ti. He pensado en irme de Londres, en volver a la ridícula casita de campo durante una temporada. ¿Por qué no? Empezar desde cero, ¿no es otro de esos útiles clichés?

Octubre. ¿Para qué quedarme? No hay nada peor que estar en un sitio abarrotado si te sientes solo. La ciudad siempre está abarrotada. Desde que estoy aquí, con un café y un calvados, la puerta se ha abierto once veces, dejando paso a un chico o una chica que se sientan con un chico o una chica con un café y un calvados. Tras el alto mostrador de cristal y cobre, los camareros, con largos delantales, bromean entre sí. Suena música soul, todo el mundo está ocupado, contento o, según parece, es decididamente desgraciado. Esos dos un poco más allá, él pensativo, ella agitada. Las cosas no van bien, pero por lo menos hablan. Soy la única persona que está sola en



este café, y antes me encantaba estar a solas. Eso era cuando disfrutaba del lujo de saber que poco después alguien empujaría la pesada puerta, buscándome. Recuerdo esos días en que llegaba a la cita una hora antes para beber algo y leer un libro. Casi lo sentía cuando llegaba el momento y la puerta se abría y tenía que levantarme y darte un beso en la mejilla y frotarte las manos heladas. La soledad era el placer de andar por la nieve con un grueso abrigo. ¿Quién querría andar desnudo por la nieve?

Pagué y me fui. Aquí en la calle, andando con paso resuelto, da la impresión de que tengo algún sitio adonde ir. Hay luz en mi casa y tú estarás allí, como acordamos, gracias a tu llave. No tengo que darme prisa, disfruto de la noche y del frío en las mejillas. El verano se ha ido, bienvenido sea el frío. Hoy he hecho la compra, y tú dijiste que harías la cena. Llamaré e iré a por el vino. Saber que estás ahí me da confianza para moverme con soltura. Me esperas. Hay un continuum. Hay libertad. Podemos ser cometas y sostenernos mutuamente las cuerdas. No es necesario que nos preocupemos de si el viento es demasiado fuerte.

Aquí estoy, delante de mi casa. Las luces están apagadas. Las habitaciones están frías. No volverás. De todos modos voy a sentarme en el suelo, junto a la puerta, a escribirte una carta con mi dirección para dejártela aquí por la mañana, cuando me vaya. Si la recibes, por favor contesta, te veré en el café y estarás allí, ¿verdad? ¿Verdad?

Tras el rugido del Intercity, el lento vaivén del tren de ramal secundario. Ahora British Railways me llama «usuario», pero prefiero mi antiguo apelativo, «pasajero». ¿No creéis que «eché una ojeada a los demás pasajeros» suena más romántico y prometedor que «eché una ojeada a los demás usuarios del tren»? Los usuarios compran queso, esponjas y condones. Puede que los pasajeros lleven todas esas cosas en la maleta, pero no son sus

compras lo que los hace interesantes. Un pasajero puede ser una aventura. Lo único que tengo en común con un usuario es la cartera.

En la estación principal, corrí dejando atrás el estruendo del altavoz y el letrero de retrasos. Detrás de la consigna había una vía estrecha, la única que había antes en esa estación. Hace años, los edificios estaban pintados de color borgoña y la sala de espera tenía una chimenea de verdad y un ejemplar del periódico de la mañana. Si le preguntabas la hora al jefe de estación, sacaba un enorme Hunter de oro del bolsillo del chaleco y lo consultaba como un griego en Delfos. Y te daba la respuesta como si fuera una verdad eterna, aunque ya perteneciese al pasado. Yo era muy joven cuando pasaban esas cosas, lo bastante joven para cobijarme bajo la panza del jefe de estación mientras mi padre lo miraba directamente a los ojos. Demasiado joven para que nadie esperase que yo también dijera la verdad.

Ahora la vía está condenada a muerte, y puede que la ejecuten el año que viene. No hay sala de espera, ningún sitio donde resguardarse de las ráfagas de viento o del azote de la lluvia. Es un andén moderno.

El tren llegó silbando, se estremeció hasta detenerse y eructó. Estaba sucio, tenía cuatro vagones y ni señal del jefe de tren o del revisor. Ni del conductor, salvo por un ejemplar doblado del *Sun* junto a la ventanilla del maquinista. Dentro, el olor cálido de los frenos y el denso olor del aceite se unían al suelo sin barrer para provocar la familiar náusea de ferrocarril. Me sentí de inmediato como en casa, y me senté para contemplar la escena a través de una evocativa película de polvo.

En el vacío, todos los fotones viajan a la misma velocidad. Van más despacio cuando viajan a través del aire, del agua o del cristal. Y las velocidades de los fotones de distinta energía disminuyen de forma diferente. Si Tolstói lo hubiera sabido, ¿se habría dado cuenta de la terrible falsedad que hay al principio de *Anna Karenina*? Dice: «Todas las familias felices se

parecen; cada familia desgraciada es desgraciada a su modo y manera particulares». De hecho, es al revés. La felicidad es algo específico. La desdicha es una generalización. Normalmente, la gente sabe con toda exactitud por qué es feliz. Pero muy raras veces sabe por qué es desgraciada.

La desdicha es un vacío. Un espacio sin aire, un lugar muerto y sofocado, la morada de los desgraciados. La desdicha es un bloque de pisos, habitaciones como jaulas en serie, siéntate en tus propios desechos, acuéstate en tu propia inmundicia. La desdicha es una calle de dirección única donde no se puede girar ni a la izquierda ni a la derecha. Bajas por ella empujado por los que vienen detrás, tropezando con los que van delante. Bajas por ella a enorme velocidad, aunque los días están momificados, fundidos en plomo. Una vez empiezas ocurre muy deprisa, el mundo real no te ofrece anclas para detenerte, nada a lo que puedas agarrarte. La desdicha arranca los frenos de la vida y te suelta en mitad de una caída libre. Sea cual sea tu infierno particular, en Desdicha encontrarás millones como el tuyo. Es la ciudad donde las pesadillas de cada cual se hacen realidad.

En el vagón del tren, tras la protección del grueso cristal, me siento dentro de una cómoda prisión, fuera del alcance de la responsabilidad. Sé que estoy huyendo, pero mi corazón se ha convertido en una zona estéril donde no puede crecer nada. No quiero enfrentarme a los hechos, rehacerme, quitármelo de encima. En el vacío, seco lecho de mi corazón, estoy aprendiendo a vivir sin oxígeno. Quizá llegue a gustarme, por masoquismo. Me he hundido demasiado para tomar decisiones, y eso trae consigo cierta libertad aturdida. Andando por la Luna no hay gravedad. Hay almas muertas en filas uniformes, trajes espaciales demasiado abultados para el tacto, cascos demasiado gruesos para el habla. Millones de desgraciados moviéndose a la vez y sin esperanzas. No hay reloj en Desdicha, solo un interminable tictac.

El tren sufre un retraso y estamos sentados en medio de un desmonte, con

el crujido del periódico de la tarde y las cansinas conmociones del motor por única compañía. Nada se entrometerá en este escenario pasivo y abandonado. He puesto los pies sobre la manchada tapicería. El hombre que está dos asientos más allá ronca en pleno sueño. No podemos salir y no podemos seguir. ¿Qué importa? ¿Por qué no acomodarse en el aire viciado y recalentado? EN CASO DE EMERGENCIA ROMPER EL CRISTAL. Esto es una emergencia, pero no puedo alzar el brazo lo suficiente para romperlo. No tengo fuerzas para hacer sonar la alarma. Quiero ponerme de pie, fuerte y en toda mi estatura, saltar por la ventana, sacudirme las esquirlas de cristal de la manga y decir: «Eso fue ayer, esto es hoy». Quiero aceptar lo que he hecho y olvidarlo. No puedo olvidarlo porque tal vez Louise esté todavía al otro extremo de la cuerda.

La estación del pueblo es pequeña y lleva directamente a un sendero a través de los campos sembrados de trigo de invierno. Tampoco aquí hay revisor, solo una bombilla de cuarenta vatios y un letrero que dice SALIDA. Agradezco una pequeña guía.

El sendero está cubierto de carbonilla, y a cada paso suena un agudo crujido bajo los zapatos. Unos zapatos que se llenarán de manchas de carbón y copos de ceniza blanca, pero eso es mejor que el barro en una noche de lluvia. Esta noche no llueve. Hay un cielo limpio y sereno, sin una sola nube, solo estrellas y una luna ebria columpiándose sobre la espalda. Hay una hilera de fresnos junto a la valla que te lleva lejos de las cosas hechas por el hombre, al corazón del campo donde la tierra no es buena para nada salvo para las ovejas. Oigo a las invisibles ovejas rumiando sobre montecillos de hierba espesa como pelaje. Cuidado, sigue andando por la derecha, hay un hoyo.

Podría haber cogido un taxi esa noche en lugar de caminar seis millas sin

linterna. Fue la bofetada del frío, la sacudida en los pulmones lo que me empujó por el sendero de carbonilla, alejándome del pub y de la cabina telefónica. Me eché la bolsa al hombro y me dirigí hacia la silueta de la colina. Arriba y al otro lado. Tres millas hacia arriba, tres millas hacia abajo. Una vez Louise y yo caminamos durante toda la noche, atravesamos la oscuridad como si fuese un túnel. Caminamos hacia la mañana, la mañana nos estaba esperando, ya era perfecta, el sol alto sobre el llano regular. Mirando atrás, creí ver la oscuridad donde la habíamos dejado. No pensé que nos perseguiría.

Avancé dando tumbos a través de un rebaño, pezuñas con pulseras de barro. Mis propios pies arrastraban terrones como grilletes. No imaginaba aquella rambla, las suaves laderas de la colina eran el desagadero de manantiales hinchados. En una tierra seca tras un verano seco, la lluvia no había penetrado hasta las reservas profundas, solo hasta los manantiales que las alimentaban. Y estos brotaban en torrentes espumeantes que desembocaban en charcos arroceros donde el ganado chapoteaba en busca de hierbas altas. Tuve suerte de que la luna se reflejase en las aguas, señalándome un camino lleno de barro pero no empapado. Mis zapatos de ciudad y los ligeros calcetines no ofrecían resistencia. Pronto tuve el largo abrigo lleno de salpicaduras. Las vacas me dirigían las miradas de incredulidad que los animales dirigen a los seres humanos en el campo. Parecemos estúpidos, y en absoluto parte de la naturaleza. Intrusos que alteran la rígida economía de cazador y presa. Los animales saben qué es cada cosa hasta que se encuentran con nosotros. Bueno, esta noche les toca a las vacas reír las últimas. Su pacífica rumia, sus sencillos cuerpos, negros contra la ladera de la colina, se burlan de la figura aleteante con una pesada bolsa que anda a trompicones entre ellas. ¡Eh! Acerca otra vez la grupa. Como a tantos vegetarianos, ni siquiera me queda la venganza. ¿Podrías

matar a una vaca? Es un juego que me entretiene a veces. ¿Qué sería capaz de matar? Llego hasta un pato, y luego veo uno en el estanque graznando de la forma más tonta, zambulléndose con la cola en alto, las patas palmeadas y amarillas azotando el agua marrón. ¿Sacarlo del agua y retorcerle el cuello? Los he llegado a matar con una escopeta, y eso es más fácil, por lo remoto. Y no me comeré lo que no puedo matar. Me parece una cutrez, una hipocresía. Vacas, conmigo no tenéis nada que temer. Como una sola vaca, todas las vacas alzan la cabeza. Como los hombres en los urinarios, las vacas y las ovejas hacen las cosas a la vez, algo que siempre me ha parecido inquietante. ¿Qué tienen en común mirar, pastar y orinar?

Oriné detrás de un árbol. Por qué la gente busca un matorral en mitad de la noche y en medio de ninguna parte es otro de los misterios de la vida.

En lo alto de la colina, en terreno seco, un viento silbante y una vista. Las luces del pueblo eran como coordenadas en tiempo de guerra, un secreto concilio de casas y senderos envueltos en sombras. Me senté a comerme un sándwich de queso y berros. Un conejo pasó corriendo y me dirigió esa mirada de incredulidad antes de que su rabito desapareciera en un agujero.

Cintas de luces a lo largo de la carretera. Duros focos a lo lejos en el polígono industrial. En el cielo, las luces de aterrizaje rojas y verdes de un avión lleno de gente soñolienta. En la distancia, justo detrás de las suaves luces del pueblo, una luz única colgaba sobre las demás como un farol de guía en una ventana. Un faro terrestre que hacía seguro el camino. Deseé que aquella fuera mi casa. Que habiendo trepado hasta allí, pudiera ver adónde me dirigía. Tenía que atravesar una lúgubre espesura y un desmonte escarpado antes de llegar a la larga senda que llevaba al hogar.

Te echo de menos, Louise. Ni las muchas aguas pueden saciar el amor ni las avenidas ahogarlo. Entonces, ¿qué mata el amor? Solo el descuido. No verte cuando estás de pie ante mí. No pensar en ti para las pequeñas cosas.

No ensanchar el camino para ti, no poner la mesa para ti. Elegirte por costumbre y no por deseo, pasar junto a la floristería sin pensar en nada. Dejar los platos sin fregar, la cena sin hacer, ignorarte por las mañanas, utilizarte por las noches. Ansiar a otra mientras te doy un besito en la mejilla. Decir tu nombre sin oírlo, asumir que es mío y puedo pronunciarlo.

¿Por qué no te oí cuando me dijiste que no volverías con Elgin? ¿Por qué no vi tu cara seria? Creí que hacía lo que debía y por el más acertado de los motivos. El tiempo me ha mostrado cierta cualidad pegajosa en el fondo de todo. ¿A qué venían en realidad mis heroicidades y mis sacrificios? ¿Eran por tu terquedad o por la mía?

Antes de irme de Londres, un amigo me dijo: «Por lo menos tu relación con Louise no ha fracasado. Ha sido la aventura perfecta».

¿De verdad? ¿Este es el coste de la perfección? ¿Hazañas operísticas y un trágico final? ¿Y qué decir del despilfarro? Todas las óperas acaban en despilfarros. Los finales felices son acuerdos. ¿Es esta la elección?

Louise, estrellas en tus ojos, mi propia constelación. Te seguía fielmente y de pronto miré al suelo. Me sacaste de la casa, me llevaste por los tejados, más allá del sentido común y del buen comportamiento. Nada de acuerdos. Tenía que haber confiado en ti, pero perdí los nervios.

Me levanté con dificultad y decidí o adiviné el camino que cruzaba el monte bajo hasta la senda. Iba despacio, y pasó hora y media hasta que arrojé la bolsa al otro lado de la zanja y salté. La luna estaba alta en el cielo y proyectaba largas sombras en la tosca carretera. Silencio, salvo por el súbito y rápido movimiento de un zorro entre los árboles. Silencio, salvo por la temprana lechuza. Silencio salvo por mis pies arrastrándose sobre la grava.

A media milla de mi casita vi que la luz estaba encendida. Gail Right sabía de mi llegada, la había llamado por teléfono desde el bar. Había cuidado del

gato y me había prometido encender el fuego y dejar algo para comer. Yo quería la comida y el fuego, pero no a Gail Right. Sería demasiado grande, estaría demasiado presente, y yo me sentía menos presente cada día. La caminata me había cansado mucho. Sentía un satisfactorio entumecimiento en todo el cuerpo. Quería mi cama, un rato de olvido. Decidí mostrarme firme con Gail.

La luna hacía que la tierra pareciese cubierta de escarcha. La tierra, bajo mis zapatos, tenía el color de la plata. Allá donde corría el río formando una gruesa línea a través de los árboles, una niebla baja se extendía sobre el agua. El ruido del agua era grave y áspero, sólido y profundo. Me incliné y me lavé la cara, dejé que las frías gotas resbalaran por la bufanda y por mi pecho. Me sacudí y llené los pulmones de aire, un martillo de hielo que me golpeó de los pies a la cabeza. Muy fría y sobre mí flotaba una guirnalda de estrellas de metal.

Entré en la casita, la puerta no estaba cerrada, y allí estaba Gail Right medio dormida en la silla. El fuego crepitaba como un hechizo y había flores frescas en la mesa. Flores frescas y un mantel. Cortinas nuevas en la ventana rota. Me dio un vuelco el corazón. Gail había decidido vivir conmigo.

Se despertó y se miró la cara en el espejo; luego me dio un beso y me quitó la bufanda.

—Nunca he visto a nadie tan mojado.

—Me paré un momento en el río.

—No para acabar con todo, espero.

Negué con la cabeza y me quité el abrigo, que parecía demasiado grande para mí.

—Siéntate, cariño. He preparado el té.

Me senté en el hundido sillón. ¿Es este el final adecuado? Y si no el adecuado, ¿acaso el inevitable?



Gail volvió con una tetera que humeaba como la lámpara del genio. Era una tetera nueva, no la vieja y agrietada que se amargaba en el estante. Lámparas nuevas por las viejas.

—No he podido encontrarla, Gail.

Me dio unas palmaditas.

—¿Dónde la has buscado?

—En todos los sitios donde se podía buscar. Ha desaparecido.

—La gente no desaparece.

—Claro que sí. Salió de la nada y ha vuelto a ella. Dondequiera que esté, es un sitio al que no puedo ir.

—¿Y si pudieras?

—Iría. Si creyera en el más allá me arrojaría entre las truchas del río esta noche.

—No hagas eso —dijo Gail—. Yo no sé nadar.

—¿Crees que ha muerto?

—¿Y tú?

—No he podido encontrarla. Ni siquiera he estado cerca de encontrarla. Es como si Louise nunca hubiera existido, como el personaje de un libro. ¿Acaso la inventé yo?

—No, pero lo intentaste —dijo Gail—. Y ella no es tu creación.

—¿No crees que es extraño que la vida, que describen tan variada y llena, una caravana de camellos cargados de aventuras, encoja hasta convertirse en este mundo del tamaño de una moneda? Una cabeza en un lado, una historia en el otro. Alguien a quien has amado y lo que pasó. No hay nada más cuando metes la mano en el bolsillo. Lo más significativo del mundo es la cara de otra persona. ¿Qué otra cosa tienes estampada en relieve en las manos?

—Entonces, ¿la sigues queriendo?

—Con todo mi corazón.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué puedo hacer? Louise me dijo una vez que la causa de los problemas son los clichés. ¿Qué quieres que diga? ¿Que ya se me pasará? Eso está bien. El tiempo todo lo cura.

—Lo siento —dijo Gail.

—También yo. Me gustaría contarle la verdad.

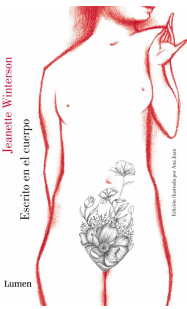
Y en la ventana de la cocina, el rostro de Louise. Más pálida, más delgada, pero con el mismo pelo espeso como la crin y del color de la sangre. Alargué la mano y le toqué los dedos, y ella me cogió los dedos y se los llevó a la boca. La cicatriz que tenía debajo del labio me quemó. ¿Es esto volverse loco de atar? Siento el calor de su cuerpo.

Aquí es donde empieza la historia, en esta raída habitación. Las paredes estallan. Las ventanas se han convertido en telescopios. La luna y las estrellas se han vuelto gigantes aquí dentro. El sol se alza sobre la repisa de la chimenea. Extiendo la mano y toco los confines del mundo. El mundo está embutido en esta habitación. Tras la puerta, donde está el río, donde están los caminos, estaremos. Podemos llevarnos el mundo cuando nos vayamos, llevar el sol bajo el brazo. Date prisa, se hace tarde. No sé si este es un final feliz pero aquí estamos, en libertad por los campos abiertos.

## Agradecimientos

Gracias a Don y Ruth Rendell, cuya hospitalidad me proporcionó espacio para trabajar. A Philippa Brewster por su aliento. A todos aquellos de Jonathan Cape que tanto han trabajado para hacer este libro.

**Las páginas de esta novela, una de las más celebradas de la obra de Jeanette Winterson, contienen una historia de amor llena de sensuales evocaciones sobre los placeres de la carne, y ponen en tela de juicio todas las convenciones que existen en torno a la pareja.**



*«Escrito en el cuerpo hay un código secreto, solo visible bajo ciertas luces; los posos de toda una vida se acumulan en él... Yo no sabía que las manos de Louise podían leer. Ella me ha traducido, convirtiéndome en su propio libro.»*

No sabemos si quien habla es la voz de un hombre o una mujer; solo queda claro que es la voz de alguien que ha conocido de cerca el placer, el deseo, esa deliciosa tormenta que nos trae el amor, y ahora cuenta los pasos de su pérdida.

Louise apareció un buen día como de la nada, y en seguida el tono lunar de su piel, el pelo igual que las ramas de un árbol y su manera de morder la fruta la convirtieron en ese ser único con quien queremos vivir y morir. Pero Louise llevaba un anillo en el dedo, y por su casa andaba Elgin, el hombre que era su marido desde hacía diez años, un tiempo marcado por la rutina.

Lejos de las costumbres aprendidas, llegaron las tardes y las noches en que los cuerpos de los dos amantes se iban descubriendo y escribiendo una historia que piel y mente comprendían muy bien. Luego un chantaje los alejó, y ahora ¿quién sabe? Porque el corazón nunca se da del todo; solo se presta de vez en cuando.

*«Curioso que el matrimonio, una exposición pública con entrada gratis, dé lugar a la más secretas de las relaciones: el adulterio.»*

Nacida en Manchester e hija adoptiva de una pareja de escasos recursos económicos, **Jeanette Winterson** creció en un entorno donde escaseaban los libros y abundaba el fervor religioso.

A los dieciséis años la autora abandonó el hogar para estudiar en Oxford y vivir su primera aventura de amor con una chica. A los veinticuatro años publicó *Fruta prohibida*, que en su día ganó el Whitbread Award a la mejor primera novela y fue llevada al cine. En 1986 apareció *La pasión*, a la que siguieron *Espejismos* (1989), *Escrito en el cuerpo* (1992), *Art & Lies* (1994), el libro de ensayos *Art Objects* (1995), *Powerbook* (2000) y, en 2004, *La niña del faro*, la novela con la que Lumen inauguró una biblioteca dedicada a las obras más destacadas de la autora.

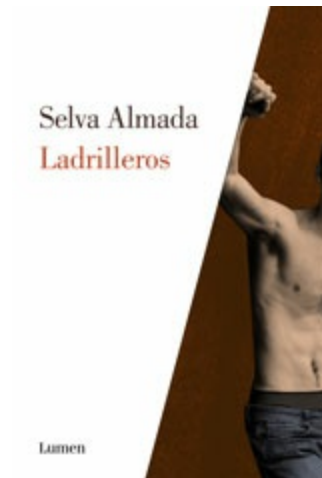
En 2012 se publicó *¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal?*, un libro de memorias extraordinario. Y en 2013, *La mujer de púrpura*. En 2015, Lumen ha publicado *El mundo y otros lugares*, un libro que recoge diecisiete piezas de la narrativa breve de la autora, entre las que se encuentra *La poética del sexo*, publicada por separado en el sello Flash Relatos.



Lumen recomienda

Jeanette Winterson | La pasión







Título original: *Written On The Body*

Edición en formato digital: mayo de 2017

© 1992, Jeanette Winterson

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 1998, Encarna Gómez Castejón, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marta Borrell

Ilustración de portada: © Ana Juan

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0459-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[1] En inglés, cristal es *glass*. La autora escribe *(gl)ass*, dejando fuera del paréntesis «ass», que significa «culo». (*N. de la T.*)

# Índice

Escrito en el cuerpo

Las células, tejidos, sistemas y cavidades del cuerpo

La piel

El esqueleto

Los sentidos especiales

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jeanette Winterson

Lumen recomienda

Créditos

Nota